

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**ACCIÓN COLECTIVA Y ESTRUCTURA SOCIAL EN LA OBRA DE ARMANDO
BARTRA. LÍNEAS INTERPRETATIVAS.**

TESIS
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN SOCIOLOGÍA
PRESENTA

CLAUDIA BUCIO FERREGRINO

ASESOR:
DR. MASSIMO MODONESI

CIUDAD UNIVERSITARIA 2010



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Las inquietudes vertidas en este ensayo han encontrado un asidero próspero en su despliegue: la reflexión teórica y el quehacer político íntimamente ligados en un hombre como Armando Bartra.

La importancia que adquiere un ejercicio de interpretación como el que he propuesto está animada por una interrogante nodal que cruza a la sociología, es decir, comprender tanto la acción y la estructura en su especificidad como en su articulación constituye, en buena medida, el pilar de esta disciplina. De esta manera, ha sido bosquejado el horizonte problemático que tensiona la diversidad temática que complejiza las luchas sociales y políticas que se erigen y cobran fuerza históricamente frente al capitalismo; sin embargo, esta manera de religar en una misma perspectiva dos puntos de fuga para dar relieve al sujeto, poco nos dice de las aristas que, en apariencia, son extrínsecas a este ejercicio; así, las siguientes líneas dan forma a la multiplicidad de incentivos sin los cuales difícilmente se explicaría la cualidad de éste.

2

La incondicionalidad y comprensión que Guadalupe y Rafael, mis padres, me han manifestado es, sin duda alguna, el mayor aliciente; con el ánimo de corresponderles dedico a ellos el esfuerzo que representaron los largos viajes. Su amor por la vida, pero sobre todo, por quienes en mi camino me acompañan, es el mayor ejemplo y la medida más alta que me han mostrado.

“Cruzar pa’ el otro lado” es un andar que han emprendido muchos, las razones pueden ser variadas, pero todas ellas tienen un común denominador: buscar una oportunidad que parece no brindar el lugar de origen; Fer y Lili son, por este motivo, con quienes guardo un lazo entrañable que ahora refrendo.

Así, en este constante migrar uno se encuentra, inesperadamente, con quién compartir la vida: Fernando M. Galeana. Las palabras intercambiadas, las ideas contrapuestas y el quehacer compartido que en lo social hemos encontrado, son muestra del cariño que, desde aquél entonces, nos ha entrelazado.

Porque la libertad y la justicia están aún pendientes, porque la revolución es lo que asoma y, también, porque el camino no ha de ser fácil recorrerlo, hemos de andarlo juntos. Porque te amo es preciso decir que esta prueba lleva mucho de ti.

La oportunidad de trabajar con Massimo y Teresa me ha llevado a procurar un compromiso social y político desde la práctica científica. Ambos, desde su trinchera compartida, me han dado la pauta para llevar adelante mis inclinaciones, enriqueciéndolas con su apoyo y franca amistad. La paciencia con que pulieron la pluma barroca que, sin quererlo, se colaba en mis primeros borradores, son muestra de su tesón por la docencia.

En este sentido, es menester darle voz a las muestras de cariño que María Elena, Olivia y Mayela me han demostrado inquebrantablemente. María Elena, la posibilidad de ser partícipe del vuelo que has emprendido es ya un enorme obsequio; tus consejos y apoyo son invaluable, y por todos ellos considero que, más allá de los “formalismos”, eres una gran mujer. Mayela, nunca estará por demás expresarte que sin tu amistad los claroscuros momentos de alegría y desánimo serían aún más ásperos; tanto tiempo compartido me ha llevado a llamarte hermana.

Por último, quiero hacer explícito el enorme agradecimiento que por su lectura crítica y aguda hicieron Elvira, Lucio y Sergio. Sin sus observaciones y agilidad para orientar el carácter de esta tesis no hubiera sido el mismo.

Índice

Introducción	6
Capítulo 1. Luchas y movimientos indios y campesinos en la obra de Armando Bartra.	17
1.1 Caracterización de las movilizaciones campesinas.	20
1.2 Continuidades y rupturas entre los ciclos de movilización campesina.	25
1.3 Procesos de construcción de autogestión económica y su carácter de productividad alternativo.	30
1.4 Las movilizaciones contra la imposición y las dependencias políticas.	39
1.5 La noción de autonomía política.	46
Capítulo 2. La dimensión estructural.	59
a) La tierra como base material.	63
b) La explotación del capital.	65
c) Condición de clase del campesinado.	68
d) La Unidad Socioeconómica Campesina.	70

2.1 Acción y estructura en el sistema capitalista.	74
a) Caracterización del capitalismo actual.	75
b) Descifrando al capital.	75
c) Capitalismo multifacético.	77
d) Una crítica a la <i>racionalidad última</i> .	80
e) A propósito de las nociones de revolución y utopía.	82
Conclusiones.	85
Epílogo.	89
Bibliografía.	93

Introducción

I.

Los diversos temas, intereses, trabajos y problemáticas que componen el cuerpo general de la obra de Armando Bartra¹ nos han alentado a buscar de qué manera están entrelazados, con la intención de formular y proponer una línea específica de interpretación donde se destaquen el alcance y la originalidad de sus contribuciones al pensamiento crítico y a la sociología política mexicana comprometida con la caracterización de los movimientos sociales.

Armando Bartra es un referente indispensable en los estudios sociales en México. A lo largo de su obra, este autor ha planteado desafíos teóricos y metodológicos significativos, así como instrumentos y mecanismos básicos y esenciales en la comprensión, reconstrucción y debate de nuestra realidad social, política y económica que merecen ser sistematizados en aras de esbozar un primer acercamiento a su pensamiento. Siendo éste el objeto general de nuestro estudio, resulta indispensable plantear que su problematización se ha elaborado desde una preocupación básica y primordial: ¿a partir de qué elementos teóricos de interpretación es posible dar cuenta del complejo de propuestas teóricas y trabajos de investigación que componen la obra de Armando Bartra?

En este sentido, consideramos que la dimensión de la *acción colectiva* y la *estructura social* constituyen un eje problemático y una tensión teórica, fundamentales, en torno a las cuales se han articulado y ordenado las temáticas desarrolladas por el autor. Se trata pues de evidenciar las lógicas que mueven sus reflexiones en el terreno teórico y a partir de las cuales sustenta y analiza los fenómenos sociales y políticos, el contexto en el que se desarrollan, su interacción y sus rasgos característicos. Así, se ilustrará, a partir de la síntesis de algunas de sus temáticas más sobresalientes, la combinación que el autor hace de las herramientas de investigación empírica y de los elementos de comprensión teórica sobre los fenómenos sociopolíticos que analiza.

Ante este planteamiento esencial se proponen como dupla interpretativa las dimensiones de la acción colectiva y la estructura social en su especificidad y en su articulación. Asumimos que ambas

¹ Actualmente es director y fundador del Instituto de Estudios para el Desarrollo Rural Maya A. C., docente en el Posgrado en Desarrollo Rural de la Universidad Autónoma de México, y dirige *La Jornada del Campo* en el periódico *La Jornada*.

dimensiones pueden ser un soporte y las bases que permitan ordenar el conjunto de sus trabajos. Consideramos además que acción y estructura constituyen, en última instancia, un cónclave clásico de la teoría sociológica que reflexiona y discute sobre la *agencia social* y las *condiciones históricas y materiales dadas* en las que se despliega. Lejos de homogeneizar la producción teórica social, y conscientes de las particularidades con que cada discurso, escuela o corriente aborda esta complejidad, apelamos al principio básico que las anima, esto es, de qué forma y en qué medida los hombres transforman las condiciones sociales e históricas de las que son herederos.²

Del lado de la acción colectiva pueden ubicarse básicamente, a un nivel temático, los estudios sobre las luchas y movimientos de campesinos e indios. En esta dimensión se intentará poner de manifiesto la veta histórica y empírica a partir de la cual el autor explica a los sujetos, su conformación y sus dinámicas. Dentro de esta dimensión, consideramos fundamental el problema de la configuración política del sujeto, es decir, las acciones que colectivamente llevan a cabo, las formaciones y organizaciones concretas que históricamente constituyen y los antagonismos que sustentan; este conjunto de praxis política será entendido aquí como las claves desde las cuales es factible dar cuenta de los actores políticamente relevantes. Del lado de la estructura se mostrarán aquellos conceptos, categorías o teorías que el autor utiliza inspirado en el marxismo y que resultan, a su juicio, imprescindibles para identificar y analizar al campesinado como producto del capitalismo y como antagónico a éste.

En la caracterización y problematización de la obra de Bartra se parte del siguiente supuesto: el trabajo teórico y empírico del autor responde a una doble dinámica. Por un lado, busca entender las luchas y los movimientos sociopolíticos como trincheras desde las cuales es posible subvertir y transformar la realidad. Por el otro, cuando la teoría social estructuralista –incluido aquél marxismo ortodoxo y reduccionista– no nos permiten comprender este cambio social, busca entender al campesinado proponiendo que las estructuras económicas que lo constituyen como tal son únicamente una parte en su explicación, y si bien el sistema capitalista lo reproduce y reactualiza –sin subsumirlo completamente– es un aspecto que ineludiblemente nos obliga a dar cuenta de su capacidad constituyente de los procesos sociales.

Es desde esta confluencia de dinámicas que Bartra ha buscado explicar los distintos problemas a los que dedica su atención. La articulación de la dimensión de la estructura social y la acción colectiva, implica la reunión de dos perspectivas, cada una con sus principales postulados expresan una de las

² Ver: Carlos Pereyra, *El sujeto de la historia*, Alianza, México, 1996, 3ª reimpresión, Págs. 9-91

posibles maneras en que pueden ser comprendidos los fenómenos sociopolíticos y sus estructuras económicas adyacentes.

Ahora bien, de la misma manera que E. P. Thompson cuando plantea que: “es difícil reimaginar los supuestos morales de otra configuración social. No nos es fácil concebir que pudo haber una época, dentro de una comunidad menor y más integrada, en que parecía “antinatural” que un hombre se beneficiara de las necesidades de otro”³, buscamos no ceñirnos a las lógicas y dinámicas que componen al sistema capitalista de producción como definitorias de la vida social compleja. Este ángulo de análisis, nos permite advertir que es posible comprender una sociedad que se rige por valores sociales y morales distintos y contrapuestos al orden socioeconómico existente, para visualizar fuerzas sociales que son igualmente determinantes. De ahí que podamos refrendar la necesidad de distanciarnos de aquellas perspectivas de análisis que se limitan a explicar las relaciones materiales y económicas impuestas que figuran como primigenias y eternas, especialmente cuando se quiere aprehender los fenómenos sociales, su carácter específico y fuerza constituyente no menor de la vida económica.

II.

Armando Bartra, además de observador de fenómenos económicos, políticos y culturales relevantes en el contexto actual, nacional e internacional –como la migración, el uso de los transgénicos en la agricultura, el Plan Puebla-Panamá o el movimiento zapatista-, nos ofrece una mirada que se apoya en el análisis histórico con la intención de comprenderlos desde sus orígenes; en otras palabras podemos decir que en sus reflexiones el autor ha procurado desentrañarlos diacrónicamente en tanto que procesos socio-históricos reales.

Este sentido historiográfico tiene como correlato un análisis sincrónico en el que se ordenan los elementos propios y particulares sin desestimar su carácter generalizable. En este espacio, además, tienen lugar los debates teóricos que se nutren de las tesis marxistas clásicas y contemporáneas frente a los que mantiene un posicionamiento crítico que pone en tela de juicio su carácter fragmentario, dogmático o dominante con el objetivo de evidenciar cómo algunas veces éstas refrendan y ocultan ideológicamente el pensamiento de las clases dominantes.

³ Thompson, E. P., “Economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”, en *Costumbres en común*, Ed. Crítica, Barcelona, 2000, Pág. 286

Aun cuando la diversidad y heterogeneidad priman en su producción intelectual, todos estos temas están entrelazados en torno a una preocupación básica y esencial, desentrañar el complejo de relaciones sociales, políticas y económicas gestadas y determinadas por el modo de producción capitalista con la finalidad de destacar las maneras en que éstas lo han, a su vez, transformado. En otras palabras, más allá de recalcar el carácter condicionante del sistema capitalista, el autor se ha interesado constantemente en destacar las maneras en que los actores políticos han podido cuestionarlo y contrarrestarlo, sin desligarse de las múltiples determinaciones económicas a la que éstos están sujetos.

Esto significa que, si bien el autor ha escudriñado al capitalismo desde las premisas de su desarrollo, apela a las prácticas y movilizaciones sociopolíticas que lo resisten en tanto que han proyectado formas alternativas y contrapuestas. Es claro para Bartra que desglosar por separado ambos niveles de la realidad puede enfrascarnos en discursos poco fructíferos, de ahí su insistencia en observar al capital como un todo, y para dar cuenta de las múltiples vías que lo interpelan asume una mirada global e integral.

En los planteamientos que hace están presentes distintos objetivos de corto y mediano alcance que tienen en común entender al campesinado en su génesis coesencial al capitalismo, su contradicción con éste y la naturaleza de sus luchas. Y aun cuando buena parte de sus trabajos están dirigidos hacia el campesinado, las múltiples contradicciones de éste le hacen ir más allá: unas veces busca entender la especificidad del trabajo productivo agrícola y la unidad que éste representa, destacando el complejo de relaciones políticas y socioeconómicas, locales y regionales, modernas y tradicionales o “trasterradas” y multilaterales, que giran en derredor suyo; otras veces, pretende determinar el carácter y la génesis de las movilizaciones que encarnan como ciudadanos, guerrilleros o productores agrícolas.

Asimismo, entre sus ensayos podemos encontrarnos con estudios coyunturales que responden a un momento específico de la historia como “1968: *el mayo de la revolución*”, o bien sondeos y diagnósticos sobre la crisis actual a nivel global, donde plantea el sombrío panorama que nos depara: una *Gran crisis civilizatoria*, cuya importancia radica en que si bien las cíclicas crisis económicas implican un reacomodo de las contradicciones internas –sobreproducción y subconsumo-, el signo distintivo de las que ahora experimentamos, *crisis medioambiental, alimentaria, bélica, migratoria*, etc., no se reducen, de hecho, a su modalidad económica, y sobre todo, dan cuenta del carácter perecedero y transitorio de este sistema.⁴

⁴ Armando Bartra, “La gran crisis I-IV”, periódico La Jornada, año 25, sección: opinión, México, abril de 2009.

III.

Las bases teóricas desde las que hemos sustentado nuestra propuesta general de interpretación han sido trazadas a partir de los planteamientos que Ellen Meiksins Wood⁵ expone sobre las confusiones que la metáfora marxista *estructura/superestructura* ha suscitado.

Debemos señalar, en primera instancia, que a su juicio esta dupla ha promovido una visión estática sobre los procesos sociales de transformación donde son las estructuras sociales concebidas como aparatos rígidos y cerrados, y los “ámbitos” superestructurales como meras derivaciones de éstos.

La separación entre el nivel económico y político es una de las mayores confusiones y ambigüedades de que ha sido objeto esta metáfora. Las consecuencias que de ahí resultan tienen implicaciones, no sólo en el terreno de las ideas al sustituir el objeto real y “verdadero” por el del conocimiento sino que, además, en términos de praxis política agota su horizonte de posibilidades y las ciñe como problemáticas económicas.

A diferencia de algunos análisis ortodoxos y economicistas que hacen del sistema de producción capitalista en abstracto la forma general y unívoca que adquieren las relaciones sociales, Meiksins Wood considera que uno de los aciertos capitales de la corriente marxista, estriba en la ponderación y articulación de las lógicas y dinámicas que dan especificidad a cada formación económico-social. De esta manera nos sugiere que las relaciones sociales, políticas y económicas integrantes del sistema capitalista no son esferas o niveles cerrados, sino pautas de comportamientos cambiantes en el espacio y tiempo.⁶

El cuestionamiento nodal que hace Marx, de acuerdo con la autora, refiere a la equívoca y hasta inconsciente aceptación de que el capitalismo es una *idea* que se despliega por sí misma en la historia, dirección en la que acción y estructura –aun cuando se acepte que están en interacción externa- aparecen como niveles contrapuestos jerárquicamente; lo cual hace que las “normas” y la “cultura” propias de una sociedad sean percibidas como accesorios y derivados del capitalismo. Contrario a todo esto –continúa– una visión materialista de la historia, contenida en las tesis primordiales planteadas por Marx, “reconoce que los productos de la actividad humana social, las formas de la interacción social producidas por los seres humanos se convierten en fuerzas materiales, no menos que lo que está dado por la naturaleza.”⁷

⁵ Ellen Meiksins Wood, *Democracia contra capitalismo*, México, Siglo XXI, 2000

⁶ *Ibid.*, Pág.26

⁷ *Ibid.*, Págs.28 y 33

En buena medida, es desde este debate que interesa replantear la dupla acción-estructura más en su sentido interpretativo que en su contenido conceptual, a sabiendas de que ambos niveles de reflexión no pueden distinguirse de una vez y para siempre. Sin perder de vista que es a partir de su uso arbitrario el motivo por la que, frecuentemente, es malentendido el significado de esta metáfora, concretamente buscamos proponer en torno a ésta una forma de abordar, sistematizar e interpretar la acción de cara a la estructura en la obra de Bartra.

Asumimos esta dupla interpretativa en su carácter dinámico, histórico y procesual para dar cuenta de qué manera los movimientos campesinos e indios en su configuración sociopolítica (aspecto de la dimensión de la acción que nos interesa poner de relieve) pueden ser entendidos, a un mismo tiempo, como resultado de la estructuración material del capitalismo y como agentes colectivos que influyen y logran transformarlo.

Por otro lado, consideramos que la perspectiva teórica de E. P. Thompson⁸, desglosada por Meiksins Wood, tiene la ventaja de recuperar las tradiciones de los dominados no como resabios del pasado ni como fragmentos atípicos en una determinada sociedad capitalista, antes bien, busca entenderlas como “cambios dentro de la continuidad”. Para él, resulta más relevante lo que de rebelde tienen algunas prácticas y normas en apariencia tradicionales, debatiendo ante aquellas proposiciones que las relegan exclusivamente al margen de la subordinación, entendiéndolas como meros reflejos de la condición de hegemonía capitalista y dominación burguesa. En el fondo de su perspectiva encontramos un alto sentido *relacional*, esto es, relaciones sociales humanas estructuradas que pueden ser descifradas desde una dirección histórica, distinguiendo el grado y medida en que son estructurantes.

Así, a decir de la autora, Thompson atiende el reto teórico, planteado por Marx de “cómo abarcar tanto la especificidad histórica como la entidad humana y reconocer en ella al mismo tiempo la lógica de los modos de producción”⁹. Este acierto, de acuerdo con ella, se basa en dos aspectos principalmente: a) guiada su concepción por un fuerte sentido de *simultaneidad*, en dirección opuesta al reduccionismo y alejándose de las determinaciones economicistas que postergan infinitamente lo que es explícitamente económico a la “última instancia”, plantea el carácter ubicuo. De esta manera es posible aprehender “las relaciones y los procesos en los que las relaciones de producción –relaciones de explotación, dominio y apropiación- configuran o ejercen presión sobre todos los aspectos de la vida social, al mismo tiempo y

⁸ Ver, por ejemplo, E. P. Thompson, *Costumbres en común*, Ed. Crítica, Barcelona, 2000, 606 pp.

⁹ *Ibid.*, Pág. 71

para siempre”¹⁰; b) apela a un sentido de *autenticidad* de las lógicas propiamente ideológicas, sin negar la fuerza de las determinaciones económicas nos insta a reconocer como autónomas las relaciones ideológicas y su capacidad de configuración “a un mismo tiempo y en todas partes”.

Finalmente, podemos mencionar que si bien la apreciación de Thompson sobre las insuficiencias de la metáfora es acertada porque conceptualmente puede ocultarnos estos procesos y prácticas propios de los gobernados, anulándose una posición crítica del devenir histórico al identificar las estructuras y transformaciones del capital sólo con las de una clase dominante, consideramos que deshacernos para siempre de ella implicaría un retroceso. Aun cuando su abuso ha promovido lecturas dogmáticas sobre lo que está económicamente determinado, negando que lo político es igualmente determinante, hacer caso omiso de esta metáfora puede resultar igualmente perverso, negando las posibles ventajas argumentativas y de interpretación.

Así, al refrendar la metáfora marxista, nos es factible señalar el sentido que ha orientado a Bartra en su explicación sobre el capital como una totalidad, esto es, sin partir apriorísticamente de lo que es y valiéndose de las categorías que lo han estudiado anteriormente, nos demuestra que los procesos sociohistóricos actuales son resultado de las prácticas cotidianas de resistencia, las cuales no sólo lo buscan reformar sino que lo contraponen con algo distinto o lo cuestionan. El autor nos invita a repensar las categorías de análisis en la medida en que los procesos mismos nos obliguen.

La compatibilidad entre la postura de Bartra y la perspectiva de Thompson podemos rastrearla a partir de sus preocupaciones y la manera en que las resuelven. Ambos buscan entender a “los orilleros y marginados”, a los dominados y “clases tradicionales”, no como resabios de modos de producción anteriores sino a partir de su específica condición, articulándolos con el sistema de producción capitalista imperante y destacando la manera en que éste los atrae y expulsa, de acuerdo con los principios con los que se rige. Privarnos del sentido relacional y procesual para entender los fenómenos y actores sociopolíticos nos lleva a una lectura fragmentada y paliativa, aceptando –sin advertirlo– una visión dogmática e ideológicamente determinada.

Asimismo, estimamos que ambos coinciden al oponerse ante cualquier concepción sobre la rebeldía que se reduzca a meros actos aislados y de violencia para proponernos que estas luchas de clase son el motor de la historia en el mismo sentido en el que fue planteado por Marx (eslabón medular del proceso de conformación sociopolítica de los sujetos).

¹⁰ *Ibid.*, Pág. 74

En síntesis, podemos observar que en sus trabajos es patente su negativa a separar en niveles y esferas “lo social” y “lo económico”. Ahora bien, Bartra se distancia respecto de Thompson al plantear que el sistema tiene como límites al hombre y la naturaleza, evidenciándose cada vez más su carácter insostenible en todos los niveles (material, social y natural); hipótesis que sin duda alguna ha podido plantear a partir de las actuales crisis sociales, ambientales y económicas.

IV.

Este trabajo, además de tener como finalidad principal explicitar las líneas que constituyen el armazón sobre el que se asientan las obras teóricas y empíricas de Armando Bartra, busca poner de relieve la importancia que sus estudios tienen en dos sentidos, el académico y el histórico. El primero –como hemos mencionado- alude a que, ante la ausencia de trabajos que de manera sistemática aborden los temas y problemas que pone sobre la mesa, surge la necesidad de ahondar con detenimiento en cada uno de ellos. Esta ausencia nos lleva a proponer un estudio del conjunto de su obra, pero sobre todo a trazar un desarrollo que, a detalle, exponga la pertinencia de estos planteamientos.

En un segundo sentido, podemos señalar que la obra de Bartra además de constituir una pieza fundamental en la problematización de procesos y fenómenos contemporáneos de gran alcance, es necesaria y recurrente en el ámbito de una teoría social que se ocupa por entender a las sociedades capitalistas actuales, desde una visión crítica que en buena medida es heredera del marxismo. De esta manera, los trabajos de Bartra ocupan en esta tradición un lugar importante que no debe soslayarse en el ejercicio siempre vigente de mantener abiertas las puertas de un pensamiento que teórica e históricamente es indispensable cuando se quiere ahondar en el capitalismo y en las múltiples aristas que lo conforman y renuevan.

Por otro lado, Jeffrey C. Alexander plantea que la necesidad de interpretar *a posteriori* las obras de autores “clásicos”, como Marx, Weber o Durkheim, reside en que las ciencias sociales y sus debates se nutren de interrogantes esenciales que dichos autores formularon para entender las sociedades de su tiempo, problemáticas que por su importancia y originalidad devienen en cuerpos explicativos

paradigmáticos. Reflexión de la que se desprende un elemento clave que estimula nuestro ejercicio de interpretación de la obra de Armando Bartra.¹¹

Si bien Alexander refiere autores con quienes guardamos una distancia espacial y temporal inquebrantable, consideramos que la actualidad del pensamiento de un autor se mide por la vigencia que sus postulados tienen para confrontar nuestra realidad social. En este sentido, la interpretación de la obra de Bartra no está imposibilitada por el hecho de que se trate de un discurso itinerante, abierto y sujeto a su transformación, antes bien, en la medida en que polemiza en torno a un debate clásico de la teoría social, acción y estructura, es posible valorar su obra y problematizar esta tensión.

V.

Este trabajo responde a la necesidad de trazar un ángulo de lectura para comprender la dimensión de la acción colectiva de indios y campesinos en su relación con la estructura social, estrategia teórica y metodológica que nos permite acercarnos a la diversidad de estudios, ensayos e investigaciones que el autor ha formulado.

En este sentido, nuestro interés está enfocado, ante todo, en dar cuenta de la conformación del sujeto y de las diversas aristas que esta problemática encierra. Sin relegar la vehemencia de las determinaciones materiales en este proceso histórico y subjetivo, consideramos que el alcance de este trabajo se refiere específicamente a la capacidad política de transformación.

Para la realización de este trabajo fue necesario proceder por varios pasos. En primer lugar, fue necesaria la recopilación de ensayos, textos, investigaciones y planteamientos teóricos que componen su obra. Así, a través de la organización de los distintos textos y materiales bibliográficos fue posible desagregar los temas y problemas allí expuestos de acuerdo con los intereses y objetivos que aquí nos hemos propuesto alcanzar.

Este ejercicio, además de permitirnos conocer y recorrer el conjunto de temáticas que el autor ha trabajado, tiene como objetivo identificar y distinguir teóricamente aquellas problemáticas que nos resultaron fundamentales, para dar cuenta de las líneas subyacentes y profundas que atraviesa la dimensión de la acción colectiva en la obra de Armando Bartra.

¹¹ Jeffrey C. Alexander, "La centralidad de los clásicos", en Anthony Giddens, Jonathan Turner y otros, *La teoría social hoy*, México, Alianza, 1990, Pág. 22-72

La estructura general está constituida en dos grandes capítulos. En el primero se abordan cinco problemáticas nodales que enlistamos a continuación:

- a) De qué manera la configuración de los movimientos campesinos puede ser caracterizada a partir de sus elementos más sobresalientes, tales como su conformación interna y orgánica, la memoria y la identidad colectivas.
- b) Cuáles son los ciclos de movilización campesina que el autor esboza.
- c) Cómo problematiza la autogestión económica.
- d) De qué manera el autor bosqueja las movilizaciones contra la imposición y dependencia políticas.
- e) A partir de qué rasgos identifica la lucha por la autonomía política.

Una vez esbozada cada una de estas interrogantes, ilustramos aquellos casos que más destacan en el terreno de la acción colectiva. Esta estructuración interna del capítulo primero permite una lectura más holgada de la diversidad de aristas que el autor traza en torno a los movimientos campesinos e indios.

En el segundo capítulo, este complejo de problemáticas nodales es contrapuesto con algunas categorías que de la estructura social resultan relevantes para entender de qué manera el autor articula ambas dimensiones. A su vez, consideramos pertinente traer a colación el diagnóstico y crítica que del sistema capitalista contemporáneo plantea Bartra en uno de sus últimos textos (Bartra: 2008), en tanto que constituye el horizonte hacia el que, permanentemente, ha tensado a las luchas y movimientos campesinos.

Conjugar en un solo capítulo dos problemáticas que perfectamente pueden ser planteadas por separado es un esfuerzo por hacer patente la mirada global y holista del autor. Y al mismo tiempo, refrendar que en su perspectiva el cuestionamiento hacia los modelos, teorías y paradigmas que buscaron comprender este modo de producción está siempre presente.

En la parte de las conclusiones presentamos los alcances y limitantes que nos permiten valorar este primer acercamiento interpretativo y analítico al conjunto de temáticas y problemas vigentes y substanciales argumentados por Armando Bartra, materia prima para hacer manifiesta la importancia que tienen sus reflexiones para una sociología política que se ocupa de los movimientos sociales en México. Este ejercicio es un esfuerzo por decantar su veta sociológica, es una delimitación que nos hace conscientes de la escisión que esto implica.

Finalmente, consideramos necesario desarrollar el perfil político e intelectual del autor como una tarea que complemente los objetivos aquí planteados, desestimar su praxis política –visible en muchos de sus ensayos- la cual orienta su reflexión teórica sobre el campesinado y el sistema capitalista mexicano equivaldría a sesgar aún más la lectura y el ángulo interpretativo que hemos desarrollado. La influencia que su postura política tiene en sus proposiciones y que él mismo reivindica, nos obligaron a reflexionar en torno a la manera en que están articuladas su producción teórica y su trayectoria militante, lo cual bosquejamos en el epílogo que incluimos en la parte final de este trabajo.

Cabe señalar que a partir de las críticas, observaciones y sugerencias a este ejercicio (tesis) por parte del sínodo surge la oportunidad de contrastar lo escrito con la voz del propio autor, Armando Bartra, a través de una entrevista personal que sostuvimos un día de septiembre de 2010; lo que nos permitió precisar y confirmar nuestro acercamiento interpretativo a su obra. Por ello, presentamos a manera de “epígrafes”, al inicio de los capítulos, algunos de los pasajes más relevantes de esa conversación.

Capítulo I

Luchas y movimientos indios y campesinos en la obra de Armando Bartra

17

¿Cómo surge tu interés por reflexionar sobre las luchas y movimientos campesinos?

“No empiezo a reflexionar sobre temas sociales con el campesinado, ni con los campesinos, ni con la acción social en el campo o en el medio rural, mi investigación y reflexión, mis primeras publicaciones y escritos, tienen que ver mucho más con la sociedad capitalista en el sentido clásico, y la hipótesis de trabajo de que en esa sociedad capitalista, para entender cómo funciona y cómo puede ser transformada, hay que atender ante todo a los sectores modernos, al proletariado industrial y, casi en consecuencia, al mundo urbano. Ese es mi punto de partida. **No es de ninguna manera, una reflexión sobre lo rural o una inclinación hacia el movimiento campesino como tal.** Y en ese sentido, –algo que ratifica o no, aunque creo que en lo fundamental sí- la acción colectiva como hilo conductor (...) los primeros escritos no tienen que ver tanto con la acción colectiva ni con el movimiento social (buena acción colectiva es una modalidad incluyente que casi nada escapa a ella) en mi caso específico sería muchos más la lucha social, la acción social y política orientada al cambio social. Mi reflexión en términos de las ciencias sociales está vinculada al hecho de que yo asumo como un compromiso personal, ante la evidencia de la injusticia –que eso no requiere mucha reflexión- la reflexión que genera la constatación inmediata de que el mundo en que vivimos es un mundo injusto, es tratar de entender ese mundo y tratar de entender a los que hoy llamaríamos actores que pudieran incidir sobre la transformación. Es decir, entro en términos mucho más por una preocupación por darle sustento intelectual a la militancia política.”

“En este compromiso político los campesinos no eran materia de reflexión sino el movimiento obrero que podía ser una fuerza transformadora [...] En los sesentas hay una evolución del pensamiento político y social hacia la acción colectiva, es decir, el protagonismo de los movimientos sociales y no de unas presuntas clases que debieran comportarse de una manera porque así están definidas en términos de la estructura económica y de su función en el modo de producción [...] es mucho más hacia cuales son las acciones, las movilizaciones, los comportamientos, los discursos en la movilización social.”

“No confundir la explicación lógico estructural con la explicación histórica es un viejo planteamiento presente desde ese momento. Es decir, los actores sociales como constituyentes y no sólo como constituidos. Y si los vemos como constituyentes lo que vemos es la razón histórica. Si vemos la razón estructural, los vemos como constituidos, es decir, la reproducción de ciertas relaciones crea ciertos sujetos; y si sólo hay estructura y sólo hay espacio entonces hay fatalismo, hay determinismo. Si hay libertad, si hay actores que se constituyen, si hay sujetos verdaderos, si hay sujetos en el tiempo –no en el tiempo circular de la reproducción sino en el tiempo histórico- entonces hay una confrontación de razón histórica con razón estructural, contraposición entre clases constituidas y clases constituyentes, que es una contradicción entre partir del movimiento social o partir de las estructuras económicas; es una contradicción entre determinismo y libertad, es una contradicción entre la visión estructural y la visión política [...] Por qué elijo a los campesinos, la verdad es que no lo sé. Pero en la elección de los campesinos es muy evidente la contradicción entre la razón histórica y la razón lógico-estructural, entre la estructura que aparentemente los condena y su voluntad de seguir existiendo”.

Conversación con Armando Bartra, 24 de Septiembre de 2010

Al ocuparnos de la obra de Armando Bartra nos hemos planteado destacar, primero, cuáles son las problemáticas principales que integran y alientan el conjunto de ensayos y obras que hemos revisado, para que, desde ahí, sea factible formular un ángulo de interpretación específica orientado por una perspectiva en la que estén articuladas tanto la acción colectiva como la estructura social.

Siendo éste el ánimo de nuestra apuesta principal, debemos señalar que no equivale a dar cuenta de la totalidad de sus trabajos –inéditos algunos de ellos o próximos a su publicación-, antes bien, está enfocada a discernir el grado en que ambas dimensiones están entrelazadas, aproximación que nos permite destacar su obra y rescatar sus tesis y planteamientos cardinales.

Es preciso recordar que este proyecto tiene como eje nodal la acción colectiva, es decir, las luchas, movimientos y sujetos analizados por Bartra, en la medida en que éstos constituyen el terreno teórico e histórico desde el que pretendemos ubicar el proceso de construcción sociopolítica de los sujetos; sin embargo, este relevamiento se realiza de cara a la estructura social en la medida en que el horizonte mismo del autor nos obliga a articular como un todo las determinaciones específicamente estructurales con los procesos de luchas y los movimientos sociales. Formular las tesis principales respecto de la acción colectiva desligadas de los procesos estructurantes que nos colocan ante la base material y sus implicaciones equivaldría a desviarnos de la orientación global y dialéctica por él planteada, pero sobre todo, correríamos el riesgo de desdibujar el alcance de sus preocupaciones, condenándolas y limitándolas.

Cuando el autor reflexiona sobre las luchas agrarias campesinas posrevolucionarias, cuando aborda las funciones sociales y naturales de un proceso de producción agrícola que procura equilibrar hombre y naturaleza, alentando además formas de organización económica autogestivas como lo es la cafecultura orgánica y sustentable; o cuando traza los principios internos que nos permiten comprender las luchas indígenas *neozapatistas* de los últimos años para ilustrar la larga trayectoria de autodeterminación política apelando a la necesidad de superar el desencuentro histórico-espacial entre éstas dos últimas, en todos estos puntos de inflexión, nos ha resultado preciso establecer el eje desde el cual nos interesa abordarlos y organizarlos; ejercicio que –como hemos mencionado- nos permite argumentar la veta interpretativa que hemos formulado.

1.1 Caracterización de las movilizaciones campesinas.

La pertinencia de reparar en el conjunto de reflexiones que Bartra ha desarrollado sobre las luchas y movimientos campesino del siglo XIX, apoyadas en sus trabajos de investigación, reside en la necesidad de abordarlas sistemáticamente, especialmente por ser ésta la materia prima que nos brinda las bases necesarias para identificar aquellos elementos que componen la dimensión de la acción colectiva en la obra del autor.

Al tener en cuenta la complejidad propia de esta dimensión y ante el temor de caer en ambigüedades por la multiplicidad de aristas que encierra esta noción, así como la diversidad de procesos sociopolíticos a los que hace alusión, proponemos que la configuración sociopolítica subjetiva (conformación de los sujetos en su praxis política) constituya el eje desde el cual se aborden este tipo de luchas y movimientos sociopolíticos.

Entre las herramientas que utiliza Bartra para la caracterización de estas movilizaciones, podemos destacar las siguientes: a) configuración interna y orgánica, es decir aquellos elementos propios que las distinguen frente a otras y en torno a las que se identifican; b) los conflictos que las detonan, frecuentemente formulados a nivel socioeconómico; c) el escenario sociopolítico en el que se constituyen como fuerza política.¹²

En este sentido, la lectura del autor sobre las movilizaciones campesinas puede ser distinguida como histórica en la medida en que diacrónicamente indaga los cimientos históricos y los procesos sociales, económicos y políticos que en génesis las potencian y, al mismo tiempo, es sincrónica por cuanto que busca comprenderlas en el amplio terreno de resistencias que pugnan contra el régimen de dominación –llámese “agrarismo institucionalizado”, burgués o progresista- y frente al sistema de producción capitalista en su particular forma económico-social.

Para ilustrar esta caracterización donde se enfatiza el carácter orgánico, histórico e integral de las luchas y movilizaciones campesinas, podemos dar cuenta de una de las vertientes de los movimientos posrevolucionarios encabezada por Ricardo Flores Magón donde el autor expresa cómo sus carencias

¹² Éstos y otros elementos hacia los que nos enfocaremos están animados en algunos de los planteamientos y conceptos más importantes de Sidney Tarrow sobre la acción colectiva y los movimientos sociales, como los de *solidaridad, identidad colectiva y repertorio de la acción colectiva*. Si bien este trabajo no constituye una disertación o derivación de sus preocupaciones y perspectiva, no podemos dejar de mencionar que este tipo de estudios han sido de gran utilidad. Véase: Tarrow, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid, 1997. Págs. 21-53

internas impiden que su lucha trascienda sus propias metas y responda a uno de los mayores retos de este periodo, esto es, cómo insertarse en el amplio marco de fuerzas políticas que un orden sociopolítico y económico entero supone, sin diluirse en la heterogeneidad de factores inmediatos como los conflictos por la tierra, las alianzas y oposiciones entre la diversidad de actores políticos, etc.

En este sentido, el magonismo es una vertiente del movimiento obrero de fuertes raíces anarquistas y de bases sindicales, por lo que la necesidad de esbozar una radiografía de ésta reside, de acuerdo con la propia reflexión de Bartra en dos hechos: primero, es importante “hacer justicia al Partido Liberal Mexicano” (PLM) y, segundo, porque su revisión permite poner en claro “en su multilateralidad la confrontación de las clases que estaba en juego durante la revolución de 1910”.¹³

Sobre esto podemos indicar que ambos aspectos demuestran que en su perspectiva, el autor da cuenta del sentido histórico que la experiencia magonista puede representar en la reconstrucción del ciclo revolucionario, en la medida en que este abigarrado ciclo de luchas y movilizaciones frecuentemente tiende a ser reflexionado desde sus aspectos más sobresalientes e incluso desde frases hechas, resaltando exclusivamente a los personajes que la escenifican en algunos de sus segmentos; tendencias que además alientan una mirada oficialmente construida que tergiversa un panorama más amplio donde los actores y sus luchas no protagónicas y subalternas son relegados o percibidos como vestigios que no encajan.

Asimismo, el autor rescata la experiencia magonista para comprender el significado de su proyecto postergado, sus limitantes y características, y considera que es importante desembarazarlo de aquellas posturas tanto del marxismo ortodoxo como de las interpretaciones historicistas que lo consideran un mero precursor de la Constitución de 1917 –que sí lo es–, para indicar la disyuntiva ante la que se hallaban y darle su justo lugar. Con el Programa que enuncian en 1906, desmenuza su postura ideológica y su proyecto:

El PML formula, pues, un programa de reivindicaciones democrático-burguesas y nacionalistas: libertad política, régimen democrático, salario mínimo, jornadas de 8 horas, libertad de organización obrera, reparto de tierras, anulación de las deudas de los peones y por tanto de acasillamiento, ampliación del mercado interno, desarrollo industrial, lucha contra la dependencia económica del imperialismo, etcétera [...] Ni burguesa ni anarquista, la política del PLM en 1906 se mueve entre la utopía y el pragmatismo, intentando una solución dialéctica entre los intereses históricos del proletariado –que la época del imperialismo pone a la orden del día en todo el

¹³ Bartra, Armando, et. al., “La revolución mexicana en la perspectiva del magonismo” en Gilly, Adolfo, Córdova, Arnaldo, Bartra, Armando, et. al., *Interpretaciones de la revolución mexicana*, UNAM y Nueva Imagen Ed. México, 1980, Pág. 98

mundo- y las condiciones concretas de un país colonizado y de capitalismo inmaduro y deformado.¹⁴

A partir de esto Bartra explica por qué, al igual que Lenin y los bolcheviques enfrentados a una formación socioeconómica capitalista y rural inédita, con elementos propios y sin parangón, los magonistas demandan la transformación de las condiciones laborales obreras, a través de reformas democráticas, como primer eslabón ineludible hacia una emancipación que ponga en tela de juicio al capitalismo.

Este carácter que resalta el autor, se puede leer como una preocupación siempre latente en sus reflexiones, es decir, el discernir el grado en que estas movilizaciones disputan la formación económico-social capitalista global realmente existente y que logran trascender sus conflictos y objetivos más inmediatos. Además, consideramos que al identificar sus elementos internos y orgánicos y contraponerlos para describir si estas luchas están o no disputando al capital, el autor no se limita a valorarlas en términos de “*rational choice*”, es decir, no sólo narra lo que ganan y lo que deben efectivamente ceder, va más allá y estima críticamente su potencial de transformación o, si por el contrario, sus acciones únicamente se dirigen hacia adecuaciones concretas y reformas que resultaban obligatorias en ese determinado momento.

Cuando explica que por medio de la Junta Organizadora del PLM son coordinados los distintos niveles que lo conforman (en el nivel local las células clandestinas debían incorporarse, a través de *Regeneración*¹⁵, a estructuras más amplias dispuestas en cualquier momento al llamado insurreccional) el autor argumenta, a contrapelo, que esta corriente en la primera fase de la revolución mexicana es capaz de ubicar en las fricciones interburguesas y en el levantamiento maderista la coyuntura perfecta para impulsar la sublevación de sus bases obreras y pequeñoburguesas previamente constituidas. A su juicio, los magonistas despliegan entonces una táctica tanto política y militante como armada para abatir al enemigo común porfirista, sin embargo, la lucha por la tierra, eje primordial de las movilizaciones campesinas, es un aspecto que en la práctica no consiguen afianzar, coartándose –a su juicio- su posible convergencia.

Hasta aquí el autor plantea que ante la disyuntiva de quedarse fuera de una revolución burguesa o aprovecharla sin perder de vista sus propios objetivos proletarios, la radicalización de su lucha es la forma como resuelven este momento crucial; tomando una posición más avanzada declaran, abiertamente, en el

¹⁴ *Ibid.*, Pág. 97 y 99

¹⁵ El potencial magonista radicó en la conformación del periódico *Regeneración*; los lugares a los que éste llegaba eran los núcleos organizativos y de acción con los que se constituyó, principalmente obreros que sabían leer y escribir junto a una parte de las clases pequeñoburguesas urbanas. Sobre esta cuestión véase: Bartra, Armando, *Regeneración 1900-1918. La corriente más radical de la revolución mexicana de 1910 a través de su periódico de combate*. Prólogo, selección y notas de Armando Bartra, 5^{ta} reimpresión, Ediciones Era, Colección Problemas de México, México, 1991. Págs. 13-66

manifiesto de 1911, que la abolición de la propiedad privada industrial debe ser llevada hasta sus últimas consecuencias. De esta manera, Bartra plantea que su trascendencia y límite radican entonces en que: “se proyecta como la primera fuerza política, distinta del maderismo, que cuenta con un programa, de organización político-militar y arraigo social [...] capaz de captar el ritmo del movimiento y el desplazamiento de las contradicciones [pero] hasta ahí llega el magonismo.”¹⁶

De tal suerte, cuando el autor, al observar integralmente tanto la trascendencia del magonismo como sus limitaciones para prolongar las luchas agrarias y obreras –pieza imprescindible en cualquier reconstrucción de la historiografía de los movimientos sociopolíticos- nos permite verificar que en la formulación general que hemos propuesto para ordenar y armonizar el complejo de sus argumentaciones están contrastados interna y externamente diversos elementos explicativos: configuración interna y orgánica, su contexto específico y los conflictos que las detonan; el grado y medida en que logran coordinar sus luchas para poner en tela de juicio las viejas relaciones de explotación del sistema oligarca que el proceso capitalista va descomponiendo y readecuando para introducir otras nuevas; la manera en que estas luchas evidencian el estado de marginación y opresión que detona el ciclo revolucionario, y paralelamente, la fuerza con que ponen de manifiesto las nuevas vías de explotación que este nuevo modo de producción va paulatinamente desplegando.

Finalmente, Bartra concluye que existe una relación inversamente proporcional entre el ascenso de la lucha zapatista y el movimiento proletario magonista en la medida en que éste último se rehúsa a ligarse orgánicamente con aquél, por temor a disolverse y pasar socialmente a segundo término, y así sucedió, estrellándose ante el reto histórico de trascender políticamente. En otras palabras, podemos precisar que para el autor la clave de su desintegración como fuerza política y de su fracaso reside en que la corriente magonista no es capaz de dirigir y coordinar a las masas campesinas en un país fuertemente rural, cuestión de suma importancia que hace posible pasar de una simple alianza a una articulación orgánica de largo alcance.

Así, cuando el autor contrapone ambas experiencias de lucha resaltando la manera en que ambos procesos, por sus características propias y determinaciones, no logran engarzarse en una lucha y movimiento más amplios, lo que está en juego es una visión que procura no sólo comprender las experiencias mismas, antes bien, nos permite reconocer que la importancia de éstas radica en que son parte de la memoria histórica colectiva que condimenta los marcos de acción colectiva posteriores. Esto, en el entendido de que los conflictos no resueltos o los saldos negativos funcionan, en buena medida, como

¹⁶ *Ibid.*, Pág. 106

un referente histórico propio de los movimientos al revitalizarlos y darles continuidad, contribución de gran envergadura que traza el autor y que ahora buscamos rescatar para desmenuzar –como hemos dicho- la complejidad de sus reflexiones.¹⁷

Esta línea de análisis caracteriza el pensamiento de Bartra y atraviesa su obra, la atención puesta en la conformación sociopolítica de los sujetos, en sus marcos de referencia, en la memoria colectiva y la identidad política, son los elementos primordiales que le permiten orientar y nutrir una de las posibles vías de reconstrucción de las luchas campesinas posrevolucionarias. Sobre todo, consideramos que son estas las coordenadas básicas que están presentes cuando da cuenta de la importancia que la praxis política tiene para la comprensión de la realidad social y política de este periodo.

En otras palabras, podemos plantear que al hacer manifiestos los códigos con los que el autor comprende el cúmulo de acciones colectivas revolucionarias en su configuración orgánica e interna, enfatizando su carácter subalterno y antagonico –incluso cuando no es fácilmente asequible ni evidente como la experiencia magonista- el autor adopta una postura crítica y aguda frente a la problematización que las fuerzas sociales y políticas oprimidas nos han planteado cuando éstas singularizan la hostilidad que supone la reconversión de un orden de dominación por otro. Contexto social, político y económico de cambio donde no es fácilmente distinguible una postura reaccionaria de una conservadora, mucho menos cuando ésta logra –como la experiencia zapatista- perfilarse como revolucionaria; dicho en términos del autor: “no todo movimiento económicamente conservador es socialmente reaccionario, sobre todo cuando el progreso material y el desarrollo de las fuerzas productivas no significan una liberación, así sea parcial, sino un reforzamiento de los viejos yugos a los que se adicionan nuevas cadenas.”¹⁸

En síntesis, podemos subrayar cómo el autor, a la par que caracteriza las luchas y movimientos campesinos, y pendiente de las tendencias profundas en que se despliega su praxis política, articula acción colectiva y estructura social para entender una época de crisis y conflicto manifiesto donde el sentido de transformación de la primera puede mitigar el carácter coercitivo de la segunda.

¹⁷ Pasaje trabajado: Bartra, Armando, et. al., “La revolución mexicana en la perspectiva del magonismo” *Op. Cit.* Págs. 91-108

¹⁸ Bartra, Armando, *Los herederos de zapata. Movimientos campesinos posrevolucionarios en México 1920-1980*, Ed. Era Colección Problemas de México, México, 1986, Pág. 12

1.2 Continuidades y rupturas entre los ciclos de movilización campesina.

Bartra caracteriza a las movilizaciones sociopolíticas del campesinado posteriores al periodo revolucionario de 1910 a partir de los elementos orgánicos y distintivos que las conforman: 1) la lucha por la tierra, demanda que corresponde a su contexto socioeconómico inmediato y ante las fricciones interburguesas que originaron tan convulsionado proceso; 2) a este tipo de luchas, le sigue un periodo de reivindicaciones referidas al proceso productivo agrícola, en dos niveles, primero pugnan por los precios y jornadas justas, y en segundo, buscan la apropiación del proceso productivo; 3) en un tercer momento distingue un viraje de estas movilizaciones hacia su modalidad cívica orientada a democratizar las prácticas gubernamentales y los estrechos espacios oficiales existentes o construirlos ahí donde no los había; 4) finalmente, en el contexto contemporáneo, subraya que las movilizaciones campesinas son gestadas, por un lado, en contra de proyectos económicos de desarrollo internacionales y las repercusiones que acarrea, destacando las consecuencias sociales y políticas que esta imposición económica representa para el sector agropecuario, mientras que, por el otro, se gestan contra la imposición política. Sin embargo, es importante señalar que, aun cuando los últimos dos aspectos pueden estar desligados entre cada una de las experiencias a las que hacemos referencia, el autor busca destacar su articulación, pues considera que son dos modalidades de una misma problemática, esto es, la capacidad propia de actores y organizaciones para generar proyectos que económica y socialmente representan una alternativa a su actual condición de dependencia.

Una vez señalados los ciclos de movilización que cronológicamente orientan el conjunto de acciones colectivas del campesinado políticamente relevantes, podemos señalar cuáles son las tesis principales que el autor formula en torno al primero y segundo ciclos (el tercero y cuarto serán bosquejados más adelante), y las proposiciones de índole interpretativa que en torno a ellas se pueden derivar, argumentándolas a partir de sus obras. Este inciso tiene la intención de articular y distinguir cuáles son los posibles elementos de continuidad y ruptura entre los ciclos, hilos conductores que nos servirán para ubicar el contexto histórico de las experiencias de movilización.

Los elementos que de manera persistente han compaginado a indios y campesinos son: la lucha por la tierra, las alianzas entre las organizaciones sociales de fuerte arraigo y base social con instancias más o menos oficialistas, prácticas frecuentes y características comunes a estos movimientos desde donde podemos intuir el sentido de sus movilizaciones. Mientras que la unidad frente a la heterogeneidad de fracciones sociales y políticas, así como el reconocimiento de su enemigo común en un determinado

momento, constituyen herramientas necesarias para subvertir gradualmente el estado de subordinación que los constriñe. Consideramos que es pertinente destacar estos aspectos para estimar en qué modo se van modificando, esto es, preguntarnos si existen o no readecuaciones en su composición orgánica y externa en aras de su actualización, características que los hilos de continuidad no necesariamente nos aportan.

En primera instancia, podemos apuntar que en los distintos ciclos de movilización los campesinos han tenido como común denominador la *tierra*, aun cuando este tipo particular de lucha algunas veces sea a nivel local más de tipo reivindicativo que antagónico (como pequeños huerteros), otras funcione para cohesionar múltiples gremios (cafetaleros o cañeros), y muchas otras sirva de estandarte simbólico que los reúne al interior y junto a otros sectores populares. La tierra ha sido un elemento que orienta las luchas agrarias, en última instancia, ha constituido para muchos de los movimientos y organizaciones una demanda no resuelta, relegada y hasta invalidada por las instancias gubernamentales.

Ahora bien, si observamos el tipo de alianzas extrínsecas entre los movimientos campesinos y los aparatos coercitivos y gubernamentales -aunque no sólo-, si bien persiguen algún objetivo específico y coyuntural, nos permiten dar cuenta de los canales de negociación, posibles o existentes entre ellos, pero sobre todo, ilustra el estado de dependencia que las determina. Lejos de establecer una tipificación de las coaliciones entre las fracciones sociales politizadas, nuestra intención es dar cuenta de la manera en que estas prácticas devienen en una reducción y delimitación de las movilizaciones campesinas, siendo rebasadas circunstancialmente frente a las demás.

La experiencia cristera caracterizada por Bartra nos permite detallar este aspecto al que hacemos referencia. Mientras que las clases campesinas ven en la cristiada una prolongación de las luchas agrarias posrevolucionarias, las fuerzas clericales, con quienes se alían, tienen objetivos específicos, como la resistencia frente a la iniciativa del Estado para constreñir su libertad religiosa en aras de conservar sus privilegios económicos, ángulo desde el que es evidente la incompatibilidad de sus metas y la divergencia de sus trayectorias. En términos generales, el autor apunta que “la labor de agitación y provocación desarrollada por el clero no estuvo, sin embargo, acompañada por un compromiso público con la insurrección ni por una responsabilidad orgánica en la lucha [...] la mayoría de los sacerdotes adoptan una posición más pasiva y hostil...”¹⁹

Es de subrayarse que este tipo de alianzas extrínsecas y coyunturalmente avenidas, impulsadas en este caso por el enemigo común al que se enfrentan, puede ser entendida –a juicio del autor- como una

¹⁹ *Ibid.*, Pág. 43

necesidad táctica que pierde sentido cuando se satisfacen los objetivos ahí contenidos y, en consecuencia, sus contrapuestos intereses de clase los separan inevitablemente. Este carácter coyuntural donde convergen terratenientes e Iglesia puede demostrarse cuando en la segunda cristiada el movimiento campesino retoma la reivindicación agrarista no institucional, pues si bien “había identificado su lucha contra el gobierno con un combate contra el agrarismo, recupera, a principios de los treinta, la doble bandera de la lucha rural: “Tierra y libertad”.²⁰

Por otro parte, en relación al segundo ciclo de movilizaciones donde se pone en juego el desventajoso escenario económico-social en que persistentemente se hallan los campesinos, definido por las tendencias antiagraristas de los gobiernos poscardenistas y consumadas a través de la burocratización de la lucha agraria, el autor indica que la unidad interna de las bases campesinas resultará vital para no sucumbir; a pesar de su forzado repliegue, la demanda agraria seguirá siendo el eje de sus acciones:

El milagro de domesticar el conflictivo mundo rural de las dos primeras décadas posrevolucionarias es obra del cardenismo. [...] Pero reflujo no significa inmovilidad; aun a la defensiva, el movimiento campesino sigue vivo, persevera en las viejas demandas territoriales solo parcialmente satisfechas, e incluso inaugura nuevos frentes de lucha. Quizá el aspecto más significativo del repliegue campesino es la paulatina involución de la lucha por la tierra. Durante casi veinte años la demanda territorial parece atenuarse y la drástica reducción del reparto agrario, tanto en calidad como en cantidad, no provoca grandes estallidos [...] A la larga, el arma más efectiva para desalentar la presión sobre la tierra es la utilización de los trámites agrarios para enmarañar y retrasar las solicitudes.²¹

En el mismo sentido, Bartra distingue dos modalidades de agrarismo, uno que sirvió para el restablecimiento del orden social, y otro que se opone a la postergación perpetua de los ideales del ciclo revolucionario, rehusándose, a diferencia de otros, a sucumbir y someterse a las reglas del juego. En este sentido arguye que si bien el agrarismo se vuelve gobierno: “contiene también, en germen, la negación del nuevo orden [...] llevado hasta sus últimas consecuencias, el agrarismo expresa la incompatibilidad entre el campesinado y los terratenientes; no estamos ante un regateo sino ante una lucha a muerte”.²²

El segundo agrarismo, opositor y más o menos independiente, es el que nos interesa rescatar para acentuar que la caracterización que hace Bartra del periodo posrevolucionario quien logra desentrañar de la tendencia vertical y jerárquica la trayectoria de las luchas posrevolucionarias. Además, no sólo busca

²⁰ *Ibid.*, Ver Págs. 53

²¹ *Ibid.*, Págs. 66-68

²² *Ibid.*, Pág. 27

exponer la incompatibilidad entre uno y otro sino que repara también en el empuje del campesinado para deslindarse “en germen” del nuevo orden donde las fricciones interburguesas se fueron acondicionando.

Así continúa y considera, respecto de la multiplicación de las tomas de tierra a lo largo y ancho del país, primero entre 1973 a 1976 y posteriormente de 1976 a 1979²³, que a pesar de su espontaneidad obtienen de la larga tradición de luchas zapatistas los cimientos necesarios que les permiten gozar de cierto grado de maduración política, aspecto que sustenta cuando observa cómo éstas logran rebasar la pura solidaridad reivindicativa y se muestran firmes y unitarias ante la necesidad de independencia hacia el Estado.

En síntesis, podemos esbozar que el autor, si bien tiene en cuenta la tendencia gubernamental de desarticulación de las luchas agrarias, instrumentada tanto en acciones de sofocación directa como de apaciguamiento burocrático, incluidas las políticas de reajuste empresarial que hacen de la agricultura una rama industrial como cualquier otra –sin desestimar sus obstáculos propios-, argumenta que entre los elementos estructurales que dan cuenta de la reactivación de las movilizaciones campesinas están los siguientes: por un lado, la incapacidad del gobierno para dar solución a un problema que se ha vuelto crónico mientras que, por el otro, está la capacidad para coordinar esfuerzos de los diferentes sectores agrarios, especialmente por parte de los pequeños y mal ubicados, que mal o bien se han insertado en la vorágine de industrialización (unos conservando su calidad de pequeños huerteros, y otros, animados por las promesas de ésta, se constituyen en agro exportados), afectados todos por las constantes crisis que al sector entero han castigado.

Ciertamente en el medio rural predomina la dispersión. Las condiciones socioeconómicas de los trabajadores del campo los hacen un sector heterogéneo y además constituido por núcleos comparativamente pequeños y aislados. Esta dispersión y aislamiento rural fue sin duda un serio obstáculo para la generalización del movimiento campesino. Pero precisamente por ello el hecho de que a pesar de todo éste se haya desatado a escala nacional, evidencia lo profundo de las raíces de su lucha. Reconocer su dispersión estructural no debiera servir de alegato para subestimar el movimiento campesino; por el contrario debiera ser un argumento para apreciar – con toda su importancia- la considerable cohesión orgánica y política que llega a cobrar en unos cuantos años, a contracorriente de algunas condiciones objetivas [...] en 1973 presentan ya una

²³ Para tener una idea del alcance de estas tomas de tierra puede servir como ejemplo los dos mil solicitantes que ocupan 22 800 hect. de cuatro latifundios en Zacatecas, acciones coordinadas por el Frente Popular de Zacatecas, esfuerzos que reúnen a estudiantes, campesinos y colonos, en otros casos como el de Guerrero cuarenta campesinos invaden 40 hect. de “Tres Vidas en la Playa”; con ambos casos es posible mostrar el alcance que tuvieron estas movilizaciones por la tierra son acciones campesinas generalizadas aún cuando no todas fueron en la misma escala. Ante esto se vuelve necesaria la militarización para desalojarlas de muchas de las instituciones de la SRA. *Ibid.*, Pág. 120-125

sorprendente organicidad. De mil maneras, y casi siempre de abajo a arriba, los diversos grupos campesinos se enlazan y coordinan sumando fuerzas y multiplicando su experiencia.²⁴

Lo que el autor está argumentando es que las organizaciones campesinas no sólo se reconocen en el terreno de la lucha, sino que se identifican además política e ideológicamente en oposición al gobierno antiagrarista, distinguiéndose de las organizaciones oficialistas conservadoras; elemento que a su juicio, es novedoso e insoslayable, pues permite al movimiento campesino redefinirse sin perder su núcleo fundamental de continuidad.

A partir de lo anterior, podemos derivar que en su análisis sobre las luchas campesinas, especialmente de signo zapatista, Bartra conjuga tanto los elementos consustanciales a éstas como aquéllos que históricamente le han dado continuidad, sin los cuales es imposible comprender por qué una y otra vez se revitalizan. Esta aportación no se limita a la explicación de las circunstancias de detonación, es decir, al momento de crisis donde se evidencian plenamente los intereses y proyectos de las clases sociales. Además, cuando señala que al exterior es el Estado antiagrarista el enemigo común, el autor consigue ampliar el horizonte de reflexión y caracterizar en qué medida los movimientos campesinos se han planteado o no trascenderlo y de qué forma; de ahí que podamos inferir que son éstos los mecanismos que van armando su perspectiva sobre el campesinado y sus luchas agrarias.

Entre los elementos que sirven como catalizadores de las luchas posrevolucionarias están la unidad y cohesión internas, mientras que, al exterior y en momentos de repliegue táctico o forzado, las coaliciones conforman una posible vía de negociación política para sobrellevar y subsistir a las urgencias materiales.

Cuando el autor plantea que es la necesidad de independencia del Estado antiagrarista el componente novedoso que las reactiva y diferencia, es factible concluir que es ésta la forma en que las movilizaciones campesinas pueden destrabarse de un estado de repliegue y dependencia corporativa. En síntesis, podemos decir que este conjunto de elementos son las herramientas con las que el autor argumenta y reconstruye los ciclos de movilización y el carácter peculiar que las distingue, lo que además nos permite inducir las propiedades que en un determinado momento las caracterizan.

Adicionalmente, cuando Bartra plantea que las luchas campesinas, eclipsadas por la historia oficial donde se narran villanos y víctimas, pueden rearmarse como movimientos sociales aun en aquellos momentos de aparente calma y repliegue en torno a la gestación del *neozapatismo*, es factible caracterizar

²⁴ *Ibid.*, Pág. 110.

que su enfoque no se limita al episodio histórico álgido de su detonación (antagonismo), antes bien, implícitamente reconoce que aun en la paz y tranquilidad social, los conflictos no dejan de conformar cotidianamente su realidad social, política y económica (resistencia).²⁵

Esta tesis historiográfica que aquí planteamos, ha sido argumentada en la descripción que Bartra hace respecto de esta experiencia durante el periodo de institucionalización de las reivindicaciones agrarias (o “agrarismo hecho gobierno” como él mismo lo denomina) en la medida en que este instrumento de desmovilización, después del convulsionado ciclo revolucionario, sirvió para introducir cierto orden social entre las fracciones revolucionarias aún en armas, paso necesario en el reacomodo de las fuerzas políticas decididas a instrumentar un nuevo orden económico y político.

En conjunto, es dable concluir que la importancia de esta disertación sobre las luchas zapatistas agrarias reside en que éstas constituyen una pieza básica desde la que es factible dar continuidad y establecer puentes entre los ciclos de movilizaciones campesinas anteriormente distinguidos.

Por último, podemos enfatizar que el principio teórico general que alienta el énfasis explicativo esencial de Armando Bartra sobre esta experiencia reside en la reconstrucción de las luchas sociales posrevolucionarias que en la aparente calma no son del todo evidentes. Dejando de lado el espontaneismo utilizado algunas veces para explicar el carácter efímero de las movilizaciones indias y campesinas, el autor consigue comprenderlas a partir de los ejes nodales que de manera persistente las condensan.²⁶

1.3 Procesos de construcción de autogestión económica y su carácter de productividad alternativo.

Una vez señalados algunos de los elementos donde Bartra da cuenta de cómo las clases campesinas se configuran interna y orgánicamente, trazando las continuidades y rupturas entre los ciclos de movilización, piezas fundamentales que nos permiten bosquejar su conformación sociopolítica subjetiva, podemos caracterizar ahora aquellos momentos donde las luchas se configuran esencialmente en torno a la autogestión económica.

²⁵ Un par de las referencias en torno a esta cuestión, que sin duda han coadyuvado en la veta interpretativa que proponemos, y que podemos mencionar es: Scott, James C., *Los dominados y el arte de la resistencia*, ERA, México, 2000. Por otra parte, un planteamiento ingenioso sobre los conceptos de *resistencia, antagonismo y autonomía* en su relación con el poder, lo podemos ubicar en: Massimo Modonesi, “Subalternidad, antagonismo y autonomía”. *Notas para una aproximación teórica*” en Claudio Albertani, Guiomar Rovira y Massimo Modonesi, *La autonomía posible. Emancipación y reinención de la política*, UACM, México, 2008.

²⁶ Pasaje trabajado: *Ibid.*, Págs. 22- 35

Anteriormente hemos formulado que si bien es en la articulación de la autodeterminación política y la autogestión económica el ángulo desde el cual Bartra procura poner de relieve las luchas campesinas, y aun cuando en este inciso nos enfoquemos en aquellas movilizaciones donde el autor problematiza respecto de las reivindicaciones y necesidades de tipo económico, resulta necesario aludir paralelamente a la manera en que ambas convergen o se separan.

En primera instancia, es oportuno traer a colación las experiencias cafetaleras abordadas por el autor, donde de manera incipiente logran engarzarse la autogestión económica y social con la autonomía política, para ilustrar la conformación de prácticas de organización alternas sustentadas en la diversificación productiva y sustentable, a partir de las cuales han buscado gradualmente sustituir a la lógica capitalista de especialización altamente contaminante y depredadora por modos sustentables y ecológicos como los llamados “policultivos comerciales”.

En esta dirección, la aportación nodal del autor es el énfasis en aquellas cualidades que hacen de la producción sustentable una experiencia paradigmática de organización y relaciones sociales distintas, las cuales nos parecen fundamentales en términos de su configuración sociopolítica interna y orgánica, indicándonos que la trayectoria hacia la autonomía política ha venido de la mano de una socialidad distinta, y no sólo es producto de la autogestión o administración más o menos independiente, aun cuando puedan ser dispositivos que a la postre la desencadenen. En sus propias palabras:

El manejo cafetalero de los campesinos organizados es económicamente viable y tiene una eficiencia social y ecológica infinitamente superior al modelo de plantación [...] la cafecultura en asociación es una parcela demostrativa de la economía moral: una producción y distribución autogestionarias y con vocación de equidad, que sería el sólido reverso de la socialidad libertaria que buscan los pueblos indios y otros mexicanos del común.²⁷

Así, cuando el autor da cuenta de las organizaciones cafetaleras en función de la incapacidad e insuficiente desempeño de instancias oficialistas como el Inmecafé²⁸, consideramos que, al mismo tiempo, escudriña su potencial de politicidad e independencia política. Ejemplo de ello son los primeros agrupamientos independientes como la unión de ejidos Kiptik ta Lecubtesel, Lucha Campesina y, Tierra y Libertad en Chiapas, la Alfredo V. Bonfil en Veracruz, y la Unión de Comunidades Indígenas de la Región

²⁷Bartra, A. *Mesoamérica los ríos profundos. Alternativas plebeyas al Plan Puebla Panamá*, Ediciones Casa Juan Pablos/ El Atajo Ed. / Instituto Maya A. C., 2002^{da} Ed., Pág. 97

²⁸ Instituto Mexicano del Café es una instancia gubernamental dedicada a la instrumentación de las políticas públicas hacia el sector cafetalero a nivel nacional, creado en 1958 tuvo la finalidad principal de regular los precios del café, el número de superficies cultivable en aras de incrementar su productividad, además de representó y reguló tanto a pequeños como grandes productores de café al exterior, lo que hizo ambivalente su postura.

del Istmo (UCIRI) oaxaqueña, luchas que para los años ochentas cobran fuerza y constituyen sólidos procesos sociales autónomos en la medida en que no sólo exigen al gobierno soluciones, si no que logran instrumentar proyectos autogestionarios de acopio, comercialización o equipo industrial por cuenta propia. Sin embargo, es preciso enfatizar que sobre las experiencias de organizaciones cafetaleras y campesinas, el autor no indica si la autonomía política está plenamente diferenciada de la independencia política.

A pesar de tal ambigüedad, esta tendencia creciente entre los cafeticultores promueve lo que ellos mismo llaman “apropiación del proceso productivo” –en consonancia con sus particulares carencias y contextos²⁹–, encargándose así y de manera incipiente de otro tipo de actividades y funciones político-sociales que el gobierno y sus instituciones descuidan y abandonan, incursión que impulsa su independencia política. De esta manera, Bartra ilustra cómo las organizaciones cafetaleras irrumpen en la larga trayectoria de autodeterminación política, cuestión que no sólo se reduce a la falta de apoyo gubernamental sino que responde a la necesidad de contrarrestar y transformar el estado de dependencia política y filiación partidaria al que están sujetos.

Esta germinal convergencia entre la autodeterminación política y la autogestión económica que entrañan estas experiencias indias y campesinas de carácter cafetalero, le llevan a establecer su importancia:

“Tierra y libertad”, en el sentido más radical de los términos. Rescatar la tierra de las ciegas veleidades del mercado otorgándole una función social; un sentido justiciero que no se agote en la tenencia, que se extienda a la producción y la distribución; una utilidad pública, no sólo como medio de trabajo, también como hábitat y territorio histórico, como medio ambiente, como paisaje. Pero ya nadie quiere tierra a cambio de sumisión, pues sin derechos políticos y gremiales el reparto agrario se vuelve un grillete; la “libertad” del apotegma zapatista significa autonomía en la gestión económica y autogobierno; la democracia como complemento insoslayable de la justicia.³⁰

Sobre esta disertación podemos apuntar que la autodeterminación y autogestión son dos herramientas presentes con las cuales afianza y complementa su caracterización y problematización sobre las luchas y movimientos campesinos del sector cafetalero. Si bien ambas son demandas hacia las que más o menos explícitamente se dirigen los campesinos, cuando el autor las abstrae de los procesos reales

²⁹ Por ejemplo, Chiapas y Guerrero, con una incipiente experiencia productiva, buscan independizarse del Inmecafé para no recurrir al crédito en aras de su fortalecimiento mientras que para Veracruz, con una tradición sólida y especializada, le resulta vital hacerse de infraestructura para comenzar a exportar. *Ibid.*, Pág. 99

³⁰ Bartra, Armando. “Reformas agrarias del nuevo milenio”, [en línea], México, diario *La Jornada* 14 de febrero de 1999, disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/1999/02/14/mas-bartra.html> [consulta 22 de julio de 2008] Pág. 6

para observar y valorar su grado y medida, está orientando, a su vez, una perspectiva de largo alcance que le permite diferenciar un nuevo ciclo de movilización campesina.

En otro ensayo, Bartra, describe una importante experiencia de lucha indígena en torno a la autogestión económica, el comercio justo y la soberanía alimentaria, cuyo potencial político de organización es considerable por cuanto que no sólo “fue crítico si no propositivo”³¹: la reunión de Xelajú que en 2001 convoca a campesinos y rurales, incluida la participación de las ONG’s, encaminada hacia la discusión del Plan Puebla-Panamá (PPP) y la presentación de propuestas alternativas a éste. De tal suerte, y junto con otros encuentros, logran establecer que:

La toma de los mercados nacionales y locales por las compañías transnacionales de granos y alimentos está destruyendo los sistemas agrícolas y pecuarios del Tercer Mundo (...) La inseguridad alimentaria ha aumentado [así como la] pérdida de biodiversidad [y de] los sistemas agrícolas tradicionales y comunitarios. Las multinacionales (...) monopolizan los recursos genéticos y agrícolas (convirtiéndose) en causa de migraciones del campo a la ciudad, pérdida en la capacidad para producir sus alimentos (e) incapacidad real de poder comprar (los). En nuestros países no existe una política agrícola que reconozca y valore la producción de alimentos como prioridad para la soberanía y seguridad alimentaria (Sin embargo) el sector agropecuario sigue siendo el proveedor más importante de las economías nacionales, en términos de producción de alimentos, generación de empleos y autoempleo (...) [sic.]³²

Ante esto, el autor reflexiona que la importancia de estas iniciativas está demostrada por las organizaciones que aquí confluyen y que se adscriben a la Mesa Regional Campesina –nombre que se le da al Foro de Xelajú. Entre ellas ubica a la Coordinadora Nacional de Organizaciones Campesina (CNOOC) del Salvador; el Comité para la Independencia y Desarrollo Agropecuario y Rural (CIDAR); el Comité Coordinador de Organizaciones Campesinas de Honduras (Cococh); la Coordinadora Agraria la Federación Nacional de Cooperativas Agropecuarias y Agroindustriales (FENACOPE), la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC), la Unión Nacional Agropecuaria de Productores Asociados (UNAPA) y la Asociación de la Resistencia Nicaragüense (Arnic) en Nicaragua; la Mesa Regional Campesina (MCR) y la Unión de Productores Agropecuarios (UPA) en Costa Rica. Todas ellas son organizaciones representantes de pequeños agrupamientos a nivel local y regional.³³

³¹ Planteamientos del Foro de Xelajú. Cita y entre paréntesis de Armando Bartra en: Bartra, A. “Y que tiemble el Plan Puebla-Panamá. Rústicas revueltas en Xelajú” [en línea], México, diario *La Jornada*, 16 de diciembre de 2001 disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2001/12/16/mas-xelaju.html> [consulta 22 de julio de 2009], Pág. 3

³² Entre corchetes del autor, *Ibid.*, Pág. 5

³³ *Ibid.*, Pág. 6

De esta manera, en la perspectiva de Armando Bartra se pone en juego lo general y lo local. Por un lado, escudriña las características y limitaciones de las experiencias productivas autogestivas que han buscado consolidarse también en el terreno político ante megaproyectos que económica y políticamente son impuestos, no convenidos que socavan, por lo tanto, su capacidad de autodeterminación política y relegan cualquier tipo de bienestar social. Y por el otro, considera su potencial conformación de actividades sociales, ambientales, culturales y económicas en un escenario amplio y diverso donde la resistencia al capital no significa sólo una lucha de subsistencia sino una praxis antagónica que pugna por una transformación de los parámetros de producción capitalistas y relaciones sociales más solidarias y en equilibrio. Ambos aspectos son, a nuestros parecer, componentes de experiencias paradigmáticas que ilustran formas de organización y productividad material que no van en dirección opuesta a su configuración sociopolítica, más aún, una y otra se conciben como eslabones de un mismo proceso más amplio, la transformación del sistema capitalista.

En la línea de investigación del autor sobre el campesinado es patente la articulación de sus elementos característicos, su problematización teórica y un abordaje diacrónico, herramientas que abonan diversas modalidades de comprensión y, sobre todo, soluciones en torno a los retos que, en términos políticos, ellos mismos nos plantean.

Ahora bien, cuando Bartra observa las propiedades internas de la cafecultura y del trabajo agrícola en general, plantea que el alcance *multiactivo* de las luchas campesinas y la *pluridimensionalidad* de sus proyectos están en función de las propiedades del trabajo como un *sistema-producto*.³⁴ De ahí su énfasis en las propiedades de diversificación productiva y pluralidad organizativa:

Los proyectos y organizaciones sectoriales y los multiactivos regionales no son excluyentes sino complementarios, dos caras de la misma lucha. Y es frecuente que organizaciones estructuradas en torno a un determinado producto o servicio diversifiquen sus frentes de acción a otras cosechas y otras necesidades campesinas.³⁵

En torno a esta caracterización podemos sugerir que el campo, además de ser una temática persistente a lo largo de su obra, representa un esfuerzo por hacer manifiestos los espacios de resistencia, o “intersecciones al interior del sistema”, desde los cuales es posible proyectar un tipo de proceso

³⁴ Armando, *Cosechas de ira: economía política de la contrarreforma agraria*, Ed. Itaca, Instituto Maya, México, 2003, Págs. 30-31

³⁵ *Ibid.*, Pág. 30

productivo y solidaridad distintos que de manera cabal componen lo que se conoce como “comercio justo” y han dado origen a prácticas sustentables de producción.

Esta modalidad productiva entraña dos sentidos: son más adecuadas respecto del manejo de la naturaleza y revitalizan los lazos comunitarios alrededor del proceso productivo socavados en el mercado capitalista que se pronuncia por el valor de cambio.

Sobre las experiencias rurales enfocadas a la “recampesinización” de los procesos de producción agrícola, cuya tendencia más sobresaliente es –a juicio del autor- la sustitución paulatina de la consolidación empresarial de los productores, son prácticas que ocupan un lugar central en sus argumentaciones en tanto que ha demostrado cuán viables y alternas resultan frente a las consecuencias negativas que acarrea un modelo de desarrollo neoliberal que fomenta sistemáticamente la desaparición de la pequeña y media economía campesina.

De tal suerte que por sus características la producción cafetalera en México ha sido una de las más importantes en el camino de la sustentabilidad: el poco empleo de fertilizantes y agroquímicos es un atributo positivo que coadyuva al desarrollo de un proceso productivo alternativo cuya esencia radica en el manejo sostenible de la naturaleza, es decir, aprovechando y adecuando el proceso cafetalero de producción a las condiciones naturales sin afectarlas más de lo necesario.³⁶

Sin embargo, aun cuando la producción de café es socorrida por un número importante de agricultores mexicanos, al exterior y frente a los grandes productores cafetaleros no goza de buenas utilidades. Entre las principales razones están, a decir del autor, la competitividad asimétrica entre los grandes productores y las huertas familiares, la ausencia de programas de apoyo real a estos últimos y la sobreproducción generada por la presencia de café de mala calidad que los huerteros marginales arrojan al mercado, entre otras.

La importancia de reconocer y valorar los beneficios y servicios cualitativos socio-ambientales –y no sólo los aspectos técnico y tecnológico- del sistema productivo cafetalero para su retribución monetaria es, parafraseando al autor, el camino que deben adoptar las organizaciones sociopolíticas de los agricultores mexicanos y una posible forma desde la que puede llevarse adelante la reconversión del

³⁶ Valga la pena recordar los sistemas de producción que emplean las regiones cafetaleras, estas son de tres tipos: *rusticano* o *de montaña*, *policultivo tradicional* y *monocultivo bajo sombra*. A partir de este conjunto de elementos señalados el café mexicano puede describirse como primordialmente *café bajo sombra* y *orgánico pasivo natural*; Bartra, Armando, *Cosechas de ira: economía política de la contrarreforma agraria*, Ed. Itaca, Instituto Maya, México, 2003, Pág. 69

sector a nivel nacional, medida opuesta a la estandarización de la producción a precios bajos y en grandes volúmenes que la industrialización capitalista introdujo.³⁷

En última instancia, Bartra está planteando que la conformación de redes que de manera solidaria y justa constituyen la vida económica de los pequeños huerteros es crucial y debe ser valorada socialmente:

Comercio justo es un oximorón, una fórmula contradictoria. Porque justicia es un valor social, y por definición el mercado es insensible a toda consideración ética. Pero es un oximorón fértil y sugerente, pues dramatiza la necesidad de domesticar el libre cambio, de ponerle bozal a la desfachatada libre concurrencia [posible porque el intercambio es] tomado [como] el precio [de] referencia pero manteniendo su valor de uso como criterio primordial. Y en este caso lo que se pondera no es sólo el valor de uso inmanente, sino también los valores sociales que animan a la comunidad de productores y la comunidad de consumidores.³⁸

Así, respecto de la productividad alterna que el autor ha abordado, podemos plantear que el alcance sobre estas prácticas cafetaleras sustentables radica no sólo en el énfasis que hace sobre las cualidades y ventajas que éstas entrañan en relación a la sustentabilidad ambiental constantemente avasallada por las lógicas capitalistas de producción –lo cual ya es decir; antes bien, su relevamiento tiene como sentido profundo el carácter alternativo que de manera novedosa han logrado poner en marcha, constituyendo dinámicas de producción que ponderan el equilibrio entre sociedad y naturaleza (lazos sociales y naturales quebrantados), las cuales, han estado acompañadas de las movilizaciones y formas de organización sociopolítica antagónicas que cotidianamente muestran cómo el sistema capitalista global puede ser transformado desde sus intersticios, es decir, ahí donde las contradicciones son más evidentes.

Por otro lado, podemos refrendar la perspectiva crítica del autor en relación al periodo reciente de movilizaciones donde rescata y da cuenta de la trayectoria de movimientos como *¡El campo no aguanta más!* gestadas frente a los megaplanes de desarrollo donde argumenta que, además de ser evidente el carácter privado de los intereses últimos ahí contenidos, este tipo de iniciativas económicas se desentienden de cualquier especie de función social y política de las regiones integrantes. Algunas de sus modalidades, como el Plan Sur-sureste, están diseñadas incluso para contener y revertir sus costos sociales, por lo que apela a su revisión desde los principios de soberanía laboral y alimentaria.

³⁷ *Ibíd.*, Págs.65-87

³⁸ Bartra, A., *Mesoamérica. Los ríos profundos...*, Pág. 111

La desarticulación de la pequeña y mediana economía campesina en los últimos tres lustros, junto a las políticas neoliberales encabezadas por el Plan Puebla Panamá (PPP), parcamente ejecutadas en México y Centroamérica por la recesión de las economías globalizadas, componen el escenario social, político y económico desventajoso en el que la dependencia alimentaria y la migración laboral constituyen las primeras y más profundas consecuencias negativas frente a las que se alzan los campesinos.

La propuesta que formula el autor ante estos megaproyectos parte del supuesto de que éstos no pueden considerarse como verdaderas coyunturas de crecimiento social y económico cuando no responden a las experiencias de los sujetos marginados y mucho menos si no promueven su activa participación, considerándolos sólo como “regiones de influencia” o “comunidades afectadas”. Así, a juicio del autor, tanto la soberanía a nivel laboral como alimentaria es una respuesta integral, urgente y opuesta al creciente éxodo laboral y hambruna crónica que la región ha experimentado en las últimas tres décadas. En este sentido formula el significado de ambos elementos:

Entendemos por soberanía alimentaria la capacidad estatal de fomentar la producción sostenible de granos y otros cultivos básicos al tiempo que se genera el ingreso necesario para que su población pueda acceder a estos bienes. Entendemos por soberanía laboral la capacidad que tiene un Estado de fomentar la creación de empleo digno y suficiente, que ofrezca estabilidad y futuro al conjunto de su población. No estoy hablando de autarquía [...] Tampoco propongo autosuficiencia laboral y alimentaria [...] Lo inadmisibles no es importar y exportar alimentos ni recibir o enviar migrantes; lo inadmisibles son naciones minusválidas, puestas de rodillas por su absoluta dependencia alimentaria y laboral.³⁹

Al desglosar cada una de las vertientes que sumen a la agricultura en continuas crisis, el autor plantea que la *exclusión* es la nueva modalidad en que se relaciona el campesinado con el capital, sustituyendo paulatinamente a la *explotación* sin que ésta desaparezca. En tiempos de recesión y contracción de la lógica mercantil, la exclusión se convierte en un mecanismo de desahogo del capital, la cual es claramente mercantil y social pero políticamente está avalada en las acciones “mercadocráticas” de los gobiernos en tanto que éstos se vuelven meros negociadores de acuerdos y políticas internacionales.⁴⁰

En este sentido, la reflexión del autor sobre el PPP no sólo responde a los posibles ajustes que, de aplicarse, contribuirían a disminuir sus costos sociales y económicos, sino que está orientada por los principios fundamentales que este tipo de proyectos de desarrollo tecnológico rompe. Al observar

³⁹ Armando, *Cosechas de ira: economía política de la contrarreforma agraria*, Ed. Itaca, Instituto Maya, México, 2003, Pág. 53-54

⁴⁰ Bartra, A. *Mesoamérica. Los ríos profundos...*, Págs.23-62

globalmente estas iniciativas, el autor evidencia su carácter antitético respecto de las prácticas organizativas alternas de tipo cafetalero, y sobre todo, muestra que de manera creciente la privatización de los recursos naturales y la monopolización de las funciones sociales propias del Estado, configuran el panorama hostil donde son deterioradas las relaciones sociales y naturales, subyugadas por los principios mercantiles. En este sentido el autor asume que:

Debemos restablecer la seguridad alimentaria respaldando a la pequeña y mediana producción campesina y fortaleciendo el mercado interno tanto nacional como regional y local. Nos hace falta restaurar la seguridad laboral defendiendo y ampliando la planta fabril y la actividad agropecuaria y mediante la integración de cadenas que potencien nuestras complementariedades productivas.⁴¹

Sin ahondar más en esta temática planteada por el autor en varios de sus ensayos, podemos afirmar que el alcance último de sus preocupaciones le permite articular fenómenos sociales, como la migración y la escasez alimentaria, con una crítica del modelo de producción y desarrollo capitalista imperante al poner en tela de juicio su carácter negativo e insostenible. Asimismo, es pertinente destacar que este tipo de experiencias muestran que el desarrollo tecnológico y el bienestar social no están necesariamente entrelazados e ilustran, en última instancia, de qué manera un proyecto económico de desarrollo constituye una forma de dominación política. Aun cuando puede ser menos evidente la imposición económica que la imposición de un gobierno “democráticamente electo”, ambas resultan igualmente coercitivas, a pesar de que sus alcances en los distintos niveles, social, político y económico no sean medibles de manera unívoca.

Como conclusión tentativa, cabe señalar que la aportación básica y primordial para una sociología política crítica sobre las experiencias de organización y las prácticas productivas alternativas, que van de la mano de procesos de autogestión y praxis autónomos, reside en el relevamiento de sus posibles puntos de convergencia histórica y real. En otras palabras, el énfasis que hace Bartra sobre su articulación resulta importante para orientar y ahondar, en un sentido más amplio, en la comprensión conjunta y sistemática de estos fenómenos sociopolíticos. Al establecer esta veta teórica e histórica el autor está contribuyendo al esclarecimiento de su limitación y posibilidades concretas de consolidación.

⁴¹ Bartra, *Cosechas de ira: economía política de la contrarreforma agraria ...*Pág. 29

1.4 Las movilizaciones contra la imposición y la dependencia políticas.

En los incisos anteriores hemos esbozado cómo Armando Bartra ha caracterizado las luchas y resistencias campesinas para comprenderlas en función del grado de autogestión económica y autonomía política. Ahora se abordarán las experiencias cívicas de los campesinos e indios de Guerrero para enfatizar que – de acuerdo con el autor- el quehacer y las prácticas gubernamentales resultaron insuficientes para solucionar problemas de salud, seguridad y educación, etc., es decir, se apuntaló un proceso de democratización distinto.

En relación a este tema, podemos anticipar algunas cuestiones que en principio orientan nuestra reflexión sobre el caso guerrerense tal y como es trabajado por el autor: si bien la insurgencia no sólo es una respuesta necesaria ante el cierre gubernamental frente a la negociación, tiene la capacidad de cuestionar el sistema político, social y económico que ha negado a campesinos e indios cualquier posibilidad de conformación política dentro de las vías democráticas institucionalmente establecidas. Esta práctica disidente tiene la cualidad de trascender y negar la dependencia política y social evidenciando sus carencias y limitaciones.

Sin embargo, cuando las luchas y movimientos sociopolíticos se vuelven prácticas clandestinas aisladas (como el “foco guerrillero” o cuando se constituyen en ejército), si bien es clara su radicalización, es preciso reflexionar sobre el quiebre interno, parcial o total, táctico o absoluto, que puede tener o no respecto de las restantes luchas y movimientos. En otras palabras, su radicalización nos obliga a cuestionar si esta condición es un repliegue táctico y circunstancial o no, que los condena al éxodo y los distancia de las posibles alianzas con otros sectores sociales o, si por el contrario, tienen la capacidad de reconocer e identificarse con otras luchas y reivindicaciones.

El caso guerrerense representa para Bartra un laboratorio donde se reproducen y multiplican hasta polarizarse las profundas contradicciones nacionales; Guerreo aparece como la cristalización de conflictos económicos y políticos que entrañan y configuran problemáticas de gran importancia y vigencia.

Después del periodo de repliegue forzado y represión de los movimientos campesinos, a finales de la década de los cincuentas y mediados de los setentas, los antecedentes más inmediatos a su reaparición –a juicio del autor- pueden ser descifrados a partir de las movilizaciones de carácter cívico, luchas contra la imposición a nivel político acontecidas especialmente durante los periodos electorales y violentamente reprimidas, situación típica del caso guerrerense. En torno a esto, Bartra plantea que si bien el cambio

pacífico vía electoral logra articularse con las luchas campesinas y populares gremiales (cafetaleros, milperos, copreros), cuando esta conjugación es insuficiente, poco sólida o desmantelada, la radicalización y la potencial insurrección son formas con las que comúnmente los sujetos buscan tomar el poder; pero a diferencia de las insurrecciones “de viejo tipo” –como él las llama- éstas se diferenciarán por su oscilación “entre el estilo insurreccional propio de la revolución de 1910 y las nuevas formas de lucha que la experiencia cubana introduce en América Latina.”⁴²

De acuerdo con la argumentación general del autor, tres son las modalidades que representan las experiencias de lucha guerrerenses: *guerrilleros*, *ciudadanos* y *campesinos*. Si nos ubicamos en el contexto nacional de los cincuenta tenemos que la estructura económica campesina de Guerrero es predominantemente ejidataria, oligarca, crecientemente capitalista y privada (agrícola exportadora); aquí los pequeños y medianos huerteros son grandes productores de copra que padecen el coyotaje de sus intermediarios; si bien consiguen en algunas zonas cierto grado de autogestión económica, ésta deviene en dependencia política hacia el unitarismo partidario estatal. Éstos son elementos que nos ayudarán a entender frente a qué se configuran las luchas cívicas y gremiales.

En esta dirección, la Unión Regional de Productores de Copra (URPC) se constituye –a su juicio- como un modelo de autogestión que busca participar en los procesos electorales, postulándose para detentar algunos cargos de poder. Hecho que suscita la fuerte desconfianza entre los partidos políticos (como el Partido Obrero y Campesino) y las organizaciones copreras dependientes, ambos plantean que: “las organizaciones no deben de participar en la lucha político electoral como si fueran partidos políticos”⁴³. La Unión coprera termina desarticulada por los intereses mercantiles tanto externos como internos, por lo que su lucha de independencia política queda anulada y deviene en coyotaje asociativo, distinto del “particular”. Así, podemos ver de nueva cuenta de qué manera la autonomía y la autogestión no están completamente desligadas pero tampoco han figurado, en este caso, como una misma cosa, de ahí nace la intención de buscar a nivel electoral una fuerza política que los represente.

Entre tanto, la consolidación cafetalera de la Asociación Agrícola Local de Cafecultores de Atoyac –germen de profundas movilizaciones cívicas-, es otro intento de participación política, asociación que postula a su líder más sobresaliente para la candidatura municipal. Pero es hasta 1960, a través del Comité Cívico Guerrerense, donde convergen ex-priistas insatisfechos y militantes del Partido Comunista Mexicano, del Partido Popular Socialista y del Partido Obrero Campesino Mexicano como resultado de la

⁴² Bartra, A. *Los herederos de Zapata...* Pág. 89-90

⁴³ Bartra, Armando, *Guerrero Bronco. Campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande*, Ed. Era, México, 2000, Pág. 81

gran convocatoria que suscita entre los gremios movilizados y federaciones estudiantiles. Movimiento cívico en oposición al radicalismo militar de Caballero Aburto, encabezado por personajes como Luis Cabañas, Rosendo Téllez y Félix Roque, pero sin más programa ni cohesión social que el antiaburtismo.

De Comité pasa a Asociación Cívica Guerrerense –dirigida por Genaro Vázquez- esencialmente encaminada a consolidar el derecho ciudadano de elegir gobernador por la vía electoral. No obstante, es preciso enfatizar que entre los resultados concretos de esta significativa experiencia cívica guerrerense, que marcará en adelante a las luchas democráticas, están por un lado, la dominación de talante priista “a punta de bayoneta”, la imposición de “ayuntamientos populares de base” y el fraude electoral; y por el otro, la militarización de la región atoyaquense, los asesinatos y encarcelamientos. Todos estos saldos constituyen un panorama donde se combinan tanto formas de coerción social y política como prácticas de coacción física y violenta; distinguirlas entre sí, es necesario en la medida en que no aparecen como una misma cosa, aunque en última instancia respondan a un poder político dominante activo y por cuanto que muchas veces no aparecen juntas. Esta precisión no contradice la concepción de que en la correlación de fuerzas políticas, el poder de las clases subalternas (no dominantes) sea igual a cero, pues como veremos ahora, la lucha guerrerense deviene clandestina y cotidiana para no sucumbir frente a la sofocación militar o paramilitar.

En esta dirección Bartra señala lo siguiente:

Los guerrerenses han refrendado una sabia lección: en el reino de la revolución hecha gobierno, votar no paga dividendos. A fines de 1960 tumbaron a un gobernador despótico mediante una algarada social, dos años después votaron civilizadamente por la democracia y consiguieron un baño de sangre. Conclusión obligada: en México la lucha comicial es contraproducente.⁴⁴

Ante este escenario, continúa el autor, se erigirá “La nueva ruta” proyectándose como prolongación de la lucha popular pero desde la clandestinidad y sin desligarse por ahora de las organizaciones sociales; varias organizaciones integran el Consejo de Autodefensa del Pueblo, pero entre “los cívicos” continuará la idea de que el voto es un engaño, adicionalmente, hacia mediados de los sesentas tendrán lugar experiencias democráticas poco alentadoras por parte del Frente Electoral del Pueblo (FEP) y la Central Campesina Independiente.

Paradójicamente los “vientos cívicos soplan”, según el autor, desde las cúpulas del poder con el Comité Ejecutivo Nacional (CEN) y Carlos Alberto Madrazo. Una nueva camada de líderes normalistas

⁴⁴ *Ibid.*, Pág. 100

dará vida a las luchas cívicas, que ante la clausura de las puertas oficiales se perfilarán como luchas armadas y encabezadas por Lucio Cabañas. Mientras tanto, la asociación guerrerense se vuelve Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), y “los antiguos *cívicos*” no cesan en su lucha aunque sus objetivos son sólo inmediatos. La ACNR está integrada por la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, estructura militar sólida, y el Partido de los Pobres⁴⁵ y a pesar de su lento crecimiento, Bartra la considera como puente entre la nueva y vieja revolución, señalando que su poca experiencia la condena a su pronta desarticulación.

De nueva cuenta tiene lugar la militarización de la vida cotidiana y conflictividad a su máxima expresión, no sólo son perseguidos, desaparecidos y encarcelados “los *cívicos*”, sino también sus familiares y la población civil entera, aquí el autor destaca que la consecuencia más importante de toda esta experiencia es que para 1970 los lazos entre el movimiento político y la lucha gremial se encuentran disueltos, y será hasta 1989 donde ambos frentes serán rearmados.⁴⁶

En relación a lo anterior, podemos formular que la insurrección armada que se remonta a la sierra es resultado del cierre de los canales oficiales de la lucha cívica y democrática, hecho que implica frecuentemente –que no ineludiblemente– el ejercicio pragmático de la política; además, pareciera que en la guerrilla son posdatados al momento del triunfo revolucionario los ideales democráticos deseados, por lo que las luchas gremiales y cívicas por la democratización dejan de hacerse desde la vida cotidiana militarizada para fraguarse en la clandestinidad.

Sin embargo, sugerir que la clandestinidad supone una pérdida total de los elementos comunes de cohesión social, interna y orgánica que vinculan las experiencias cívicas y democráticas con las prácticas guerrilleras clandestinas (pues como hemos visto ésta última puede ser entendida como una prolongación de la primera en tanto los conflictos y demandas que la animan se asemejan), no sólo es una proposición arriesgada, antes bien, imposibilita cualquier intento por reconstruir lo que en términos de Gramsci constituye la “historia disgregada de los grupos subalternos”, esto es, integrar a pesar de su discontinuidad y quiebres, las piezas fundamentales que nos permiten comprender los procesos sociales e históricos amplios de los subalternos que constantemente son trastocados o influenciados “por las iniciativas de las clases dominantes” con la finalidad de distinguir el grado en que paulatinamente se hacen autónomos.⁴⁷

Además, esta posición implicaría, a su vez, que el ejercicio que nos hemos propuesto sobre el proceso de configuración subjetiva de los actores sociopolíticos se profile como un estudio parcial e

⁴⁵ De talante maoísta, apela a la guerra popular y prolongada, tiene su auge ente 1972 y 1974.

⁴⁶ *Ibid.*, Pasajes trabajados: 75-116 pp.

⁴⁷ Ver: Gramsci, Antonio, “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metódicos”, Pág. 491-493

incompleto que relega cualquier momento de aparente repliegue y calma a nivel político, concibiéndolos como actos extremos de sublevación, o negando su existencia en la medida en que no encajan en los moldes idealmente predeterminados.

El camino hacia su radicalización es más o menos evidente pero su vuelta atrás no lo es tanto, es decir, una vez que el ejercicio cívico en el proceso de lucha y resistencia por la democratización se agota frente a la imposición política y la burocratización, las fuerzas políticas y sociales antagónicas se divorcian y muestran su incompatibilidad –especialmente cuando la militarización alcanza niveles violentos y excesivos. Así, mientras que la ruptura con otras luchas y experiencias democráticas distintas puede ser inevitable por cuestiones prácticas o ideológicas, el futuro cierre y rearticulación entre ellas no es un aspecto determinado de una vez y para siempre en la medida en que mantener abiertos estos canales de acción colectiva puede resultar vital para reactivarse y prolongarse en tiempo y espacio.

En el particular contexto en el que nos hemos situado, esta escisión es, de acuerdo con el autor, restaurada paradójicamente desde las posturas políticas conservadoras y reaccionarias: el Estado busca comprar la conciencia histórica colectiva que rememora a los recién caídos a través de dádivas sociales como salud, educación y alimentos; acciones gubernamentales que están lejos de ser desinteresadas, puesto que –a decir del autor- son un arma altamente eficaz contra la guerrilla; sin embargo, debemos tener en cuenta que la memoria colectiva funciona usualmente como un elemento desde el que se cohesionan y nutren las experiencias y luchas posteriores.

Además, cuando Bartra plantea que el descreimiento en el sufragio y la abstención no suponen una menor votación, está señalando la vulnerabilidad del tricolor, si bien “el voto omiso y sumiso” se viene abajo, el electorado opositor se muestra asiduo. Ejemplo de ello es el Foro Regional por la Defensa del Voto Popular de 1989, en donde convergen en su doble condición de ciudadanos y gremios acciones cívicas anteriormente aniquiladas. Apoyado en esta barrera a nivel electoral, el Foro tiene la finalidad de promover el voto, paso imprescindible hacia la municipalización integral y desde abajo, en aras de revertir el apoyo privilegiado hacia las cabeceras. Con todo, esta capacidad adversaria para incidir políticamente puede ser entendida, de acuerdo con el autor, de la siguiente forma:

A diferencia del clientelismo priísta, el voto opositor es una opción siempre arriesgada y a veces peligrosa; una decisión sin más recompensa cierta que acortar el camino a la utopía democrática. Puede sonar injusto, pero es un hecho contundente; mientras el PRI se encuentre

en el poder y lo defiende tramposamente, la nueva cultura sólo se formará en la filas de oposición.⁴⁸

A partir de esto, podemos sugerir que, cuando el autor plantea que la oposición electoral es la vía con la que pueden ser revertidos la imposición política y la inevitable burocracia que la acompaña y posibilita, y ante la respuesta de represión brutal y militarización, este “voto opositor” puede ser comprendido también como otro elemento de cohesión si consideramos que funciona, al mismo tiempo, como una práctica que, bien que mal, puede ser el terreno de cultivo de una “nueva cultura” y que hacer político si logra constituirse en un espacio críticamente antagonista que pueda representar a la masa de campesinos y *cívicos guerrerenses*.

Finalmente, Bartra plantea que la eferescente participación cívica, al combinarse con la lucha por la tierra rebasa a la Coalición de Ejidos, aún cuando ésta ratifica su independencia y oposición. Pero ¿cuál es la verdadera ruptura que aquí se bosqueja? Si bien las dramáticas movilizaciones cívicas prolongadas hasta 1990 y erigidas contra la imposición política y el fraude electoral de signo priísta, no es sino hasta que éstas se configuran en el contexto de los conflictos poselectorales como “parte de una lucha contra el orden político vigente y por dismantelar el sistema de partido de Estado”⁴⁹, el momento en que es posible demostrar su potencial trascendencia al estado de cosas existente. Al respecto, podemos sugerir que es en torno a este elemento donde se pone en tela de juicio al orden social, político y económico en su totalidad, forma en la que los intereses de clase se evidencian, coadyuvando a que la heterogeneidad de fracciones politizadas se condense.

Además, cuando el autor señala que las reivindicaciones gremiales y la guerrilla armada desde la montaña (como el Ejército Popular Revolucionario) coexisten en un mismo escenario, consideramos pertinente apuntar que uno de los posibles eslabones que sin duda las reintegran tiene que ver con la memoria política colectiva reciente, pues –como hemos dicho- al quedar pendientes, por ejemplo, las matanzas comiciales de Coyuca, la remembranza funge como un saldo pendiente.⁵⁰

En síntesis, este cúmulo de experiencias que oscilan entre las urnas y las armas da cuenta de varios elementos de cohesión social que están en juego: a) su capacidad de resistencia ante un panorama hostil; b) la organización interna basada, en primer instancia, en las reivindicaciones comunes que orgánicamente depuran su heterogeneidad social y política y que les permite identificarse entre sí, y en segunda instancia, identificar al enemigo común que enfrentan (elemento que muchas veces no es

⁴⁸ *Ibid.*, Pág. 148

⁴⁹ *Ibid.*, Pág. 151

⁵⁰ *Ibid.*, Pasajes trabajados: 127-164 pp.

fácilmente delimitado); c) la memoria colectiva, esto es, el cúmulo de saldos negativos y aciertos que alientan y sirven de lazo entre las viejas y nuevas movilizaciones, puente de su continuidad; d) la militarización y radicalización, frecuentemente engarzadas, una como causa y la otra como reacción y a la inversa; e) la oposición electoral es, en este contexto, un elemento novedoso que en cierta medida normaliza la correlación de fuerzas al representar una salida desde la que pueden reactivarse las prácticas políticas democráticas.

Asimismo, podemos apuntar cuál es entonces la lección que el autor formula respecto de las intrincadas y conflictivas relaciones entre los movimientos sociopolíticos y las instancias gubernamentales, indicando cuáles son las posibles articulaciones entre ellos y bajo qué supuestos debieran orientarse:

El civilismo desmecatado de la última década cuestiona la abstención y reclama un intercambio constructivo entre organizaciones sociales e institutos cívicos; una relación que, respetando la libertad de filiación políticas de las bases, propicie el diálogo y los acuerdos –tanto programáticos como electorales– entre los gremios y los partidos. Son premisas de esta nueva articulación el que la política no es patrimonio exclusivo de la esfera estatal-partidista de la sociedad y que “la cosa pública” también incumbe a las comunidades y los gremios. Pero para ejercer su derecho a hacer política, los gremios y las comunidades tienen que colocarse en la perspectiva del “interés general”. Sin renunciar a la defensa de los intereses particulares –de los que son legítimos portadores– han de incorporarlos a proyectos incluyentes. Mientras que el reto de los partidos es escuchar y asumir las propuestas de los actores sociales, el desafío de éstos radica en trascender los particularismos estrechos incorporando sus intereses gremiales a proyectos comprensivos de carácter nacional.⁵¹

Por último, más allá de estas características constitutivas del periodo de movilizaciones guerrerenses cívicas y democráticas, y aun cuando el autor no puntualiza que éstas son los cimientos de las luchas zapatistas chiapanecas, ni ahonda en los puentes que entre ellas pueden ser establecidos, nos interesa señalar que su posible vínculo puede ser rastreado en el siguiente argumento:

[...] en el trajín indígena por establecer autogobiernos, con independencia de si la Constitución General de la República los incluye formalmente o no. Después de una larga lucha de los pueblos por su reconocimiento, hoy en Oaxaca casi todos los municipios indígenas, pequeños y propicios al sistema de cargos y la democracia directa, se gobiernan por usos y costumbres, normas consuetudinarias que están reconocidas en la Constitución de la entidad federativa. En Chiapas, el EZLN, sus bases de apoyos y otras fuerzas democráticas, conformaron municipios autónomos, que en la práctica y sin reconocimiento ejercen la libre determinación política. En Guerrero, junto con la creciente competencia por las alcaldías, cobra fuerza la lucha por la

⁵¹ Bartra, Armando (Coord.), *Crónicas del sur. Utopías campesinas en Guerrero*, Era Ed., México, 2000, Pág. 72

remunicipalización, sobre todo donde los indios de las rancherías son ninguneados por los mestizos y caciques de la cabecera.⁵²

Además, ambas experiencias de lucha en aras de la democratización y la autonomía políticas pueden ser comprendidas y empatadas como dos sujetos de una misma lucha en la medida en que comparten problemáticas sociales, políticas y económicas semejantes, pero sobre todo, por ser un referente histórico que políticamente resulta crucial para los movimientos sociopolíticos actuales. Si aceptamos que el zapatismo indígena constituye uno de los movimientos más importantes de los últimos quince años, es preciso cuestionar si han buscado y conseguido o no ser un puente para el resto de los movimientos y organizaciones preguntándonos, además, si al condensarse en torno a sus propias metas y particularidades (como ha ocurrido en experiencias anteriores) ésta implica o las conlleva a delimitar las posibles alianzas y si las circunscribe al grado de socavar su posible trascendencia política y social.

De manera tentativa podemos concluir que si la praxis política cívica y la guerrilla, una y otra vez estrelladas por sus propias limitantes y constreñidas siempre desde afuera, no sólo no pueden dejar de representar una base y punto de comparación en los estudios sobre las movilizaciones sociopolíticas anticapitalistas y por la democratización sino que, además, constituyen una pieza clave en la reconstrucción de la conformación orgánica y la identidad política de los actores sociales que hemos bosquejado. Sin duda alguna, este tipo de experiencias nos aportan una lectura más completa sobre la forma en que la estructura material e ideológica de una determinada sociedad se dinamiza y configura, ángulo con el que buscamos –como hemos dicho- dar cuenta de la manera en que están determinadas y asentadas las normas y pautas sociales, políticas y económicas, sin dejar de aprehender sus continuas transformaciones.

1.5 La noción de autonomía política.

La aportación nodal de Armando Bartra en torno a esta temática tiene el acierto de ubicar la importancia social y política que esta lucha adquiere y, en esa medida, acentuar sus alcances novedosos. Esto es, si bien puede ubicarse la génesis de la lucha zapatista en Chiapas en torno a sus demandas socioeconómicas urgentes, su trascendencia política reside en que esta experiencia está orientada hacia la autonomía política y busca su reconocimiento social y político a partir de la pluralidad identitaria.

⁵² Bartra, A. *Mesoamérica. Los ríos profundos...*, Pág. 77

En torno a esta cuestión, la reflexión de Bartra está guiada por un sentido diacrónico que no se limita a describir sus elementos novedosos, antes bien, las entrelaza con las tradicionales prácticas de lucha que refrendan. Al mismo tiempo, indica que sus demandas inéditas corresponden a la necesidad de cohesión político-social en un contexto signado por el antiagrarismo salinista de corte neoliberal y las fuertes tendencias hacia el pragmatismo político oficialista y la corporativización de las organizaciones agrarias independientes.

Además, al examinar los argumentos expuestos por el autor en torno a la experiencia zapatista podemos derivar algunas hipótesis sobre la concepción de autonomía política y bosquejar, de nueva cuenta, la manera en que paulatinamente se diferencia de la idea de independencia y señalar por qué va más allá de la autogestión social y política (entendida como apropiación de la vida social y económica que caracterizó a los primeros autónomos unorquistas. Paralelamente, proponemos que ésta puede ser interpretada como una forma de reconfiguración sociopolítica en la medida en que el elemento de etnicidad ha dado al movimiento indígena visibilidad y fuerza a nivel nacional, replanteándolo interna y orgánicamente, esto es, valorar la manera en la que la identidad étnica es una reivindicación que logra condensar la lucha agraria vulnerada a partir de las políticas neoliberales recientemente implementadas.

Para argumentar estas proposiciones es preciso dar cuenta de los ejes cardinales que componen esta problemática nodal planteada por el autor, y en menor medida referiremos a su historiografía con la finalidad de que, al reseñarla, no se pierda de vista el énfasis interpretativo que pretendemos darle.

Al abordar las luchas indígenas y los procesos de organización que les corresponden, Bartra destaca cuatro ejes profundos de las movilizaciones indígenas que las diferencian del “indigenismo paternalista e integrador de la posrevolución”: a) la restitución de la *tierra*; b) el *comercio justo*, donde no tengan que “vender barato y comprar caro”; c) la carencia de servicios de *salud* y d) la *educación*, derecho a su propia cultura, idioma y usos y costumbres.⁵³ Es importante señalar que para el autor son éstos los pilares que cimientan sus luchas para entender cómo se van conformando, además, constituyen el lugar desde el que puede sugerirse la continuidad existente entre éstas y los movimientos y organizaciones de arraigo agrario-campesino.

Además, en aras de complementar estos cuatro ejes nodales de las luchas indias es importante mencionar que para el autor son dos las tendencias políticas que han configurado el reciente escenario rural: “una recupera la bandera del zapatismo histórico y si primero reclama la tierra con métodos de acción

⁵³ *Ibíd.* Pág. 70

directa, luego reivindica el derecho político al autogobierno; la otra prolonga la experiencia del cooperativismo agrario cardenista y promueve la apropiación campesina de la vida económica”.⁵⁴

Así, considerando este contexto sociopolítico e histórico de desencuentro, y los ejes reivindicativos que las cohesionan, tenemos que es hasta la década de los noventa que las luchas indias y campesinas se muestran propiamente como movimientos étnicos, consiguiendo aglutinar diversos sectores populares, urbanos, y por supuesto, rurales; cohesión “proveniente de la común problemática agraria, productiva, laboral y hasta política; [pero el indio] deviene en el principal aglutinador en la inminencia de los 500 años de la conquista de América, cuando cobra fuerza el nuevo indianismo”.⁵⁵ Estos primeros años de la década de los noventa se destacarán por las marchas y mítines que animan la conformación de organizaciones no-gubernamentales, asociaciones civiles, etc. más o menos independientes, las cuales vienen adquiriendo una fuerte presencia social, espacios donde convergen diversos actores en distintos niveles, comunitario, étnico, regional, nacional y hasta internacional.⁵⁶

Respecto de esta compleja cuestión, la tesis más importante propuesta por el autor es que si bien el indio y sus reivindicaciones socioeconómicas urgentes han funcionado como catalizadores de las luchas rurales, ahora es la praxis autonómica el núcleo que las cohesionan interna y externamente. En otras palabras, Bartra no se limita a la reivindicación de la pluralidad identitaria como cristalización última de los movimientos campesinos e indios del último cuarto de siglo, aspecto indiscutiblemente relegado hasta entonces. Sin embargo, sin negar su importancia social, política y cultural, el autor plantea que el significado de esta demanda logrará trascender cuando las prácticas políticas de democratización consigan desembarrarse de la tutela del Estado sin que esto implique renunciar a los espacios de negociación públicos.

En los últimos veinte años los indios hicieron aportaciones decisivas a la cultura política nacional. Por una parte, su lucha por los derechos autonómicos puso a la nación toda en la tesitura de un sistema de gobierno realmente democrático, participativo y plural, donde los indios y todos los mexicanos ejerzan responsablemente su autodeterminación. Por otra parte, su combate por la organización autogestiva de la vida económica, particularmente vistoso en el sector cafetalero,

⁵⁴ *Ibíd.*, Pág. 125

⁵⁵ *Ibíd.*, Pág. 73

⁵⁶ Entre ellas podemos contar las siguientes: la Asamblea de Autoridades Mixes de Oaxaca (ASAM), la Coalición Obrero Campesino Estudiantil del Istmo (COCEIC) o la Unión de Ejidos Kiptik ta Lucubtesel, integrada por tojolabales, tzetzales, tzotziles, choles y mestizos de Chiapas, etc. Luego, sectores multiétnicos y hasta binacionales como el Frente Mixteco Zapoteco Binacional que paso a ser el Frente Oaxaqueño Binacional (FOB) o la Red Internacional de Indígenas Oaxaqueños (RIIO) manifestaciones de la capacidad de confluencia que trascienden el territorio o filiación étnica. *Ibíd.*, Pág. 72-73

es ejemplo de resistencia a las políticas neoliberales pero también paradigma de economía moral, de modernidad alternativa.⁵⁷

En este sentido, el autor coincide en que el sólo reconocimiento multiétnico no es suficiente, en el fondo se está cuestionando si los pueblos indios son o no capaces de autogobernarse, a lo que arguye que: “precisamente porque nos urge una buena ley autonómica, debemos trabajar –seguir trabajando– como si no fuéramos a tenerla nunca. Labor cotidiana que tiene que ver con el autogobierno en los ámbitos político, cultural y de justicia, pero también con la autogestión de la economía y de los servicios sociales.”⁵⁸

Internamente, y antes del levantamiento armado, una parte del *neozapatismo* comienza a vislumbrarse en la Alianza Campesina Independiente Emiliano Zapata conformada en 1989 (renombrada después como Alianza Nacional) e identificada por su independencia y de oposición al Estado; la ANCIEZ se caracterizaría por su fuerte arraigo indígena y su radicalidad, contraria a aquellas organizaciones chiapanecas conformadas bajo las cíclicas crisis cafetaleras, enmarcadas bajo la “política popular” y constreñidas por los amarres clientelares impuestos por la CNC.⁵⁹

Sin embargo –continúa el autor–, es a contracorriente de este tipo de organizaciones oficiales y corporativistas que dieron prioridad a la gestión económica y a los pactos con funcionarios públicos, que el clandestino EZLN se gesta, criticando las maneras en que éstas se han venido relacionando con el Estado, y condenando el fracaso de lo que el autor reconoce como “emancipación librecambista”⁶⁰. Este cúmulo de razones históricas y estructurantes constituyen al zapatismo en una desbordante fuerza social y política que pugnará por su autodeterminación política.

Así, podemos ver que ante la disyuntiva de subordinación política a cambio de apoyos sociales y económicos –primer obstáculo en la trayectoria de conformación autónoma– el autor enfatiza que el acierto de la lucha zapatista radica en que tiene presente esta limitación y logra trascenderla. Este aspecto se demuestra cuando al incumplirse los acuerdos de San Andrés y la Ley Cocopa por parte del gobierno, los zapatistas optan por la “reconstitución de sus pueblos” a través de las prácticas autonómicas *de facto*, del

⁵⁷ *Ibid.*, Pág. 124-125

⁵⁸ *Ibid.*, Pág. 87

⁵⁹ *Ibid.*, Pág. 120-122 La ANCIEZ integrará junto con la Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ) y la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas Autónomas (UNORCA) una importantísima manifestación en las calles de San Cristóbal de las Casas, Chiapas, el 12 de Octubre de 1992; parteaguas de la irrupción armada zapatistas dos años después. Consultar a Neil Harvey, *La rebelión en Chiapas. La lucha por la tierra y la democracia*, Ed. Era, México, 2000

⁶⁰ Esto de acuerdo con el autor, supone una reconversión de la estructura campesina a redes sociales empresariales acordes a las políticas desreguladoras del Estado, “emancipación” a la que se enfilan algunas organizaciones campesinas independientes y oficialistas, las cuales se estrellan cuando se cancelan los acuerdos internacionales sobre la regulación de precios. Pág. 101

cual son ejemplo los Caracoles.⁶¹ A decir del autor, esto lejos de ser la conclusión de un proceso álgido de movilizaciones y luchas, constituye el comienzo de un proceso de democratización local y de gestión política que además está engarzado con actividades económicas alternas de subsistencia.

Pluralidad de pueblos, culturas y lenguas en coexistencia enriquecedora; pero pluralidad de los hábitat naturales; pluralidad de recursos, tecnologías y maneras de producir; pluralidad de formas de organización social; pluralidad de sistemas jurídicos comunitarios; pluralidad de fajas y vestimentas; pluralidad culinaria cuando hay modo; pluralidad de cantos y danzas. Si el ciclo emparejador del capitalismo está llegando a su fin, si el saldo desastroso de la pretensión de homogeneizar a los hombres y a la naturaleza está generando resistencias crecientes y paradigmas alternos, el encuentro de Nurio [encuentro realizado en 2001 que a decir del autor es el momento álgido y culmine de la convocatoria zapatista en San Cristóbal, cinco años antes] fue una Arcadia transitoria pero alentadora, un reducto de pluralidad.⁶²

Hasta aquí, podemos señalar que –de acuerdo con el autor- el último periodo de movilizaciones sociales ha sido reactivado a través de la lucha zapatista. El énfasis que nosotros pretendemos darle es que esta experiencia puede ser entendida, además, como una reconfiguración de la capacidad de resistencia y movilización que, al compartir reivindicaciones con sectores agrarios y campesinos tiende lazos con éstos y consigue reforzar la identidad étnica de viejas organizaciones zapatistas y otras nuevas de carácter civil que pugnan por los derechos humanos. En este sentido, consideramos que si bien la pluralidad identitaria es un elemento novedoso en el escenario político y social reciente, es al mismo tiempo un componente de identidad social vital en la configuración sociopolítica de los actores a nivel colectivo que da sentido y sirve en la consolidación orgánica y cohesión social de las organizaciones y relaciones sociales, políticas y económicas que la conforman.

El proceso de identidad sociopolítica que subrayamos es abordado por Armando Bartra en *El hombre de hierro*, y aunque de manera distinta es argumentada por él a partir de su crítica al sistema del capital, nos permite aquí bosquejar las dinámicas específicas de esta forma de identificación sociopolítica, es decir, describir la forma en que la identidad social se constituye tanto al interior y entre “pares”, como al exterior y frente al “contrario”.

En un sentido dialéctico, el autor plantea cómo se traslapan constantemente la reunión y desunión conflictiva donde se contraponen las diferentes normas sociales, valores, cosmovisiones y posturas

⁶¹ En torno a la lucha zapatista y del EZLN, un importante texto de Héctor Díaz-Polanco nos permite conocer a detalle este periodo de negociaciones entre éste y el Estado, su apuesta por la autonomía, entre muchas otras cuestiones fundamentales. Véase: Díaz-Polanco, H. y Sánchez, Consuelo, México diverso. *El debate por la autonomía.*, Siglo XXI, México, 176 pp.

⁶² *Ibid.*, Pág. 78

políticas entre cada uno de los actores a nivel colectivo dentro del modo capitalista de producción concebido como un todo. Así apunta que:

Frente a los encuentros en exterioridad propios de sistemas menos omnifágicos, la expansión mercantilista desarrolló un modo introyectante del encuentro, una interiorización forzada que si bien erosionó diferencias potencialmente enriquecedoras y volvió estigma o marca comercial a las que conservó también hizo posible el careo común. Y no me refiero a una suerte de mágica revelación por la cual nos diéramos cuenta de que, por razones metafísicas, el otro es también un hombre como yo sino del encuentro como interacción prolongada que construye una nueva identidad, una nueva y compartida condición humana; condición desgarrada donde un hombre tiene y otro carece, donde un hombre manda y otro obedece –o se rebela-, pero donde por primera vez se dramatiza radicalmente la postergada pero necesaria unidad en la diversidad. Y esta interiorización dispareja de las diferencias a la construcción de identidades compartidas y fraternas que trasciendan la pluralidad sin negarla no hay más que una línea de sombra, apenas un paso. Un paso histórico, claro, pero al fin un paso.⁶³

De tal suerte, es pertinente recalcar que la posición del autor puede ser entendida como una visión que admite que el conflicto no es sólo el momento detonante de crisis donde se hacen evidentes los “diferentes” y los “otros”, sino que caracteriza su jerarquización y subordinación como parte integrante, la cual, resulta relevante cuando se busca hacer del “otro” algo nuevo y diferente de los particularismos negativamente soterrados y ensimismados. Además, consideramos que al echar mano de la *memoria histórica* puede evidenciarse –como lo hace el autor- que su actual condición subordinada es imperativa pero no primigenia, ni ha sido nunca inquebrantable. Este aspecto, que frecuentemente ha puesto en tela de juicio la evocación que de “lo indígena” han hecho los movimientos étnicos como si éstos quisieran regresar al pasado, debe ser matizado. Puesto en sus propios términos:

La memoria histórica es valioso recurso del sometido rejego pues le recuerda que alguna vez fue autónomo, pero la legitimidad de apelar al pasado no debe ocultar que transcurrida la confrontación originaria el fundamento de las identidades estructuralmente confrontadas está en el recurrente desdoblamiento en la reproducción permanente del extrañamiento que es soporte de un antagonismo en inferioridad donde ambos contendientes participan del mismo sistema. Y si esto es cierto la emancipación de la identidad sojuzgada no puede verse como simple desprendimiento autonómico y supone por fuerza la construcción de un orden nuevo y compartido donde diferencia no signifique jerarquía. Entre tanto los subalternos podrán negociar condiciones menos desventajosas dentro del orden existente pero no es viable para ellos regresar a la situación histórica anterior, retornar a la Edad de Oro cuando eran el centro de su

⁶³ Bartra, Armando, *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital*, UACM, UAM, Itaca Ed. México, 2008, Pág. 178

mundo. Si todo eso se admite habrá que admitir también que la reivindicación de los particularismos identitarios será universalista o no será.⁶⁴

El diagnóstico planteado por Bartra es rotundo: al contrario de la pronosticada inmersión de los "diferentes" en el sistema mercantil que supone el emparejamiento de las relaciones sociales, políticas y fundamentalmente económicas condensadas en paradigmáticos cánones como la nación o las clases sociales, la pluralidad sociocultural y la diversificación de las formas materiales de producción no-capitalistas son innegables y se han multiplicado.

En esta dirección, coincide en que uno de los mayores retos de los movimientos sociales de fuerte arraigo indígena ante la posibilidad de trascender su diferenciación y pluralidad única es no restringirse a la legitimación reivindicativa de sus particularidades socioculturales que los define como diferentes por antonomasia. Si bien la identidad étnica es el núcleo de su reconocimiento y punto de partida, es necesario no ceñirse de una vez y para siempre a ella: "porque para conservarse debe trascenderse, la universalidad incluyente es una diversidad otra, una diversidad reinventada que no se monta tanto en la diferencia sustantiva y originaria como en la diferenciación permanente frente al otro y con el otro"⁶⁵. Las particularidades son claramente el fundamento distintivo de estos actores pero es preciso tener presente que al enfrascarse en sí mismos estarán condenados al éxodo, etnocentrismo que resulta igualmente jerárquico y excluyente.

Ahora bien, en otros ensayos Bartra reflexiona tres conceptos que sin duda alguna están latentes cuando caracterizamos los movimientos indios y campesinos: independencia política, autogestión económica (nivel productivo) y autonomía política (entendida como autogobierno). Dirección en la que señalaremos *grosso modo* la manera en que estos conceptos se distinguen y entrecruzan en el espacio/tiempo, así como el significado que adquieren.

La guerra contra el ogro tiene historia y recorre diversas fases. Durante los sesenta y setenta la palabra "independiente" deviene emblema de la oposición democrática: centrales y uniones campesinas "independientes", encuentros de organizaciones indígenas "independientes", frentes por la "independencia" sindical, partidos que se precian de no ser paraestatales sino "independientes" del poder público, revistas "independientes" que no aceptan "chayos" ni cobran en Gobernación; vaya, hasta muestras pictóricas "independientes", películas "independientes" y una compañía de ballet "independiente". Por estos años "independencia" significa, simple y llanamente, no ser del PRI, desmarcarse del omnipresente Estado mexicano; así una federación de estudiantes democráticos o una central campesina pueden proclamarse "independientes"

⁶⁴ *Ibid.*, Pág. 180

⁶⁵ *Ibid.*, 179

pero subordinarse políticamente a un organismo de oposición como el Partido Comunista Mexicano (PCM). Más tarde, en el último cuarto del siglo, la voz de orden es "autonomía", concepto que se generaliza a partir de 1984, cuando medio centenar de agrupaciones rurales conforman la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas Autónomas (UNORCA). La coordinadora rechaza expresamente el apellido de "independiente", pues "el término [...] muy frecuentemente es tomado como sinónimo de confrontación con el Estado" (Gordillo, 1988). Más allá de la discutible intención inicial, en los años siguientes "autonomía" se asocia -como "independencia"- con el rechazo a las servidumbres políticas, pero alude también y sobre todo a la autogestión económica y social. Así, los campesinos "autónomos" rechazan la tutoría estatal y se "apropian del proceso productivo", mientras que barrios y comunidades se organizan en torno a la dotación autogestionaria de servicios básicos ⁶⁶

En este pasaje podemos observar que el autor desmenuza esta triada de conceptos, pero sobre todo, enfatiza su contenido en correspondencia con las prácticas políticas y organizativas que las encarnan; unas enfocadas hacia la separación, distinción y rechazo del Estado; otras, que sólo buscan consolidarse económicamente a través de la apropiación del proceso productivo y en la autogestión de sus recursos tanto sociales como económicos –incluso simbólicos o culturales- y, en esa medida, distanciarse de las instancias gubernamentales.

Así, podemos plantear que el autor no sólo disecciona y jerarquiza estas prácticas sociopolíticas de campesinos e indios a partir de su conflictiva relación con el Estado, pues las complejas formas históricas en que ambos se expresan son cambiantes y únicas, aspecto que le hacen ir más allá de la apariencia y problematizar a profundidad. Esto es, además de dar cuenta de cómo la subordinación política y gremial a cambio de cierto tipo de independencia económica frente al gobierno no implica independencia del mercado tan buscada por la oleda de las organizaciones "autogestivas"; el resquebrajamiento paulatino pero permanente de los lazos institucionales y corporativistas en tanto que canales de negociación con el Estado, las injusticias sociales y la inequidad socioeconómica, entre otros aspectos, serán cuestionadas por el replanteamiento radical de la noción de autonomía política que los indios y campesinos neozapatistas del sureste encabezan en los primeros años de los noventa.

De tal suerte –y como hemos mencionado- que el autor nos advierta, tenazmente, que las prácticas antagónicas de indios y campesinos se basen, en buena parte, en una crítica profunda hacia la independencia política y autogestión económica perversamente desligadas. En última instancia, son procesos incesantes que Bartra caracteriza de la siguiente manera, llevándolos hasta sus últimas consecuencias:

⁶⁶ Bartra, A. "Las guerras del ogro", [en línea] , México, revista *Chiapas*, núm. 16, año: 2004, disponible en: <http://membres.multimania.fr/revistachiapas/No16/ch16bartra.html> [consulta: 11 de Agosto de 2009] Pág. 2

Las autonomías indias que se reivindican expresamente desde fines de los ochenta y se generalizan en los noventa, radicalizan aún más el planteamiento. En primer lugar porque para los originarios "autonomía" implica independencia y autogestión, pero también libre determinación política, es decir, autogobierno. En segundo lugar porque se trata de pueblos autóctonos que remiten su legitimidad a la historia, fundando la reivindicación autonómica en un derecho anterior al Estado nacional vigente, y en cierto sentido, exterior al sistema social hegemónico. En el tránsito de la independencia política a la autogestión socioeconómica y de ahí al autogobierno, el subyacente concepto de autonomía afila su connotación de alteridad. Si al principio es un modo alzado e insumiso de insertarse en el orden imperante, en su forma superior es práctica antisistémica por la que los oprimidos resisten edificando a contrapelo órdenes alternos. Pero la progresión que va de repeler la política unánime a una suerte de autogestión despolitizada y de ésta al otromundismo, no es sucesión de etapas que transcurridas se cancelan, sino proceso de superación-conservación que funciona como los segmentos de un catalejo: cada uno conteniendo al que le antecede y contenido por el que le sigue.⁶⁷

En relación a este argumento es importante referirnos al carácter autonómico que en específico las movilizaciones indígenas configuran para subrayar la manera en que se consolida, es decir, una divergencia de autonomía integral dentro de los "autonomistas" productivos y los "independentistas" de la oposición pero no del Estado.

Así, la distinción de dos vertientes que propone Bartra dentro de las organizaciones indias y campesinas, que si bien comparten una noción de autonomía más o menos sólida –sin perder de vista sus reivindicaciones más próximas y urgentes- devienen en posturas distintas frente al Estado: a) la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA) formula un proyecto de legislación autonómica en la que se postula la creación de Regiones Autónomas Pluriétnicas (RAP) como cuarto nivel de gobierno, entre municipios y estados, teniendo como meta la representación social y política de indígenas y no indígenas⁶⁸; b) con la constitución del Congreso Nacional Indígena (CNI) en 1996, los indios neozapatistas sublevados abren un espacio de negociaciones para el cumplimiento de los acuerdos de San Andrés paso necesario, aunque no suficiente, en la búsqueda de legitimación constitucional de sus derechos autonómicos, políticos y culturales, lo cual equivale a un posicionamiento más bien antagónico que se

⁶⁷ *Ibíd.*, Pág. 3

⁶⁸ Bartra, A. y Otero Gerardo, "Movimientos campesinos indígenas en México: la lucha por la tierra, la autonomía y la democracia" [en línea], Argentina, disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/sursur/moyo/18BarOt.pdf> [consulta: 20 de agosto de 2008], Pág. 408 *En publicación: Recuperando la tierra. El resurgimiento de movimientos rurales en África, Asia y América Latina.* Sam Moyo y Paris Yeros [coord.]. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. 2008., Pág. 419

deslinda de las instituciones gubernamentales a partir de la imposible resolución de sus demandas, dando pauta a las praxis autonómicas no reconocidas por el Estado.

Éstas últimas se dirigen hacia la democratización política local y regional, y si bien son herederas de procesos autogestionarios productivos de las clases campesinas, logran trascender –como hemos mencionado- a partir de sus reivindicaciones étnicas y apuntalan una concepción distinta sobre la autonomía política entendida como la capacidad de autogobierno en oposición al Estado, primero en su modalidad armada y después en su ejercicio colectivo autónomo y *de facto*, distanciándose de los circuitos gubernamentales de gestión y administración públicos.

De esta manera, podemos indicar que es éste un punto de inflexión que, de acuerdo con la reflexión del autor, nos permiten observar cómo en estas experiencias paulatinamente se va reforzando una noción más amplia de autonomía, la cual busca integrarse en varios niveles, social, político y cultural, diferenciándose de la mera idea de independencia administrativa o corporativa.

Si comparamos la experiencia zapatista, por ejemplo, con la experiencia de la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas Autónomas (UNORCA) que estaba enfocada más hacia la “autoadministración social y económica de la producción campesina y cooperativa” que a la independencia del Estado, cuya intención era evitar cualquier tipo de confrontación abierta, podemos enfatizar la manera en que una concepción se distingue e incluso se antepone a la otra.

La UNORCA ilustra un intento de apropiación a nivel económico-productivo de la agricultura, monopolizado por empresas privadas, por aparatos gubernamentales y transnacionales. Para los unorquistas la expropiación comienza desde la propiedad de las mejores tierras y los medios socialmente necesarios hasta el financiamiento crediticio, obstáculos que demuestran la múltiple dependencia del campesinado. Sin embargo, su concepción de la autonomía refiere a una reivindicación de autogestión organizativa únicamente en el terreno económico, sin suponer algún tipo de autogobierno, independencia o posicionamiento político antagónico, pues no va más allá de la apropiación del proceso productivo.

Es importante mencionar que, a nuestro juicio, cuando una organización o movimiento más o menos independiente busca distanciarse del estado de cooptación imperante, resultan decisivos tres aspectos, el posicionamiento frente a los aparatos de gobierno, los recursos políticos y no sólo materiales, con los que pueda consolidarse su ejercicio autónomo y el escenario sociopolítico en el que se ubica. Además, podemos precisar que la concepción de autonomía cobra otro significado cuando las luchas indígenas zapatistas plantean que la autogestión económica no puede dissociarse de la autodeterminación

política, vuelco que no implica la sustitución de las demandas agrarias por reivindicaciones étnicas y sociopolíticas. La consolidación de esta noción es descrita por Bartra y Otero en dos tiempos:

Primero el significado de autonomía para los pueblos indígenas fue más allá de la independencia organizacional y autoadministración socio-económica para significar autodeterminación libre, esto es, autogobierno a nivel comunitario de acuerdo con sus propias normas, usos y costumbres. Segundo, las demandas de "autonomía" invocaron una historia de los pueblos autóctonos, cuyo fundamento es el derecho que precede al Estado nacional actual.⁶⁹

A decir de los autores, queda pendiente entonces que más allá de la especificidad étnica es necesario poner énfasis en los componentes de las clases campesinas, es decir, cómo éstas pueden abonar para la configuración de una estructura social que sea política, ideológica, cultura y económicamente incluyente sin limitarse a la reivindicación de pluralidad en su modalidad étnica. Esta postura implica la articulación de los movimientos étnicos con otros sectores sociales, horizonte que resulta social y políticamente más amplio.⁷⁰ Por su parte, Bartra concluye sobre esta cuestión que las experiencias *neozapatistas* son muestra de un ejercicio político autónomo significativo que buscan trascender las visiones parciales que se reducen a la independencia del Estado.

Cuando Bartra enfatiza el desencuentro tanto geográfico como cronológico entre autodeterminación política y autogestión económica como el talón de Aquiles de las organizaciones indias y campesinas, está relacionando analíticamente y al mismo tiempo, dos elementos capitales que históricamente se desligan. Además, las carencias y limitaciones propias de las movilizaciones por él mismo señaladas –obstáculos distintos a los que supone el sistema capitalista- es decir, aquellos que van más allá de los contenidos en los procesos de producción material, en su integración y prolongación, representan un pieza clave en la comprensión global de estos procesos amplios de organización y práctica política y económica.

De tal suerte, en la perspectiva del autor, el ejercicio descriptivo es sólo un primer paso que le permite desentrañar las lógicas profundas con que opera el capitalismo y que sistemáticamente subyugan las prácticas económicas campesinas, sometiendo y marginando su quehacer político, todo ello en aras de ponderar su carácter anticapitalista, su potencial trascendencia y el proyecto real que las avala como espacios de conformación antagónica y modos de producción alternativa que –coincidiendo con el autor-

⁶⁹ Bartra, A. y Otero Gerardo, *Op. Cit.* Pág. 409

⁷⁰ *Ibid.*, 423

encontramos en los intersticios del capital, lugares desde los que las contradicciones al capital son más profundas y cotidianas.

Es en la articulación de estos dos lados de la moneda donde Bartra ubica la clave de superación del capitalismo *emparejador*, y advierte que estas resistencias son el capital político libertario de los pueblos mesoamericanos, arguyendo que:

En un arranque de milenio, presidido por las demandas autonómicas de los pueblos indios – reivindicaciones que ponen el acento en la cultura y los derechos políticos- la bocabajeada autogestión económica de los productores directos del campo cobra toda su importancia. Porque la autonomía pasa por el autogobierno político, pero también por la capacidad de autorregular la producción propia. Autonomía es libertad y democracia, pero también justicia y equidad. Y éstas son inconcebibles sin estrategias autogestionarias en el ámbito de la economía popular. La socialidad libertaria que sintetiza el concepto de autogobierno es una cara de la moneda; la otra es la economía moral y justiciera, implícita en la autogestión de los productores directos.⁷¹

La autonomía y la autogestión de campesinos e indios, con su praxis política y proyectos a nivel económico en tiempos recientes, nos permiten problematizar dos aspectos significativos en la medida en que –como hemos visto- constituyen el punto de llegada de los movimientos sociales contemporáneos que ha desarrollado Armando Bartra. Sobre todo, ambos elementos constituyen la base desde la cual el autor lanza *a posteriori* una crítica y un diagnóstico del capitalismo contemporáneo y sus formas de exclusión y explotación.

Por último, es importante precisar que además de la centralidad que el autor confiere a la autonomía política y la autogestión socioeconómica, es permisible fraguar una lectura distinta sobre el proceso de conformación sociopolítica subjetiva (politicidad), en la medida en que éstas integran una bisagra desde la cual es necesario cuestionar la manera en que los movimientos y organizaciones indias y campesinas logran reconfigurarse frente a nuevos retos.

Sin perder de vista los puentes que hacen posible delinear los puntos de continuidad entre los ciclos de movilización, es ineludible observar cómo los quiebres implican, muchas veces, que estas prácticas de resistencia a las que hemos hecho alusión, se reactiven ante escenarios distintos y particulares. Es decir, sin hacer tabla rasa del pasado, ni echar en saco rato aquella parte de elementos y prácticas de lucha de los que se valieron anteriormente para hacer frente a las condiciones materiales, sociales y económicas hostiles, los repertorios de lucha sociopolítica se reconfiguran a partir de los

⁷¹ Bartra, Armando. “Sobre crónicas del sur. Los campesinos ya no son lo que eran antes”, [En Línea] México, diarios La Jornada, 25 de Marzo de 2001, disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2001/03/25/mas-cronica.html>, [consulta: 22 de julio de 2009] Pág. 5

conflictos que el sistema capitalista contemporáneo supone. De tal suerte, el carácter anticapitalista constituye la punta de lanza que nos permite dar cuenta de la capacidad de los movimientos sociales indios y campesinos, incluidas sus dinámicas y transformaciones, para poner en tela de juicio las lógicas inherentes y últimas al sistema de capital, aspecto siempre presente en las reflexiones del autor.

En el siguiente capítulo, abordaremos algunas de las categorías que, del lado de la estructura social ha desarrollado Armando Bartra. Al contraponer las problemáticas nodales de la acción colectiva que hasta ahora hemos expuesto buscamos complementar este ejercicio de interpretación. Es preciso mencionar que siendo conscientes de que en este terreno el autor analiza al campesinado en términos de economía política, nos limitaremos a sintetizar los ejes cardinales sobre la estructura social sin debatirlos, con la intención de enfatizar su importancia radica en que constituyen los cimientos teóricos de muchas de sus tesis centrales sobre los movimientos sociopolíticos indios y campesinos.

Capítulo II

La dimensión estructural

59

¿Por qué la necesidad de estudiar a las clases campesinas a partir de sus elementos estructurales?

“Mis primeras preocupaciones no tienen que ver con el movimiento campesino –que es tu eje- sino con el agro, con el sector agropecuario de la economía; me encuentro con que si bien todos teníamos cierta visión de cómo era el México de la industria y el urbano, ésta era muy poco clara y crítica respecto a lo que era el México agrario. Así, inicio lecturas sobre el México rural, sobre la importancia del sector agropecuario, el valor de la producción, las ramas, las actividades, y empiezo a encontrar o a buscar en el marxismo –que era mi herramienta conceptual- elementos para interpretar los temas rurales, que son acercamientos básicamente estructurales muchos de los cuales están presentes en la compilación de *El Capital en su laberinto* [...] en éste hay una reflexión sobre las clases sociales en el que planteo que éstas no son constituidas sino son constituyentes, no son el resultado de las relaciones sino las constructoras de las relaciones, no son necesidad son libertad. Este planteamiento bastante novedoso, lo formulé sin haber leído –creo- al historiador inglés Thompson y el libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, que en esa época (en los setentas) se traduce y se publica en español, en donde nos habla del proletariado, como una acción colectiva, y como la constitución de una cultura, de una “socialidad”, y nos dice que la lucha de clases, el conflicto social y la movilización social es previa a las clases, hay lucha de clases sin clase, las clases son resultado de la lucha y no al revés...”

“... el inicio de un acercamiento al sector campesino –que podía ser otro, pero era éste- es en el que encuentro la evidencia más dramática de la confrontación entre las predicciones que el determinismo económico hace y las constataciones que encuentra quien mira o reflexiona sobre la acción política,. Desde ahí –insisto- hay esta bifurcación entre el determinismo económico, la visión unilineal de la historia y el providencialismo por un lado y, por otro, la apuesta por la gente.”

“No es que haya dos hilos conductores, lo lógico-estructural por un lado, y el movimiento social o la acción colectiva por el otro, lo que hay es una exploración de las tensiones entre los dos acercamientos y la necesidad de no renunciar, no prescindir como si la acción colectiva y los movimientos sociales suplieran el análisis estructural; creo que es posible y necesario combinar. Y la combinación se va hacia los temas agrarios y entonces tienes un libro como *El capital en su laberinto*, que es un intento de mostrar cómo estructuralmente hablando –en términos de estructura- la existencia del campesinado deriva de un modo específico de ser del capitalismo como modo de producir. No es que el modo de producir genere campesinos, es que el modo de producir no puede suplir, no puede desintegrar, no puede desarticular campesinos. Formulado a partir de lo que planteó Marx donde dice algo sorprendente en la llamada fórmula trinitaria: en el capitalismo hay tres clases, esto es, la burguesía dueña de los modos de producción, dueña del capital específicamente; el proletariado como simple vendedor de su fuerza de trabajo; y los terratenientes quienes son los dueños de la tierra. Aquí el problema no es que la tierra genere rentas, si no qué es la renta: lo que sucede es que la renta de la tierra es la base material de la existencia de una clase, y la clase no es simplemente el destino del excedente, la clase es una entidad, es un ente social y político, de lo contrario no es clase en el sentido de Thompson. Marx reconoce que el fenómeno agrario, la tierra como medio de producción, genera la existencia de una clase que no es ni burguesía ni proletariado y

que es una clase poseedora. Mi afirmación es: las características que adopta el capitalismo en el mundo de lo agrario, genera no sólo la posibilidad de que exista una clase poseedora de la tierra que vive de esta propiedad sino que puede existir una clase que trabaja y que cultiva la tierra que no es, sin embargo, dueña del capital sino sólo de su trabajo y esto la configura como una clase del capitalismo, igual que el presunto terrateniente, pero sólo que es una clase explotada. Mi fórmula, así, muy elegante es: si en la fórmula trinitaria de Marx los terratenientes son una segunda clase explotadora, en mi fórmula los campesinos son una segunda clase explotada. Insisto, para tus fines – que son también los míos- aquí el problema no es la comprensión de la estructura del capitalismo, mi problema es cómo la explicación de cómo funciona estructuralmente el capitalismo, no choca con el comportamiento político de los actores sociales que surgen en el contexto de un modo de producción que parece ser esencialmente capitalista...”

“Entonces, el hecho de encontrar una dimensión estructural y una dimensión de acción colectiva, tiene que ver primero con el hecho de que parto de una visión estructural que da razón de la acción colectiva porque me afirma que el proletariado es el actor de la revolución. Cuando eso empieza a no ser tan evidente y al ver movimientos sociales que no responden a esta hipótesis de trabajo, me empiezo a cuestionar esta visión esquemática de las clases sociales y planteo que las clases sociales no son el resultado de una estructura y por lo tanto, si esto es así, hay que ver cómo se constituyen y no cómo son constituidas. Para saber cómo se constituyen te vas a la acción colectiva y no a la estructura. Y así, en la acción colectiva, descubres que los campesinos existen, que en México luchan, que a pesar de las estadísticas están presentes.”

“...el punto de partida no es la estructura económica, ni su análisis, ni su comprensión, ni la teoría de los modos de producción, ni la teoría del capitalismo, ni ninguna visión de esta naturaleza, el punto de partida es la acción colectiva; o, si tu quieres plantearlos en términos más cercanos al marxismo, nuestro punto de partida es la lucha de clases. Por lo tanto hay que dar razón también de esta lucha de clases. Pero lo que no podemos hacer es explicar lo que la lucha de clases debe ser y luego decir que no es como debía ser, esto está claro. Este es el movimiento en el que yo me muevo. Primero a reconocer a los actores sociales y después a plantear si estos actores pueden ser mejor entendidos si uno trata de ubicarlos en un contexto económico y de estructura.”

La articulación de la acción colectiva y la estructura social, por un lado, y el bosquejo del diagnóstico que hace Bartra sobre el capitalismo contemporáneo por el otro, constituyen el horizonte hacia el que apunta este segundo capítulo. La pertinencia de abordar este conjunto de problemáticas en donde el autor reflexiona sobre la capacidad constituyente de las clases sociales en el contexto del agro Mexicano, así como la caracterización que plantea del modo de producción capitalista, reside en la necesidad de articular su comprensión teórica con su compromiso político y con la lucha campesina. La evidente contradicción entre lecturas de corte estructuralista que planteaban la desaparición de los campesinos, y la constatación real de la lucha campesina, le llevan a plantear que la existencia del trabajo agrícola colectivo en el capitalismo da cuenta de la doble relación entre ambos (desmantelamiento-refuncionalización). Esta precisión es válida en la medida en que la acción colectiva y la estructura no son dos acercamientos distintos a un mismo sujeto, antes bien, busca hacer hincapié en que el abordaje estructural formulado por Bartra y que ahora presentamos, es una respuesta frente a la escisión entre objeto y sujeto en las ciencias sociales.

Así, en relación a la parte de los estudios donde Armando Bartra desarrolla las tesis e hipótesis principales sobre la estructura económica agraria, podemos formular dos cuestiones que de inicio nos permiten ubicar las líneas básicas y generales en este terreno:

1) Estimulado principalmente por los debates marxistas en relación a la economía campesina dentro del modo de producción capitalista, el autor ha procurado desentrañar los canales de explotación y subsunción al capital, rubros desde los cuales plantea que el trabajo agrícola es tan capitalista como el proceso productivo industrial o proletario. Este aspecto le permite, a su vez, debatir sobre las inconsistencias de una perspectiva que lo entiende como un modelo precapitalista de producción condenado a sucumbir en aras de una supuesta plenitud del sistema global de producción y reproducción.

2) Las contradicciones propias e internas a la reproducción del capital global se originan, a decir del autor, porque el principio de nivelación de la cuota general de ganancia no opera en la rama de la agricultura, lo que conduce a que la reproducción ampliada del capital y la tasa de acumulación de la ganancia total se vean limitadas y, en consecuencia, el desarrollo del capital sea intrínsecamente desigual.⁷²

⁷² Ver Bartra, Armando, *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*, UACM, CEDRSSA, Itaca Ed. México, 2006, 382pp.

A partir de esto, Bartra argumenta que la existencia de tierras comunales en la producción agrícola capitalista resulta imprescindible y más eficiente que la dinámica de producción empresarial, porque conservan el vínculo directo entre el productor y los medios de producción (la tierra). En esta reflexión, el autor está planteando que al intervenir la renta diferencial en la agricultura es factible reconocer los intercambios desiguales dentro de las unidades agrícolas capitalistas de producción que favorecen a las inversiones de capital privado pues, a diferencia del campesino, producen en las tierras más productivas, obteniendo un excedente distinto (extraordinario) del que se genera en la venta de los productos agrícolas.

Una vez consideradas estas líneas introductorias en torno a las determinaciones estructurales que subyacen al trabajo agrícola, podemos rescatar en adelante los puntos cardinales que, de cara a la base material (estructura), resultan relevantes para comprender y caracterizar la acción sociopolítica y colectiva de indios y campesinos.

a) La tierra como base material.

Cuando Bartra arguye que en las movilizaciones campesinas del siglo XIX la lucha por la tierra es una característica distintiva y vital, tiene presente que esta condición es el motor de esta lucha de clases, en tanto que el modo de producción capitalista se fundamenta aquí, entre otras cosas, en la separación de los medios de producción y el trabajo agrícola directo. En otras palabras, podemos señalar que, al analizar el proceso histórico capitalista de producción que imperativamente requiere de la liberación de la fuerza de trabajo a través del divorcio entre propietario y productor, está planteado que la tierra, como medio de producción básico para el campesino, se constituye en el pilar de los conflictos políticos y económicos.

A pesar de la diversidad de movilizaciones y luchas de carácter rural –por mejores precios en sus productos, contra la imposición o por un mejor pago de su fuerza de trabajo- el autor considera que la tendencia general y privativa “ha sido la vieja bandera zapatista de “Tierra para quien la trabaja”. Asimismo, los campesinos son herederos de aquella lucha donde los pueblos resisten la expropiación de sus terrenos comunales: ambas pugnas tienen en su centro la tierra; la primera en tanto que sustento material de vida y, la segunda como defensa y lucha por su territorio, características que perduran hoy en día.⁷³

⁷³ *Ibid.*, Pág. 36-37

De esta manera, podemos ver que el autor no se contenta con la explicación lógico-estructural ni se limita a la constatación de los procesos históricos⁷⁴, planteando que la reconversión del sistema agrario no-capitalista puede ser entendida a partir de las premisas fundamentales del modo de producción capitalista. Este decir, lejos de comprender que la estructura económica agraria es discernible únicamente desde su “racionalidad intrínseca”, sus propiedades y características, procura desentrañarla a partir de su vinculación con el capital en una determinada formación social.

En síntesis, podemos subrayar que Bartra, en su perspectiva analítica, reúne herramientas teórico-conceptuales con una veta histórica, postura que le permite reconstruir el devenir sociopolítico de las luchas campesinas. Así, el énfasis que hace en la conservación del trabajo agrícola comunitario porque resulta más eficiente en comparación con la lógica mercantil, ilustra la caracterización esencial que de su obra nos hemos propuesto elaborar, es decir, articulación del todo (sistema capitalista) con las partes (trabajo agrícola), en su específico contexto histórico, apuntando tanto sus determinaciones generales como sus propiedades y singularidades.

En esta dirección, nos parece oportuno traer a cuento uno de los objetivos cardinales que él mismo traza con la intención de ejemplificar el alcance de sus preocupaciones. Esta perspectiva de largo alcance refrendada por el autor en muchos de sus ensayos es, en última instancia, la pauta que nos permite formular que dentro de su obra la problematización del sistema capitalista y las luchas y movimientos campesinos es medular, es decir, el carácter antitético y latente entre el proyecto de desarrollo capitalista burgués y las formas, prácticas y normas que el campesinado, en su diversidad social, política y económica, perfila el sentido de sus preocupaciones:

[...] lo que a aquí me interesa destacar no es que la construcción teórica de la lógica del modo de producción no puede suplantarse por la constatación historicista de que sus elementos existen, sino la proposición complementaria implícita en dicha tesis: que la explicación de los hechos históricos no puede reducirse a mostrarlos como resultado mecánico de la reproducción lógica de los modos de producción. De la misma manera que la existencia del proletariado y el capital no se explica por la acumulación originaria, este proceso histórico tampoco se explica por la lógica de la reproducción del modo de producción capitalista.⁷⁵

Así, en su ejercicio el autor está pendiente de los procesos históricos reales y consigue reflexionar críticamente los cuerpos teóricos y categorías que, muchas veces, los aprisionan sin mucha vacilación en

⁷⁴ La importancia de suplir las razones históricas por respuestas lógico-estructurales a los problemas, y viceversa, es expuesta detenidamente por el autor en: Armando Bartra, *Tomarse la libertad. La dialéctica en cuestión*, Ed. Ítaca, México, 2010, Pág. 197

⁷⁵ Bartra, Armando, *El capital en su laberinto...*, Pág. 203

tanto que pretenden adecuar el hecho concreto a la disertación abstracta. La importancia de hacer manifiesta esta cualidad de la obra de Bartra reside en los posibles quiebres y continuidades que entre la acción colectiva y la estructura social buscamos disgregar; sin este sentido, el contraste que ahora hacemos respecto de ambas dimensiones equivaldría, con suerte, a un agregado de temas y subtemas sin ningún atributo interpretativo.

Por último, considerar a la tierra como elemento material que ha sido hasta hoy el corazón de los movimientos campesinos, nos permite bosquejar el grado en que ésta, además de ser una demanda recurrente que constituye el corazón de la praxis política y social en el campo, nos permite observar el valor que el autor concede a las transformaciones ocurridas en los procesos estructurantes que les son propios. Es decir, nos alienta a no perder de vista los alcances negativos, a nivel material, que el modo de producción capitalista introdujo en la estructura material de las clases campesinas, especialmente, en sus procesos productivos económicos y, a nivel sociopolítico, dar cuenta de las luchas y movimientos que encauza y anima; en última instancia, la conjugación de ambos frentes de lucha conforman el horizonte hacia el que nos interesa apuntar este ejercicio.

b) La explotación del capital.

Al aseverar que el desmantelamiento y la reproducción de la economía campesina es un proceso coesencial al sistema capitalista, el autor está examinando cómo el trabajo productivo agrícola es desmontado y refuncionalizado por la lógica capitalista. En sus propias palabras, esta vinculación se da de la siguiente manera:

El desarrollo del capitalismo disuelve la economía campesina pero también la reproduce, de modo que el pequeño productor rural está sometido a una relación económica con dos facetas: por una parte, el sistema lo obliga a reproducirse como productor de excedentes que le son expropiados, es decir, lo reproduce como explotado; pero, por otra parte, el capital se apropia también, con frecuencia, de una porción del trabajo necesario contenido en su producto y así lo empuja a una reproducción en escala restringida que lo conduce a la ruina y lo transforma en una fuerza de trabajo liberada y potencialmente asalariada. Es decir, que el campesinado está sometido a dos tendencias complementarias: una por la cual se reproduce como una peculiar clase explotada del capitalismo y otra por la cual es transferido a la condición potencial de proletariado, clase explotada típica burguesa. Las dos tendencias generan inevitablemente la resistencia campesina y cada una es fundamento de un determinado aspecto de la lucha de

clases rural, pero, a la vez, esta lucha campesina es constitutiva de las relaciones rurales y pieza clave de su reproducción.⁷⁶

A partir de esta caracterización que plantea el autor podemos ver cuáles son las tendencias propias de la reproducción de la economía campesina, y por qué está fundamentada en la lógica general del sistema capitalista, al mismo tiempo, indica que son éstas el telón de fondo que encausa la lucha de clases rural. El énfasis que Bartra hace en torno a las determinaciones no económicas de este proceso, tiene la finalidad de subrayar que la lucha de clases campesina se diferencia de la lucha proletaria en la medida en que la lucha por la tierra del campesinado cuestiona al sistema y es de largo alcance puesto que “se presenta durante el periodo de transición al capitalismo, en el interior de este sistema como parte de su reproducción y –cuando menos en las revoluciones socialistas que se han realizado hasta ahora– como uno de los aspectos de la lucha por la superación de la sociedad burguesa.”⁷⁷ De esta manera podemos observar el modo en que se compaginan las lógicas estructurantes y las reivindicaciones rurales en una sola perspectiva analítica.

Para reafirmar este aspecto, podemos dar cuenta de cómo el autor argumenta que la explotación campesina es consumada en el mercado, pero tiene su condición de posibilidad en el proceso de producción no-capitalista. Además de esto, desarrolla los mecanismos donde tiene lugar esta explotación, que son tres fundamentalmente: en la venta de una parte de su fuerza de trabajo; en la venta de sus insumos y cuando requieren del crédito para solventarse y reanudar su proceso productivo; y si la clase campesina no posee una parte de tierra, su condición de explotación se prolonga en los dos primeros mecanismos.⁷⁸ En síntesis, la “clave de la explotación” campesina la formula como sigue:

En el caso del obrero, la condición de posibilidad para la explotación –brillantemente descifrada por Marx– se localiza en el mercado, con la apropiación de la fuerza de trabajo como mercancía, pero el proceso de explotación se consume en la producción, al prolongarse la jornada laboral más allá del tiempo de trabajo necesario. En el caso de la explotación del campesino la articulación entre los dos aspectos es igualmente férrea pero se presenta invertida: la condición de posibilidad para la explotación se cumple en el proceso de producción por cuanto éste se desarrolla con vistas a la reproducción y con medios que no han cobrado “la forma libre del

⁷⁶ *Ibid.*, Pág.210

⁷⁷ Tanto la lucha proletaria como la lucha campesina por la jornada laboral y los salarios, y de ésta última por los precios, son premisas que explican la reproducción del sistema capitalista. Pero el autor va más allá al plantear que la lucha por la posesión de una parte de la tierra es el corazón de la lucha campesina, argumentación que rebasa la explicación económica al dar cuenta de su doble sentido y alcance histórico: el campesino lucha dentro de las reglas del juego capitalista contra la *sobreexplotación* (reproduciéndolo) y frente a este sistema que lo desmantela para conservar su condición campesina (unidad entre productor y poseedor). *Ibid.*, Págs. 213-214

⁷⁸ *Ibid.*, Págs. 250 a 280

capital", pero la explotación se consume en el mercado, donde el campesino transfiere su excedente a través de un intercambio desigual.⁷⁹

La explotación de que es objeto el campesino se produce a través de múltiples mecanismos de transferencias de valor mediadas por el mercado pero articulados orgánicamente. Para Bartra, en este complejo de transferencias no existen cortes, antes bien, representa un único proceso pero multilateral que en esencia está constituido por intercambios desiguales de valor a costa y en perjuicio del campesino.

Sin ahondar en esta cuestión, nos interesa enfatizar al respecto que el autor está demostrando cómo y por qué el campesinado es una clase explotada, bagaje argumentativo claramente marxista sin el cual resulta inverosímil discernir el carácter específico que hemos propuesto sobre el relevamiento de los movimientos sociopolíticos indios y campesinos. En otros términos, podemos apuntar que las tesis fundamentales destacadas están orientadas –como hemos mencionado– hacia la articulación de la acción colectiva y la estructura social, forma de interpretación que ha sido ilustrada en cuestiones tales como la autogestión económica y la autodeterminación política, el grado y la forma en que los campesinos se alejan o son consecuentes con estas dos reivindicaciones substanciales.

Asimismo, consideramos pertinente reconocer que ambas son resultado de su condición de explotados y, sobre todo, nos permiten plantear el carácter central y concomitante de la dimensión de la acción colectiva en la medida en que la iniciativa de estas clases da cuenta de la forma en que logran incidir en la estructura económica capitalista sin perder su condición rural y en aras de su transformación. En otras palabras, y de la misma manera en que el autor lo reconoce, es preciso subrayar la capacidad de las clases campesinas que pugna frente a los canales de explotación campesina y, pone de manifiesto, al mismo tiempo, que es ésta una cualidad intrínseca, y que la autorregulación del sistema capitalista es un precepto reduccionista que debe ser cuestionado por cuanto que no se explica por factores económicos.⁸⁰

⁷⁹ *Ibíd.*, Pág. 249

⁸⁰ Poner en tela de juicio la regulación autónoma del capital a la cual aludimos no niega, en modo alguno, su capacidad de funcionamiento a partir de leyes propiamente económicas, únicamente coincidimos con el autor cuando plantea la necesidad de reconocer factores extrínsecos a éste cuya presencia y fuerza es de la misma importancia. Incluso –y desde muy temprano– Bartra advierte que cuestiones como la lucha proletaria, el sindicalismo o la liberalización de la fuerza de trabajo, son entendidas como resultado del desarrollo del modo de producción capitalista, cuando en realidad, han sido también condiciones que hicieron posible el desarrollo histórico de este sistema. Ver: Págs. 206-209

c) Condición de clase del campesinado.

Cuando Bartra desarrolla la consustancialidad del trabajo agrícola campesino al modo de producción capitalista, la explotación capitalista y los múltiples mecanismos a los que está sujeto, propone en consecuencia que las luchas de esta clase deberán ser multiformes, de ahí que escudriñe la articulación existente entre su conformación material y el proceso de configuración de una clase social en una determinada formación social.

Sin embargo, nos advierte que una definición del campesinado que prioriza la multiplicidad de sus actividades productivas, asalariadas y no, lo limita a una masa amorfa y heterogénea, despojándolo de cualquier vínculo con la concepción de clase social marxista, relegando así su potencial político estratégico. En el mismo sentido, plantea que una definición del campesinado que sobrepone las diversas vías de explotación arriba indicadas, da pie a la simple diferenciación de sectores existentes dentro de la economía campesina, lo que equivale a negar su carácter de clase, perdiendo de vista que la base estructural de la explotación que produce la lógica de acumulación es una sola:⁸¹

A diferencia del proletariado, el campesino constituye una clase sometida a relaciones de explotación múltiple y compleja en las que se combina la extracción del excedente a través del intercambio desigual en el mercado y la obtención de plusvalía por medio del trabajo asalariado a tiempo parcial. Pero, además estos mecanismos de explotación se interpenetran pues a través del empleo asalariado estacional el contratador se apropia directamente de la productividad del trabajo desarrollado en las labores de subsistencia [...] el hecho de que este sector (el campesinado) constituya globalmente una clase social no significa que cada uno de sus miembros tenga que estar inserto en la totalidad de las relaciones que definen a su clase.⁸²

La hipótesis latente en estas reflexiones puede expresarse de la siguiente manera: las clases sociales pueden ser concebidas como constituidas a partir de la base real en una determinada formación económico-social, pero son también constituyentes de relaciones sociales y detentoras de procesos históricos que buscan echar abajo el orden existente en el que se gestan y actúan. De esta manera, la lucha de clases constituye el punto de partida y el ángulo desde el cual es posible mirarlas como agentes históricos en movimiento en su correlación antagónica de fuerzas, y no sólo como productos del devenir histórico.

⁸¹ *Ibíd.*, Pág. 188-191

⁸² *Ibíd.*, Pág. 189

En última instancia, es en la resistencia campesina a la explotación capitalista donde se manifiesta la correlación de fuerzas políticas, intervenciones que son de carácter político y no mecanismos automáticos que responden únicamente al vigor de las leyes económicas. Puesto en términos del autor, tenemos que la normalización del nivel de explotación: “no proviene tanto de la pasividad y sagacidad de la burguesía como de las acciones defensivas de los explotados, cuya existencia económica como clase depende de su autoafirmación política en una lucha que los constituye como sujetos sociales y no como simples soportes de relaciones económicas.”⁸³

En este sentido, la lucha de clases es concebida por el autor como un eslabón que nos permite hacer inteligible que la reproducción del modo de producción capitalista en el campo es posible por la lucha que el campesinado, en los niveles social, político y económico sustenta contra éste. Vale la pena reiterar que los campesinos como clase social son constituidos por el modo de producción capitalista pero son constituyentes de éste al limitar su reproducción desde la resistencia política contra la explotación en aras de enfatizar que la explotación campesina es de origen económico al gestarse en los mecanismos de intercambio y transferencia desiguales pero adquiere una naturaleza política cuando no hay mecanismos económicos de regulación.

Por otra parte, Bartra continúa y plantea que la lucha de clases del campesinado adquiere tres diferentes frentes dependiendo de la formación social en que se encuentre y de las determinaciones que el capital global le imponga. El primero está condensado en la lucha por la tierra que los pequeños productores rurales sostienen en un periodo de transición (del feudalismo al capitalismo, por ejemplo) y contra una clase, por mantener los medios de producción en un modo precapitalista. El segundo frente se da en la lucha por la supervivencia de los campesinos en el capitalismo, como la lucha por el precio justo de los productos, es decir, contra la explotación de la parte del ingreso que se apropia el capital, y en la lucha de los campesinos parcialmente asalariados por un salario y jornadas justas en la venta de su fuerza de trabajo. El tercer frente de lucha de carácter global refiere que el campesinado, junto a todos los explotados, busca la disolución de la sociedad capitalista que los subyuga; cada uno de estos frentes de lucha tiene su antecedente en la lucha anterior.⁸⁴ No olvidemos que la particularidad de la lucha campesina respecto de la lucha proletaria reside en que estas tres formas tienen como común denominador la tierra.

En síntesis, es importante refrendar que sin la recuperación de esta argumentación en donde Bartra desarrolla la estructura de la economía campesina, resulta viciado plantear las maneras en que ésta

⁸³ *Ibíd.* Pág. 212

⁸⁴ *Ibíd.*, Pág.214

y la dimensión de la acción colectiva están entrecruzadas: la lucha de clases es el puente a través del cual es factible evidenciar que, además de la consustancialidad entre el trabajo agrícola y el modo de producción capitalista (nivel económico), las clases campesinas se entretajan antagónicamente frente a las clases sociales capitalistas dominantes cuando resisten y luchan contra la explotación económica y la imposición o exclusión política (nivel político-ideológico).

Asimismo, consideramos oportuno proponer que, si bien la lógica de explotación capitalista es una sola, y si ésta no supone que unívocamente estén determinadas las resistencias que a contracorriente pugnan por unas relaciones sociales, económicas y políticas distintas, la condición de clase del campesinado no dependerán entonces del grado de conciencia que los sujetos tengan de ella, en la medida en que material y estructuralmente es impuesta y nunca convenida. De tal suerte, podemos señalar que ésta es la aportación del autor respecto de la acción colectiva cuando hace hincapié en la génesis subjetiva e histórica del carácter antagónico del campesinado frente al capitalismo como una posible respuesta al debate sobre la “lucha de clases sin clase social”, esto es, la conformación de una clase social aun antes de que ésta exista objetivamente.⁸⁵

Más allá de abordar este nudo teórico e historiográfico, nos interesa enfatizar que Bartra, sin duda alguna, reconoce en sus reflexiones la necesidad de repensar al sujeto, especialmente en un contexto donde éste ha sido sustituido o relegado discursivamente. Especialmente cuando la praxis de este sujeto nos obliga a desembarazarnos de paradigmas que han determinado lineal e ineluctablemente el devenir socio-histórico y cuando el conflicto social no es aceptado como parte integrante de una sociedad, sino como anomalía que debía ser corregida. Por todo esto, consideramos que el autor acierta doblemente: por un lado, recupera una lectura marxista en torno al campesino y explica el porqué éste es una clase social explotada –incluidos sus polimorfos frentes de lucha y resistencia- y, por otro lado, cuando plantea que su contraparte, el pensamiento crítico –a pesar de sus descabros- sigue siendo vigente.⁸⁶

d) La Unidad Socioeconómica Campesina.

La hipótesis de trabajo que Armando Bartra plantea sobre la importancia de analizar qué es una Unidad Socioeconómica Campesina (USC) tiene como objeto mostrar que el campesinado “posee reivindicaciones

⁸⁵ Esta problemática ha sido planteada, entre otros, por E. P. Thompson en *La formación de la clase obrera inglesa*, Ed. Crítica, España, 1989.

⁸⁶ Ver: Armando Bartra, *Tomarse la Libertad. La dialéctica en cuestión.*, Ed. Itaca, México, 2010, publicado durante la impresión de este ensayo.

propias y alternativas de acción peculiares, es decir, que es capaz de actuar como un sujeto unitario y relativamente autónomo⁸⁷. Si bien este argumento es, como hemos mencionado, el telón de fondo de sus reflexiones a lo largo de su obra, traerlo a colación en términos económicos busca dar cuenta de la específica racionalidad de la economía campesina haciendo abstracción de su relación con el modo de producción capitalista.

Si se hubiera comenzado por el modo de producción capitalista se habría presentado en primer lugar la racionalidad abstracta de este modo de producción, quedando de lado la existencia de toda posible unidad económica no capitalista, y sólo posteriormente habría sido posible mostrar a la economía campesina como resultado de la reproducción de ese modo de producción en circunstancias históricamente determinadas. Al tomar como punto de partida a la economía campesina se impone mostrar primero abstractamente la racionalidad interna de su célula básica para construir después la teoría de su comportamiento como elemento de una formación social capitalista. La diferencia entre las dos perspectivas teóricas radica en que si se parte del modo de producción capitalista global y se incorpora después la producción campesina como una nueva determinación se obtiene como resultado teórico el concepto de una formación social capitalista específica; mientras que partiendo de la unidad económica campesina y ubicándola posteriormente en el contexto capitalista, el resultado teórico es simplemente el concepto de campesinado como clase explotada, los mecanismos de su explotación y las posibilidades de su resistencia.⁸⁸

La definición básica que propone de unidad socioeconómica campesina nos ayuda a delimitar el horizonte hacia donde dirige su análisis: "célula de producción y consumo constituida por la unidad orgánica de fuerza de trabajo y medios de producción. Es estrictamente campesina toda unidad rural de producción que a) emplee en lo fundamental trabajo de sus propios miembros y b) ejerza un control real sobre una dotación mínima de medios de producción, entre ellos la tierra."⁸⁹

De esta manera, podemos observar que Bartra apela a una racionalidad immanente de las USC y desarrolla cuál es su estructura orgánica y las conexiones entre los elementos que la conforman. En este ejercicio, retoma dos aspectos de gran relevancia, por un lado, la fuerza de trabajo familiar consumida y disponible, así como su distribución y, por otro, el ingreso destinado al fondo de consumo vital y su proporción con respecto a los otros fondos y los bienes en que encarna.

De acuerdo con el autor, la lógica immanente con la que opera cada USC es la restitución del equilibrio entre la producción y el consumo, polos constantemente trastocados por factores externos. La

⁸⁷ *Ibíd.*, Pág. 284

⁸⁸ *Ibíd.*, Págs. 283-284

⁸⁹ *Ibíd.*, Pág. 285

clave entonces para entender esta racionalidad de equilibrio es el bienestar, aspecto que no es valorado por estas unidades de forma cuantitativa por ser un aspecto de carácter subjetivo. El bienestar puede referir, para el caso del campesino pobre, apenas al nivel mínimo vital (o no más del suficiente) que le permita realizar nuevamente el proceso de producción, o bien, puede ocurrir que el bienestar presente se sacrifique para lograr un bienestar futuro.

En otros términos, podemos indicar aquí que la tesis central respecto de las USC trazada por el autor refiere a la restitución de un equilibrio entre la magnitud de trabajo invertido y la cantidad de necesidades satisfechas quebrantado por la lógica mercantil empresarial, esto es, “cuanto mayor es la cantidad de fuerza de trabajo invertida en un periodo dado por una familia, mayor fatiga representan las últimas unidades consumidas [o bien] cuanto mayor es el número de necesidades satisfechas por una familia menor es la satisfacción que reportan los últimos bienes adquiridos”⁹⁰.

En síntesis, podemos mencionar que la dirección de este tipo de estudios sobre el comportamiento económico de las USC, consiste en la recuperación que Bartra hace respecto del *bienestar* y su importancia para el funcionamiento de cada unidad. A partir de este parámetro no cuantitativo que –como hemos visto- regula al interior las actividades productivas agrícolas en sentido opuesto a la racionalidad capitalista, consideramos que el autor compagina, de nueva cuenta, su explicación lógica y estructural del trabajo agrícola imperativamente capitalista para demostrarnos que las clases campesinas mantienen a contracorriente formas productivas y relaciones sociales y comunitarias que se rigen por aspectos no monetarios como los ingresos destinados a los fondos ceremoniales. Además de los nudos que esta cuestión supone, el autor busca evidenciar con esta tesis la manera en que el campesinado está económicamente determinado y que los principios morales y sociales no-capitalistas bajo los que se rige son constantemente trastocados:

Dentro de una sociedad cuya producción se regula y organiza de manera automática a través del mercado, ciertas conductas del campesino resultan distorsionantes y perversas. De la misma manera, en un enfoque puramente económico de la reproducción social resultaría inexplicable e irracional la dinámica de esta unidad socioeconómica. Sin embargo, en una perspectiva más humana, lo que resulta distorsionante y perverso es el comportamiento del mercado y de las grandes corporaciones que lo usufructúan. En un enfoque que le dé preeminencia al bienestar social sobre la economía de la acumulación, lo que resulta inexplicable e irracional es que en el sistema dominante el lucro se imponga sobre el bienestar. Así, la unidad socioeconómica

⁹⁰ *Ibíd.*, Pág. 320

campesina, en tanto que economía del sujeto o economía moral, deviene testimonio de que otro mundo es posible.⁹¹

De esta manera, cuando el autor contrasta estos dos tipos de enfoques podemos refrendar una de las peculiaridades que de su obra hemos buscado rescatar, esto es, el papel que juega el campesinado respecto de las lógicas mercantiles de reproducción. Anteponiendo una lectura menos estructuralista y determinista donde este sujeto es concebido exclusivamente como portador de relaciones económicas, el autor busca demostrar cuál es la especificidad de la economía campesina. Así –a su juicio- esta diferenciación y particularidad de las USC, en contraposición a las empresas capitalistas, reside en tres rasgos: a) la unidad campesina está constituida por el trabajo productivo y el consumo final o “improductivo”; b) el trabajo efectuado no es una mercancía y, por tanto, no puede medirse su valor por medio del salario; c) este trabajo está orientado a satisfacer las necesidades propias y, por tanto, es el elemento organizador de la unidad campesina.⁹²

Sin ahondar más en el tema, cuando referimos someramente las características y el principio esencial con que el autor describe la estructura económica campesina en tanto que *Unidades Socioeconómicas* orgánicas, buscamos subrayar la aportación nodal que el autor plantea en relación a esta cuestión, esto es, nos advierte que una de las cualidades del trabajo agrícola es su capacidad constituyente de relaciones productivas y sociales distintas, no capitalistas.

Dicho de otra manera –siguiendo las consideraciones propias del autor- las funciones estructurales de la economía campesina dentro del modo de producción capitalista contradicen la visión evolucionista que pretende explicar al campesinado como un modo de producción precapitalista subordinado al modo de producción capitalista dominante. Al contrario, la producción agrícola campesina manifiesta relaciones socioeconómicas posibles por el modo de producción capitalista, por lo que no es pertinente entenderla como resultado de modos de producción distintos o anteriores.⁹³

⁹¹ *Ibíd.*, Págs. 322 y 323

⁹² Ver Págs., 281 a 323 en Bartra, A., *Op. Cit.*

⁹³ En el fondo de este hecho existe una discusión sobre los conceptos de formación social y modo de producción. Aquí se recoge una proposición que hace el autor sobre ambas herramientas centrales en la teoría marxista. Bartra propone que: “el concepto de un modo de producción no se reduce a la formulación de su “media ideal” y su contenido no sólo admite un número ilimitado de determinaciones, sino que se enriquece y modifica con cada una de ellas [...] En esta perspectiva resulta claro que la teoría de una formación social, se refiera a un sistema socioeconómico regional (concreta e históricamente determinado) o a una subfase histórica del modo de producción y que, por su contenido, se mueva en el mismo nivel de universalidad que esa teoría.” *Ibíd.*, Pág. 197. El autor está planteando, en última instancia, una relación dialéctica entre la universalidad de la teoría del modo de producción con la concreción y particularidad que plantea la teoría de la formación social, pues son mutuamente complementarias y la segunda contiene y desarrolla a la primera.

De tal suerte, consideramos que este aspecto abona una veta importante sobre el supuesto estatuto precapitalista de la economía campesina que Bartra ha debatido persistentemente en la medida en que, desde una perspectiva crítica y de conjunto, propone –como hemos mencionado– el carácter consustancial de ésta y la funcionalidad que representan la pequeña producción campesina en relación a la empresa. A partir de este conjunto de estudios el autor formula una crítica al capitalismo y un cuestionamiento holista a la máxima de este sistema: la valorización del valor y la crisis de esta paradigmática forma de relación social, natural y material supone en tiempos recientes.

2.1 Acción y estructura en el sistema capitalista.

Hasta aquí, hemos glosado las ideas principales sobre el conjunto de estudios que en torno a la estructura económica agrícola ha desarrollado Armando Bartra, ejercicio que nos brinda los cimientos básicos y esenciales para entender las especificidades de las clases campesinas en tanto que portadoras de una racionalidad productiva distinta, enfatizando sus comportamientos sociopolíticos antagónicos al capital para entender estas lógicas determinantes en su relación con sus luchas y movilizaciones.

Para complementar la tesis que sobre la acción colectiva hemos argumentado, en su relación con la dimensión estructural, consideramos pertinente hilar de ahora en adelante este conjunto de problemáticas con el planteamiento nodal y más reciente que ha desarrollado. Esto es, el hombre y la naturaleza como limitantes intrínsecos al capital que lo resisten y reproducen a un mismo tiempo, enfocándonos en dos aspectos centrales: un diagnóstico del capitalismo contemporáneo y su caracterización general.

De esta manera, consideramos pertinente redondear la propuesta de interpretación que hemos presentado sobre la obra de Bartra con el esbozo argumentativo que hace del capitalismo vigente puesto que es éste el lugar hacia el que de manera permanente apunta, es decir, si no cotejamos la serie de enunciaciones sobre la acción colectiva con las tendencias capitalistas imperativas, corremos el riesgo de truncar la apuesta central de muchos de sus ensayos: el cúmulo de resistencias sociopolíticas que una y otra vez son sojuzgadas y dominadas por el “hombre de hierro”, sin agotarlas a plenitud.

a) Caracterización del sistema capitalista actual.

Bartra plantea que el hombre y la naturaleza son las limitantes no-capitalistas inherentes al sistema de producción capitalista global, fundamentales para su reproducción. Éste es el horizonte posible de transformación al que, manifestando su cuota de optimismo, apela el autor en última instancia, enfocándose en la utopía cotidiana de resistencias que apuntalan un nuevo orden de cosas urgentes y sin postergación que los otros han conseguido constituir en las entrañas del sistema.

De esta manera, es posible advertir cómo conjuga las diversas problemáticas sustanciales al capitalismo actual en su consustancialidad a la lógica del gran dinero poniendo de relieve las resistencias vigentes que lo encaran. Renovadas e inéditas, estas praxis antagónicas de indios y campesinos han demostrado que políticamente el mercado está siempre mediado.⁹⁴

El cuestionamiento que hace respecto de prácticas como la ciencia y la tecnología es una de las claves que le permiten poner en tela de juicio la neutralidad con que el sistema del capital ha concebido el desarrollo material, esto es posible en la medida en que la neutralidad ha constituido –a su juicio- una venta de humo que ha hecho de éstas, piezas ajenas a la racionalidad capitalista. Así, el autor pone en evidencia que esta admisión –incluso del propio Marx- ha coadyuvado a que la destrucción de la naturaleza sea percibida como costos que nada tienen que ver con el capital cuando en realidad son resultado de éste.

b) Descifrando al capital.

A contracorriente de la uniformadora reproducción material y social, premisa esencial del capitalismo, el “hombre de hierro” –metáfora que Bartra retoma de Marx para referirse a la subsunción material y la dominación política del hombre- requiere de la exterioridad. Eso significa que a pesar de la innegable fuerza homogeneizante del mercado globalizado, en el proceso general de producción y reproducción son

⁹⁴ Es importante señalar que en el último ensayo al que hacemos referencia Bartra no sólo apela a las prácticas de resistencia de indios y campesinos, incluye también a movimientos como el de los migrantes, ecologistas y feministas, abriendo el panorama de análisis. No obstante, es preciso señalar que el carácter anticapitalistas que hemos perfilado a lo largo de este trabajo no es utilizado por el autor de manera indiscriminada, antes bien, reconoce la necesidad de enfatizar este aspecto en su multilateralidad de manifestaciones. Para ilustrar este aspecto al que hacemos referencia, baste con señalar que entre otras cosas el autor indica lo siguiente: “la condición asalariada no es universal y estable porque el capital es un monstruo frío que devora y regurgita alternadamente, y tan lacerante es el estatus de explotado como el de marginal”. Bartra, Armando, *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital*, UACM, UAM, Itaca Ed. México, 2008, Pág. 15

imprescindibles la diversidad natural y la heterogeneidad de relaciones sociales y políticas, características distintivas de la praxis política de excluidos y marginados por el capital.

Es importante considerar que en el desciframiento de las lógicas viejas y nuevas propias del capitalismo, la postura analítica clave que Bartra plantea como punto de partida refiere a no concebir al capitalismo como realidad monolítica y sin costuras porque puede resultar conceptualmente inmovilizante, de lo contrario, la heterogeneidad promovida y necesaria pero domesticada por la lógica de valorización resultaría inverosímil para caracterizar el desarrollo material y social actual.⁹⁵ De esta manera, el debate sobre la omnipresencia del capitalismo se hace patente, y sin negar esta condición, el autor reivindica que estamos y no, al mismo tiempo, bajo la mercantilización global, porque su capacidad para asimilarlo todo no significa que de una vez y para siempre la *otredad* sea anulada.

La subordinación del mundo a la lógica acumulativa del gran dinero se consumó de antiguo y de una forma u otra todos estamos uncidos a la tal acumulación. La subsunción en el capital es universal y con ella la alienación a la máquina económica, al autómata mercantil que envilece las relaciones entre nosotros y de nosotros con la naturaleza. ¿En qué quedamos, entonces? ¿Estamos o no en las tripas del monstruo? Pues estamos y no. Porque los modos de vivir y producir –todos hasta ahora- son socialidades contradictorias que a la vez que subyugan incuban las fuerzas que habrán de trascenderlos: energías más o menos poderosas pero siempre presentes que los niegan quedo pero diario, que los subvierten de a poquito todo el tiempo.⁹⁶

Por lo tanto, si bien coincide en la universalidad de la subsunción al capital, pone énfasis en la posibilidad de superación que este orden contiene, planteando que si bien el sistema domestica la “pseudo-diversidad” para generar ganancia reconoce, al mismo tiempo, su necesidad de expulsar y excluir lo que no le es útil, como la diversidad cultural y subversiva. Es por ello que, en una perspectiva integral y crítica, el autor puede argüir que es en las intersecciones y costuras de capital donde tienen lugar las prácticas y valores que lo resisten y que a contracorriente conforman una posibilidad de superación del capitalismo.

En síntesis, podemos puntualizar el matiz que hace el autor respecto del sistema del capital y su concepción, esto es, si bien reconoce viejas lógicas que persisten y que son innegables, como la lógica de subsunción material, considera que es necesario cuestionar los modelos teóricos que han buscado explicarlo. Así, consideramos que el autor busca discernir cuáles son las dinámicas del capitalismo aún

⁹⁵ *Ibid.*, Pág. 26

⁹⁶ *Ibid.*, Pág. 25

vigentes y contrastarlas con el devenir social e histórico que, al menos en términos abstractos, ya no son explicables desde ahí.

Sin ahondar en este aspecto, Bartra plantea algunas precisiones: fenómenos como el desplazamiento de la fuerza de trabajo debido a la incapacidad de las industrias, fábricas y las metrópolis para absorberla (sin negar la explotación de la fuerza de trabajo) indican que “la uniformidad tecnológica, socioeconómica y cultural que pretendía instaurar el sistema del gran dinero resultó baladrona [...] el nuevo éxodo es la expresión más dramática del desarrollo dispar y de la exclusión.”⁹⁷

c) Capitalismo multifacético.

Las adjetivaciones con que Bartra caracteriza al sistema capitalista contemporáneo dan cuenta de la multiplicidad de facetas que lo componen: sincrónica y diacrónicamente bosqueja sus mutaciones, los pendientes y desafíos que éstas nos imponen, así como los resquicios y aquellos sujetos que se muestran tercos a la lógica del gran dinero, aun cuando hayan sido destinados a su desaparición voluntaria o aniquilamiento forzado.

El primero de estos adjetivos tiene que ver con el papel del campesinado en un proceso de industrialización, que empareja materialmente las relaciones sociales entre los hombres y de éstos con la naturaleza, cuyo paradigma de homogeneización está encarnado en la fábrica en aras de la uniformidad tecnológica, el cual no significa igualdad entre las clases sociales, ni libertad política ni paridad económica. Así, el autor ubica la gestación del “monstruo” en la “mecanización que desplaza trabajadores calificados y una legalidad de *laissez faire* que sustituye el proteccionismo de los gremios artesanales por el libre mercado caro de la empresa capitalista [...] fin de la “economía moral”, un orden social idealizado por la nostalgia pero sin duda menos carcelario que el emergente industrialismo.”⁹⁸

En este desplazamiento, uno de los diagnósticos más sobresalientes refiere a la agricultura. En ésta se pronosticaba que los sectores que la componen tenderían a la proletarización de la fuerza de trabajo para insertarse en las reglas del capital, aspecto que implicó una reconfiguración de su especificidad social y laboral. Sin embargo, como hemos visto, el proceso de trabajo agrícola es susceptible a la doble dinámica de atracción y expulsión capitalista colocándolo en los intersticios del sistema, aunque resulta funcional a la lógica del gran dinero no se subsumen totalmente a ésta. De ahí

⁹⁷ *Ibíd.*, Págs. 28 y 29

⁹⁸ *Ibíd.*, Pág. 37

que, a contracorriente del previsto éxito del capitalismo homogeneizante del planeta, el autor nos presenta a las multitudinarias luchas y guerras campesinas de la primera mitad del siglo XX, como escenificación de los alcances hostiles del “monstruo agreste”, sector que además estaba marginado en tanto que fuerza política emancipadora.

En este mismo tenor el autor señala que, una de las condiciones más sobresalientes en el orden capitalista es el *apartheid*, forma en que se prolonga la barbarie necesaria al orden del capital y que busca ser global: es éste el estado en que viven los inmigrantes, campesinos, desempleados o subempleados a tiempo parcial; mujeres, niños e indios que son excluidos y atraídos desde la periferia al imán capitalista, integrándose y reproduciéndolo pero sin ser diluidos de una vez y para siempre, contrario a lo que sucede con las clases proletarias que viven en el corazón del “monstruo”. Lo mismo puede observarse en el ámbito doméstico reservado a las mujeres, espacio de “producción y reproducción impaga del obrero”, aquí la lucha se hace frente a esta forma invisible o sesgada donde el “*monstruo de hierro*” se vuelve también “electrodoméstico”. El hogar, sin ser directamente una factoría constituida por la producción de plusvalía, es asimilado también por la lógica del capital a partir de la reproducción misma de las labores para la subsistencia de la mano de obra requerida por el capital. Debe señalarse que la retribución monetaria de las labores domésticas puede resultar una puerta falsa, determinándolas en el estatuto de la explotación pero nada más; sin duda alguna, para el autor “el hombre de hierro hogareño” puede resultar tan hostil y perverso como el fabril.⁹⁹

En este recorrido por los distintos tipos de monstruo nacidos bajo una sola dinámica, el autor nos hace considerar con detenimiento el carácter multifacético del capital, no sólo con la intención de aprehenderlo, determinar sus alcances y características, sino para destacar los procesos y sujetos que vienen a resistirlo, es de suma importancia tener presente que esta multiplicidad con que describe al capitalismo no niega acriticamente las lógicas profundas que le confieren su carácter universalizante, antes bien, las reconoce y parte de ellas.

La originalidad del esbozo que del capitalismo contemporáneo hace Bartra reside en que ubica en sus intersticios la capacidad de estos sujetos para ponerlo en tela de juicio, destacando esta práctica sin menospreciar las condiciones que los determinan. Cruzadas las acciones colectivas y luchas sociopolíticas por las estructuras adyacentes que cuestionan, los sujetos políticos y “orilleros” de los que nos habla, se caracterizan por la diversidad. Esto ya lo hemos bosquejado, anteriormente, ahora sólo nos interesa mencionarlo por cuanto consideramos que es pertinente, desde ahí, distinguir la reflexión del autor de

⁹⁹ *Ibíd.*, Págs. 41 a 69

aquellas nociones unívocas sobre el capitalismo, donde incluso su sello determinista y dicotómico ocultan la naturaleza multiforme del “hombre de hierro”:

El recuento documenta la polifonía con que se resiste a un capital multiforme que no se sacia adueñándose de los medios de producción y de la fuerza de trabajo, pues para valorizarse al tope necesita construir un mundo a su imagen y semejanza. Y para ello debe revolucionar la tecnología y la organización productiva pero también los modelos de poblamiento, los patrones de consumo y el uso del tiempo libre envileciendo el espacio y pervirtiendo el tiempo [...] Pero ya vimos que en esta compulsión omnifágica al gran dinero se le atragantan muchas golosinas, en especial el hombre y la naturaleza, factores de producción insoslayable pero tercamente irreductibles a la reproducción mercantil. De ahí surge un capitalismo contrahecho, aberrante, disforme, (Vergoupulos); un capitalismo que quiere devorarlo todo pero le hace daño; un capitalismo titánico pero renco; un capitalismo barroco, abigarrado, siempre a medias, que reproduce una y otra vez la exterioridad bárbara ahora hasta en sus propias metrópolis [...] ¹⁰⁰

Así, el autor argumenta que es imprescindible trascender los análisis clasistas dogmáticos que, al dar cuenta de una sola de las dimensiones (la económica) y de la apropiación capitalista del mundo material, pierden de vista las polimorfas aberraciones en que degenera la subsunción de las relaciones sociales y culturales. En sus términos, esta necesidad “se evidencia en el hecho de que la relación económica capitalista es unidimensional, mientras que la contradicción entre mercantilismo absoluto y el binomio hombre-naturaleza es polimorfa”¹⁰¹. De esta manera queda expuesto que la perversa lógica del capital es multiforme, así como diversas son las resistencias que supone: en este sentido los “orilleros”, aquellos tragados por el monstruo y escupidos luego por no ser fáciles de digerir, son quienes han encabezado movimientos antagónicos al capital.

En conclusión, en la perspectiva del autor, además de la multiplicidad de prácticas productivas y relaciones sociales y culturales que son subsumidas por el capitalismo y el carácter diverso y polimorfo de las acciones y movimientos sociopolíticos que lo encaran, el conflicto social simbolizado en la fábrica se extiende, entonces, a muchos y muy diversos espacios. El conflicto social, entendido no sólo como el momento álgido de crisis social o económica, sino como praxis cotidiana que a contracorriente y –como plantea el autor– de manera poliforma disputan al capital, constituye un aspecto central del que se ocupa Bartra. Sobre todo, es un ángulo desde el que va articulando fenómenos expresados en diferentes ámbitos de la sociedad con cuestiones más profundas como las lógicas con las que el capital se reproduce y lo

¹⁰⁰ *Ibid.*, Págs. 70 y 71

¹⁰¹ *Ibid.*, Pág. 70

hacen vigente; la importancia de esta aportación para los estudios sociológicos sobre los movimientos sociales reside en el dinamismo con el cual concibe al conflicto.

d) Una crítica a la “racionalidad última” del capital.

La tesis fundamental que orienta la crítica planteada por Bartra sobre la tecnología, se basa en la inversión primigenia donde el valor de uso está supeditado al valor de cambio, esto quiere decir que, al igual que se ha impuesto a los bienes y a la fuerza de trabajo otro carácter que no es el de su uso o naturaleza, ésta ha sido signada por la racionalidad específica del capital. Pero su argumentación sobre si existe neutralidad en el desarrollo técnico y científico va más allá, y aun cuando parte de esta inversión la resuelve al plantear que la tecnología es una tecnología del capital, pues está diseñada con fines lucrativos y se orienta sobre todo a cumplir las necesidades del capital: “la racionalidad última del sistema del gran dinero –y también su límite insalvable- radica en que la lógica del lucro, única que le puede dar sentido al mercantilismo absoluto, se imprime en los propios valores de uso del capital.”¹⁰²

Así, menciona que a partir de los avances posteriores a la revolución industrial entre los siglos XVIII y XIX, la ciencia fue afianzando cada vez más su aspecto práctico y aplicable, soslayando la predicción y la especulación por su carente fundamento y comprobación empíricos. A través de ella el dominio sobre la naturaleza adquirió un sentido lucrativo, las innovaciones tecnológicas sirvieron de manera creciente a la industria sin evidenciar sus costos naturales y sociales.

El desarrollo de paradigmas científico-tecnológicos en el modo capitalista de producción ha ponderado la lógica del capital, pero esto no es evidente ya que, como es sabido, las fuerzas productivas no son por sí mismas nocivas, consideración sobre la que se apoya su neutralidad. Sin embargo, el problema no está circunscrito a quién es el poseedor de los medios de producción (relaciones de producción) y cuál es su destino. De tal suerte, Bartra ubica en las condiciones materiales de reproducción del modo de producción capitalista el vicioso e intrínseco carácter de la ciencia. No basta el cambio en su gestión y administración para garantizar que su génesis sea otra “del mismo modo que las estructuras estatales e institucionales políticas hechas para someter al ciudadano no devienen libertarias porque el poder cambie de manos y la heterogeneidad de signo”.¹⁰³ Para ilustrar esto, tenemos que:

¹⁰² *Ibid.*, Pág. 79

¹⁰³ *Ibid.*, Pág. 86

La crítica hacia las fuerzas productivas entra por la puerta de las reivindicaciones ecologistas, por ejemplo, cuyo propósito primordial es el de poner en tela de juicio los costos que el capitalismo ha traído al ecosistema, y a éstos en su relación con los ámbitos socioculturales. Así, Bartra menciona que envilecidos por las maravillas tecnológicas, muchos marxistas y no sólo –incluido Marx quien no se consideraba marxista-, menospreciaron los alcances del mercantilismo absoluto, sistema que –como hemos visto- se vale de la homogeneización para adecuar lo diverso a sus fines lucrativos.¹⁰⁴

La miopía se explica por el regusto a fetichismo tecnológico que dejan ciertas lecturas de Marx, pero quizá también porque la utopía realizada, el socialismo al modo de la Unión Soviética y, más tarde, de las llamadas “democracias populares” europeas, aunque tomaban distancia del modelo de acumulación y las relaciones de producción, circulación y distribución propias del capitalismo, empleaban los mismo patrones tecnológicos de industrialización, modernización agrícola y urbanización que éste había acuñado.¹⁰⁵

En este sentido, la importancia con la que el autor cuestiona las condiciones materiales (tecnológicas, científicas e industriales) del desarrollo capitalista no se fundamenta en una postura de índole ambientalista, ni estima sólo sus efectos negativos ambientales, aunque de hecho los comprenda. Este posicionamiento apunta hacia la ruptura originaria entre sociedad-naturaleza y, sus mecanismos de producción y reproducción. Condensados en lo que denomina “fractura del *metabolismo social*”¹⁰⁶, estos intercambios violentados por la lógica capitalista de creación de mercancías iguales despojadas de sus específicos y diversos contextos de producción, ilustran la necesidad de restablecer el equilibrio social y ambiental. Esta separación entre el hombre y la naturaleza en el capitalismo es replanteada por el autor cuando menciona que ésta se dio primero a través de la proletarización del trabajo y de la privatización de la tierra, y después en la sustitución laboral de campesinos por máquinas, mecanización alentada por la industrialización agropecuaria de la naturaleza.

En síntesis, esta “racionalidad última” que plantea Bartra constituye un viraje sobre la idea de que la cantidad priva sobre la calidad, el trabajo muerto sobre el vivo, pero sobre todo, arremete contra la idea

¹⁰⁴ *Ibid.*, Págs. 73-91

¹⁰⁵ *Ibid.*, Pág. 86

¹⁰⁶ Término que el autor retoma de Theodor Schwan, Julius R. Meyer y John Tyndall quienes convienen en utilizarlo para “designar los intercambios regulados y cuantitativamente definidos que se dan entre diferentes formas de vida y entre éstas y el medio físico.” Pero con las aportaciones de Justus von Liebig, Bartra apela a otro e importante elemento de *restitución* puesto que ve un problema mayor en la falta de “restauración de los componentes del suelo” -que aunque es desarrollado dentro de la economía agrícola- es posible llevarlos hasta sus últimos alcances para proponer que lo mismo ocurren en el metabolismo social y sus intercambios desiguales y carentes de equilibrio; pero esto es sólo una hipótesis que Bartra deja ver pero no plantea propiamente. *Ibid.*, Págs. 96 y 97

de que la tecnología es aséptica, y en sentido contrario, desentraña el signo capitalista del desarrollo científico. Sin embargo, la importancia de traer a colación esta argumentación va más allá, ésta reside en que es en torno a la crítica del corazón material del sistema que el autor consigue poner de manifiesto la incompleta subsunción mercantil (reificación) de la naturaleza y el hombre, por cuanto que éstos son irreductibles a esta modalidad. En este sentido, concluye que el mal funcionamiento del sistema capitalista global no es una consecuencia externa sino una característica intrínseca a él y originada en su racionalidad última, aspecto que hemos procurado esbozar a lo largo de esta sección para complementar el terreno de la acción colectiva y la configuración de los sujetos sociopolíticos quienes han demostrado la posibilidad de transformación del capital.

e) A propósito de las nociones de revolución y utopía.

En el epicentro de las argumentaciones que Armando Bartra desarrolla sobre las clases indias y campesinas, encontramos una noción respecto del potencial revolucionario que es preciso enunciar. Cuando crítica la idea de que la contradicción progresiva gestada en el seno material del capital (entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción) es condición *sine qua non* de la transformación del orden imperante, el autor enfatiza que las fuerzas productivas son resultado y expresión del modo capitalista de producción y consumo, hechas a imagen y semejanza del capital.

De ahí que su concepción de revolución lejos de ser el punto culminante que rompe abruptamente el orden social actual y es sustituido por uno nuevo gestado en el curso del anterior. En este sentido la revolución la entiende más bien como una tozuda y permanente transformación que si bien contiene esos momentos de quiebre, no comienza ni se limita a ellos, antes bien, es un proceso largo que ha de sustentarse en las experiencias cotidianas que a contracorriente pugnan por algo distinto, alejándose de las recetas dogmáticas de cómo hacer “la Revolución”:

Así las cosas, la revolución es cualquier cosa menos un parto pues aun si incluyen virajes abruptos y cambios políticos intensos condensados en lapsos cortos, su condición realmente subversiva dependerá de la continuidad, de la acumulación y rumbo de las mudanzas. Porque si las fuerzas productivas del capital no son liberadoras sino que constituyen en sí mismas un opresivo hombre de hierro, desguanzarlo del todo y sustituirlo por artilugios físicos y espirituales fraternos y solidarios demandará revoluciones lentas. Lentas pero tozudas, persistentes, aferradas. Entonces, frente a un utopismo presuroso, urgido, atrabancado, propongo un

utopismo que no coma ansias pero trabaje aquí y ahora en disfrutables anticipos de su proyecto.¹⁰⁷

Bartra no sólo critica aquel proyecto emancipatorio que obedece a un solo conocimiento del orden social real centrado en la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, sino que además plantea que las revoluciones son procesos de larga duración no exentados de los abruptos momentos de crisis donde se hacen evidentes actores, intereses y proyectos de clase antagónicos.

En esta reflexión Bartra empalma el sentido utópico que cualquier proyecto contiene en potencia al esbozar más o menos claramente el orden deseado aunque reconoce que muchas veces éstos se limiten a la crítica negativa de lo indeseable sin mayor propuesta. Este utopismo –como él mismo lo señala- debe ser una especie de experiencia utópica anticipada o “recuerdos del porvenir” que funcionen como horizonte posible, pero que puedan ser gozados en el presente; presente y futuro se entrelazan en una misma vivencia cuando lo utópico es algo permanentemente postergado para el mañana.¹⁰⁸

Cuando el autor desarrolla el concepto de utopía, se ocupa más de lo que en términos vivenciales éste significa, es decir, alude más a la potencial experiencia contenida y menos a su funcionalidad abstracta e imaginaria; sin subestimar su contenido pondera su nivel simbólico al argumentar que este tipo de experiencia puede ser entendida como: “una suerte de avance, de anticipo, de probadita, de trailer [...] la utopía podrá definirse de muchas maneras pero siempre como un orden donde la felicidad sea una experiencia más frecuente y mejor repartida.”¹⁰⁹

En esta dirección plantea que las experiencias utópicas son actos extáticos necesarios, momentos de liberación no atados a la linealidad del tiempo que le apuestan al futuro dilatado que nunca llega, que al desengancharse de las adversidades vividas o conservadas en la memoria histórica, buscan superar el pasado. Al contrario –a decir del autor- es preciso refrendar un sentido utópico al quehacer político de talante pragmático, la utopía no sólo debe ser una prefiguración espiritual o científica, sino también real, postura que lo distancia de ciertas concepciones heterodoxas y hasta anárquicas por su cerrazón a todo lo que tenga que ver con la política oficial gubernamental, negación sustentada en los actos directos y tan populares al reprimir y someter cualquier tipo de acción subversiva.

Bartra propone que este tipo de quehacer político está alejado del carácter de “imaginación política utópica” que precisan las necesidades humanas, cotidianas y de largo alcance, usualmente expresadas en políticas institucionales fracasadas. Por ello, las experiencias de movilizaciones sociales, mítines o

¹⁰⁷ *Ibid.*, Pág. 161

¹⁰⁸ *Ibid.*, Págs. 157-162

¹⁰⁹ *Ibid.*, Pág. 162

asambleas, es un aspecto inmediato y necesario, introducen aquellos momentos de éxtasis y dan sentido al (des) orden social, funcionan para dar cohesión identitaria pero a su vez, en el plano de la “ingeniería social” aportan parámetros para una proyección y planificación de un orden nuevo y distinto. La articulación entre la “imaginación política utópica” –como el autor la llama- y la “experiencia utópica” de los “orilleros” que se encuentran en las fisuras metropolitanas o en los bordes del mundo capitalista no es casual, sino que responde precisamente al carácter marginal, periférico y subdesarrollado pero creativo, que avala y pone de manifiesto esos otros proyectos. Puesto en palabras del autor:

Porque así como la epifanía política corre el riesgo de ser tan elitista como la experiencia estética del arte aurático, la utopía socialmente instituida es tan proclive a la inercia y a la serialización como lo es el arte técnicamente reproducible. La clave del dilema está, a mi juicio, en no contraponer como excluyentes o sucesivas a las que son caras de una misma moneda: la ingeniería social y la experiencia utópica, la prosaica materialidad de las grandes obras públicas y el fulgurante éxtasis otomundista. La ceñida y bella definición que del aura del viejo hace Benjamin: “aparecimiento único de una lejanía [...] cercana” no tiene porqué ser anacronismo proveniente de sociedades donde el rito y la magia ocupaban el sitio que hoy tiene la nueva tecnología y el “socialismo científico”.¹¹⁰

La perspectiva crítica de la obra de Bartra le permite argumentar que, contrario al aparente aspecto anacrónico y retrógrado, las experiencias utópicas de los orilleros y marginales no encajan en aquellas perspectivas unilineales que postulan el devenir socio-histórico de manera dicotómica y desde categorías como capitalista-precapitalista, desarrollo-subdesarrollo, barbarie-civilización, etc.

El capital político en la dimensión de la acción colectiva que hemos referido, pone de manifiesto –a juicio del autor- que el atraso en la carrera del desarrollo capitalista puede devenir en ventaja si consideramos, en términos historiográficos, que superar la modernización capitalista no está garantizada ni es ineluctable aun cuando algunas posturas científicas indiquen sucesivas etapas a seguir (incluso el marxismo de talante determinista). En este sentido, cuando el autor refrenda que el aspecto “excéntrico” que tienen los proyectos utópicos de los “orilleros” no es más que resultado de su especificidad heterogénea, rasgo común por su naturaleza no-capitalista, está señalando que sistemas de pensamiento que no reconocen que estos sujetos antagónicos y sus transformaciones, aun si éstos siguen siendo objeto de la lógica de atracción sistémica, van más allá de adecuaciones coadyuvantes a la reproducción del capitalismo.¹¹¹

¹¹⁰ *Ibid.*, Pág. 168

¹¹¹ *Ibid.*, Págs. 162-174

Conclusiones

El conjunto de estudios de Armando Bartra en los cuales ha desarrollado algunas de sus más agudas reflexiones en torno a las prácticas, luchas y organizaciones de indios y campesinos, nos alienta a proponer un enfoque interpretativo que ponga de relieve la dimensión de la acción colectiva en su articulación con la estructura social. Esta metáfora de estructura/superestructura planteada por Marx como dos niveles distintos pero en definitiva articulados en una determinada formación socioeconómica, constituye una perspectiva teórica y metodológica que nos ha permitido hacer manifiesta la forma en que el autor logra engarzar, a lo largo de su obra, tanto el movimiento histórico de los procesos sociales y políticos como las lógicas de estructuración económica (base material constituida por las relaciones de producción del modo de producción específicamente capitalista).

Estas claves interpretativas no sólo han estado presentes como contenido, sino que sirvieron de hilo conductor en la reconstrucción, desde la veta marxista, de las luchas y movimientos sociopolíticos de carácter agrario. Si bien, en el conjunto de sus trabajos, ensayos y estudios, hemos encontrado horizontes temáticos alentados por un análisis más “estructural” y abstracto, por ejemplo, la teoría de la renta diferencial o la producción campesina como unidades socioeconómicas, éste constituye el terreno duro desde el cual enfatiza el carácter constituyente de los actores políticos. Además, conjugan doblemente los fenómenos sociopolíticos en un sentido diacrónico e histórico, es decir, entre sí y frente al sistema capitalista de producción.

En este sentido, hablar de acción colectiva y estructura social como herramientas para la interpretación de esta obra no va en dirección opuesta ni relega su contenido conceptual, antes bien, y alejada de aquellas posturas tanto intelectuales como políticas que tienden a polarizar una u otra, convergen para evidenciar que la división entre lo económico y lo político (jurídico-ideológico), lo público y lo privado, es poco esclarecedora. Perder de vista que ambas completan “dos caras de la misma moneda” nos lleva a aceptar como dado lo que está históricamente determinado sin cuestionarlo. En este sentido, podemos mencionar que en esta línea de interpretación, la ubicación del principio del modo de producción capitalista constituye uno de los aciertos que de la posición crítica del autor hemos procurado destacar, refrendando así la necesidad y pertinencia de observarlo en su totalidad.

En este sentido, en el conjunto de problemáticas que hemos formulado primero con el objeto de dar cuenta de la dimensión de la acción colectiva para luego complementarlas de cara a las tesis

cardinales referentes a los procesos estructurantes materiales y de constitución de la estructura agraria campesina, se ha pretendido hacer patente este enfoque donde son articuladas ambas dimensiones. Es decir, es en la conjugación del todo con las partes, de lo local con lo global, donde reside la orientación específica y distinta que hemos expuesto para la comprensión de los procesos sociales, políticos y económicos que Bartra ha trabajado.

Así, por un lado, en este relevamiento de las acciones políticas colectivas fue posible apuntar y descifrar algunas de las aristas que componen el proceso de conformación política de campesinos e indios, enfatizando su larga tradición de luchas rurales. En relación a este cúmulo de experiencias podemos plantear que una división tajante entre campesinos e indios que de una vez y para siempre los coloquen en escenarios distintos de lucha y movilizaciones sociopolíticas puede resultar, sin duda alguna, un obstáculo que desaliente la búsqueda de sus características y particularidades. Este aspecto, contemplado por el autor, nos llevó a religar los ciclos de movilización, temática y cronológicamente divididos por él –no sin antes apuntar el porqué de la periodización- con la intención de que, desde estos puentes, fuera posible dar continuidad a las luchas que han pugnado desde muchas trincheras (el territorio, la productividad alterna y sustentable, contra la imposición y por la democracia, la pluralidad étnica, etc.) en aras de transformar, desde las décadas posrevolucionarias hasta la actualidad, las condiciones sociales, políticas, económicas y culturales adversas y hostiles en que se encuentran. La mirada histórica –y no sólo historiográfica- que este ejercicio implica es un elemento siempre latente en la obra de Bartra que hemos procurado subrayar a lo largo de este trabajo.

Así, como primer eslabón de este ejercicio se han desmenuzado cuatro rubros fundamentales donde se entretajan las acciones políticas colectivas, que dan pauta a la conformación de organizaciones, movimientos y alianzas. Esto es, para comprender la forma en que la politicidad y la identidad colectiva se despliegan en los procesos sociales de los que históricamente campesinos e indios han sido constituyentes, hemos planteado que entre los elementos que nos permiten abordar esta problemática están, por un lado, la composición interna y conformación orgánica; las demandas y las reivindicaciones específicas por y frente a las que actúan; el sistema capitalista que ponen en entredicho y, aquellas que representan una alternativa a éste, tanto a nivel productivo como político; sobre todo cuando éstos se encuentran entretajidos. Y, por el otro, la condición de explotación capitalista, sus características estructurantes y propias, así como, su carácter de clase social.

De esta manera, podemos mencionar que la exclusión de una de las dimensiones nos conduciría a la limitación y fragmentación del cuerpo general de la obra de Bartra, o en el mejor de los casos, habremos

sólo reseñado los hechos, acontecimientos o temáticas, sin la posibilidad de dar cuenta de la manera en que el autor reconstruye diacrónicamente los ciclos de movilización y destaca sus aspectos más significativos para entrecruzarlos con las herramientas analíticas que simultáneamente le permiten problematizarlas, objetivos básicos en nuestro ejercicio de interpretación. Asimismo, hemos procurado destacar las tesis cardinales que sustentan su obra para acentuar la importancia que éstas pueden tener para una sociología política que busque abordar y comprender las luchas y movilizaciones de campesinos e indios.

Al cimentar uno de los aspectos que componen la dimensión de la acción colectiva, esto es, la conformación subjetiva social y política de los actores, movimientos u organizaciones de arraigo campesino e indio, hemos buscado poner de relieve su tendencia antagónica frente al capitalismo, signo que los caracteriza y diferencia de otro tipo de acciones políticas y sociales. Este sentido último que el autor mismo pondera es el punto álgido de sus disertaciones, es desde ahí que ha develado el potencial proyecto alternativo y resistencia de éstos.

En otras palabras, podemos enfatizar que la cualidad antagónica de los sujetos no es circunscrita por Bartra a la inmediatez local y temporal, ni al acto espontáneo de detonación del conflicto. La importancia de esta aportación nodal por parte del autor que hemos hecho explícita, es asequible por cuanto que ésta representa la manera en que nos plantea que los alcances del capital global no se circunscriben a los nivel más inmediatos y visibles de explotación material, antes bien, coexisten con otras formas y espacios de reproducción social no-capitalistas por antonomasia –como la economía campesina– sin que esto signifique que han dejado de ser capitalistas.

El modo de producción capitalista se desarrolla de forma global, no es residual ni mucho menos circunstancial, adquiere múltiples y diversas formas de explotación económica y exclusión político-social concretas en cada formación socio-económica, siempre en aras de la máxima valorización del valor. De tal suerte que Bartra subraya que los movimientos sociopolíticos tienen ante sí el reto de consolidarse en diversas trincheras, es decir, considera que los frentes de lucha deberán ser multifacéticos en correspondencia con los complejos mecanismos de subsunción a los que están sujetos.

En esta dirección, por lo tanto, las claves básicas para la ponderación del carácter antagónico de los sujetos en su praxis política que hemos procurado destacar, si bien no es un aspecto evidente, es en el diagnóstico, crítica y caracterización que del sistema capitalista actual ha formulado el autor donde su importancia y cualidad social y política se evidencia, es decir, cuando contrasta este sistema con el cúmulo de movimientos que lo resisten y lo pugnan consigue mostrar las vías y la esencia en que ambos son

antitéticos. De esta manera, nos parece pertinente resaltar que su perspectiva analítica es en buena medida resultado de la caracterización antagónica de los sujetos que ponen en tela de juicio el orden social, económico y político. A fin de cuentas, es ésta la manera en que comprende las luchas y movimientos indios y campesinos en su potencial carácter anticapitalista.

Por último, no podemos dejar de precisar que en este trabajo, los objetivos y características propias que tienen su pilar en el relevamiento de la dimensión de la acción colectiva, queda pendiente la sistematización de aquella parte de trabajos donde el autor ha profundizado a detalle las determinaciones lógico-estructurales de la economía campesina, conjunto de tesis que nosotros sólo hemos referido en segundo término con el ánimo de apuntalar, someramente, la manera en que acción colectiva y estructura social se encuentran tensionadas.

El ángulo de interpretación que hemos presentado nos ha llevado al desarrollo y ejercicio de las herramientas conceptuales necesarias en el análisis de la obra de Bartra, poniendo a prueba las habilidades adquiridas a lo largo de nuestra formación académica respecto de las problemáticas de sociología política más relevantes que en la actualidad nos obligan a actuar; sin este sentido de gran alcance, el análisis de los fenómenos sociales, políticos y culturales, resultaría inaccesible.

Epílogo

Un hombre de su época

A través de los textos de Armando Bartra hemos planteado cuáles son los temas y problemas a los que dedica su atención en un determinado momento, sin embargo, este primer acercamiento a sus reflexiones, ceñido sobre todo al campo de la acción colectiva, es ahora complementado con algunos de los episodios más significativos de su trayectoria política.

Contextualizar la obra de Bartra, o de cualquier otro autor, implica ubicar su lugar en el tiempo, su participación en desarrollo de las ciencias sociales, así como reconocer y estimar la influencia que ha tenido en la intelectualidad crítica mexicana que reflexiona en torno a los avatares de nuestra realidad.

Este ejercicio complementario busca responder algunas cuestiones: por qué escribe sobre una temática en particular y no otra, cómo va acumulando conocimiento, cuáles son los autores clásicos que figuran con mayor peso en sus análisis, entre muchas otras cuestiones. En última instancia, la pregunta que orienta esta breve semblanza puede sintetizarse en una sola, de qué manera se encuentran articuladas su producción teórica con su praxis política y militante.

Bartra es un hombre de su época, un sujeto que seguramente está marcado por sus circunstancias políticas, sociales y culturales. En este sentido, preguntarnos por el contexto político y social de su formación nos sitúa a su juventud. Él fue un estudiante de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma de México, sus primeros intereses son cuestiones de estética, de filosofía y, por supuesto, el marxismo.

En general dos son las vertientes que nutren el debate en aquellos primeros años de la década del sesenta, por un lado, la corriente de pensamiento enfocada en la filosofía analítica y la lógica y, por el otro, una corriente que recupera la filosofía hegeliana y heideggeriana. Frente a estas vetas, el interés por discutir el marxismo era próspero, a pesar de que las condiciones de esta preocupación intelectual no eran favorables, “ser marxista en la FFyL no era precisamente fácil”. Y sin embargo este debate, en el que se ubica un estructuralismo (marxismo francés y de antropólogos como Levi-Strauss) y un marxismo como el de Althusser o Nicolas Poulantzas; éste último representa una corriente poderosa que en ese momento ratificaba algo con lo que Bartra nunca coincidió; esto es, una visión unilineal de la historia que resulta en un fatalismo determinista del acontecer humano. Este vicio –parafraseando al autor- es producto de ciertas

lecturas de Marx que priorizan “el desarrollo de las fuerzas productivas como elemento liberador”. En cambio, lo que a Bartra le resulta sustantivo del marxismo –preocupación siempre latente y visible en sus ensayos- es la apuesta por el sujeto y por la libertad, presente en los textos de juventud de Marx y en los manuscritos filosóficos.

Así pues, son cuatro los nombres que figuran en la formación académica e intelectual de Armando Bartra. Primero, y de manera directa, puede ubicarse a Adolfo Sánchez Vázquez con quien cursa algunos seminarios en la Facultad de Filosofía, autor que es para Bartra, “el elemento conductor de acercamiento al marxismo”, especialmente a la filosofía de la praxis. El acercamiento al existencialismo de Jean-Paul Sartre desarrollado en la *Crítica de la razón dialéctica*, y menos el Sartre de *El ser y la nada*, son parte de su preocupación por entender la dialéctica negativa y la libertad. Antonio Gramsci influye en Bartra no sólo por la militancia y reflexión política del italiano, sino por su reflexión en torno a cuestiones como la cultura, la literatura y la identidad; para Bartra, él es un pensador social que por su condición de encarcelamiento emplea un lenguaje original y metafórico. José Carlos Mariátegui, en la medida en que su pensamiento marxista es cercano a Gramsci, estimula un marxismo desde la historia peruana y se interroga por el cambio, la explotación y la revolución en Perú. Su heterodoxia –a pesar de que en los años veintes era un riesgo- le permitió reconocer la importancia de los pueblos indios originarios como una “fuerza esencial sin la cual no podría haber emancipación en el continente americano”. La influencia de estos teóricos y la reflexión crítica sobre su propia realidad le hicieron, junto a compañeros como José Revueltas, Bolívar Echeverría y Carlos Pereyra, animar un pensamiento mucho más creativo y original para la segunda mitad del siglo XX.

En los años sesentas, su militancia política de izquierda le empujó a vivir en la clandestinidad, “vivir en la sobra y ocultar sus propias convicciones”. Militó en el Partido Comunista Mexicano (PCM) por un breve lapso de tiempo, hecho que fue resultado de las fracturas, disidencias y confrontaciones de ideas y corrientes. De esta ruptura surge la corriente *espartaquista* inspirada en la Liga Espartaquista de origen alemán, donde militaban personajes como Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, línea que trata de conformarse al margen de la burocracia comunista de partido.

En años recientes se ha interesado por cuestiones como la cultura y la identidad nacional-popular para entender quiénes somos, qué hacemos y hacia dónde vamos, aspectos que –a su juicio- se resuelven abordando el imaginario colectivo y la cultura no-elitista. En esta reflexión ubica a Luis Villoro, quien a través de una filosofía bien documentada, aborda la “filosofía del mexicano”, la *indianidad* en México, no “el

sujeto indígena si no sobre el discurso indígena”. Este aspecto muestra sin duda un enriquecimiento de un pensamiento crítico.

El año de 1968 es un muy significativo para Bartra, porque representa la emergencia de los movimientos sociales y, en términos personales, es el parteaguas que le permite salir de la clandestinidad; es un contexto en el que la militancia política se reconoce y le permite darse cuenta de que no son los únicos, hecho que implicó principalmente la posibilidad de salir a las calles y hacer manifiesto su descontento social. Es, a su parecer, el inicio de una nueva etapa en el país, en la medida en que se constituye un movimiento social que dará consistencia a la desarme de un sistema de gobierno de partido único de signo priísta, autoritario, antidemocrático y corrupto. Este cúmulo de insurgencias, obrera, campesina, popular es la génesis de una izquierda social, distinta de la izquierda doctrinaria, partidaria o más o menos clandestina, que lucha por el cambio, hecho que no necesariamente le obligan a militar en un partido. En este sentido, considera que el fin no cronológico del siglo XX, puede ubicarse en la imposibilidad del Estado para dar respuesta a las demandas de obreros, maestros, campesinos, amas de casa, luchas magisteriales y rupturas con el “charrismo” sindical, entre otras. Además es aquí en donde el agotamiento de las expectativas del nacionalismo-revolucionario deja un vacío que a fines de los ochenta llenará Cuauhtémoc Cárdenas. Éste aparece como “un milagro cívico por cuanto que, sin recursos, sin partido y sin cobertura de medios, aglutina las oposiciones sociales y cívicas”, configurándose así, un nuevo proyecto, un cambio en el rumbo del país.

Bartra y el movimiento campesino

Vista su obra en retrospectiva, la persistencia con que problematiza y caracteriza la lucha campesina en México frente a un capitalismo que lo excluye y explota, nos permitieron proponer como hilo conductor la dupla interpretativa *acción colectiva y estructura social*. Sin embargo, la preocupación de Bartra por comprender a un campesinado condenado a desaparecer (es evidente que no sucumbió en aras de una supuesta modernización) no es la misma en sus primeros trabajos que en los últimos. Esto significa que es posible ubicar un viraje teórico, mas no un abandono o mudanza en sus inquietudes, es decir, ahora no sólo busca dar cuenta de la lucha de clase del campesinado y su particular modo de producción, sino que se posiciona frente a una interrogante mayor: la crisis civilizatoria y un diagnóstico de un capitalismo en crisis.

Para entender este matiz, ha sido necesario preguntarnos cómo surge su interés por las luchas y movimientos campesinos. Esta cualidad nos permite ubicar su obra en dos sentidos: por un lado contribuye al desarrollo de aquella parte de la sociología política que da cuenta de la conformación sociopolítica de los actores sociales y, por el otro, polemiza en torno a las explicaciones deterministas del sujeto. Esta recuperación y reflexión por el movimiento campesino es resultado de una crítica de la realidad del México de los años sesentas y setentas. La injusticia social y un compromiso militante y político frente a ésta detonan su preocupación teórica por el sujeto; posicionamiento que le hacen preguntarse sobre el proletariado como la única vanguardia de transformación social.

Bibliografía

- Bartra, Armando, *Los herederos de zapata. Movimientos campesinos posrevolucionarios en México 1920-1980*, Ed. Era Colección Problemas de México, México, 1986, 164pp.
- Bartra, Armando, *Regeneración 1900-1918. La corriente más radical de la revolución mexicana de 1910 a través de su periódico de combate*. Prologo, selección y notas de Armando Bartra, 5^{ta} reimpresión, Ediciones Era, Colección Problemas de México, México, 1991. Págs. 13-66
- Bartra, Armando, *Guerrero Bronco. Campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande*, Ed. Era, México, 2000, 178pp.
- Bartra, Armando, (Comp.), *Crónicas del Sur. Utopías campesinas en Guerrero*, Ed. Era, México, 2000, 428pp.
- Bartra, Armando, (Coord.) *Mesoamérica, los ríos profundos. Alternativas plebeyas al Plan Puebla Panamá*, Ediciones Casa Juan Pablos/ El Atajo Ed. / Instituto Maya A. C., 2002^{da} edición, 396pp.
- Bartra, Armando, *Cosechas de ira: economía política de la contrarreforma agraria*, Ed. Itaca, Instituto Maya, México, 2003, 131pp.
- Bartra, Armando, *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*, UACM, CEDRSSA, Itaca Ed. México, 2006, 382pp.
- Bartra, Armando, *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital*, UACM, UAM, Itaca Ed. México, 2008, 213pp.
- Bartra, Armando, *Tomarse la Libertad. La dialéctica en cuestión.*, Itaca Ed., México, 2010, 232 pp.

Textos en Internet

- Bartra, A. “Mitos en la aldea global. La cachimba parlante.” [en línea], México, diario *La Jornada*, 9 de agosto de 1998, en: <http://www.jornada.unam.mx/1998/08/09/mas-bartra.html> [consulta 22 de julio de 2008]
- Bartra, A. “A cuatro años de Aguas Blancas. Los matados”, [en línea], México, diario *La Jornada*, 20 de junio de 1999, disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/1999/06/20/mas-bartra.html> [consulta 22 de julio de 2008]
- Bartra, A. “Fe de erratas”, [en línea] México, revista *Chiapas*, núm. 8, año: 1999, disponible en: <http://www.revistachiapas.org/abartra8.htm> [consulta 5 de agosto de 2008]
- Bartra, A. “Sur. Megaplanes y utopías en la América equinoccial” [en línea] México, Mayo de 2001, disponible en: www.laneta.apc.org/rmalc/documentos/bartra.pdf [consulta 5 de agosto de 2008]
- Bartra, A. “Y que tiemble el Plan Puebla-Panamá. Rústicas revueltas en Xelajú” [en línea], México, diario *La Jornada*, 16 de diciembre de 2001 disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2001/12/16/mas-xelaju.html> [consulta 22 de julio de 2008]
- Bartra, A. “Detrás del Plan Puebla-Panamá. Mesoamérica.com”, [en línea], México, diario *La Jornada* 17 de junio de 2001, disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2001/06/17/mas-detras.html> [consulta 22 de julio de 2008]
- Bartra, A. “Sobre *Crónicas del sur*. Los campesinos ya no son lo que eran antes”, [en línea] México, diario *La Jornada*, 25 de marzo de 2001, disponible en:

- <http://www.jornada.unam.mx/2001/03/25/mas-cronica.html>, [consulta: 22 de julio de 2008]
- BARTRA, A. “Los derechos del que migra y el derecho de no migrar. Dislocados”, [en línea], México, diario *La Jornada*, 3 de noviembre de 2002, disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2002/11/03/mas-bartra.html> [consulta 22 de julio de 2008]
 - BARTRA, A. “Descifrando la treceava estela”, [en línea], Argentina, revista CLACSO, disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal12/d2bartra.pdf> [consulta 23 de agosto de 2010]
 - Bartra, A. “Montes Azules: la batalla del fin del mundo. Y la selva sangró”, [en línea] México, diario *La Jornada*, 26 de mayo de 2002, disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2002/05/26/mas-azules.html>, [consulta: 22 de julio de 2008]
 - Bartra, A. “La decepción con la democracia abre cancha al autoritarismo. Para vivir sin el tlatoani”, [en línea] México, diario *La Jornada*, 21 de diciembre de 2003, disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2003/12/21/mas-bartra.html>, [consulta: 22 de julio de 2008]
 - Bartra, A. “Mesoamericanos: recalentando una identidad colectiva”, [en línea], Argentina, revista CLACSO disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cecena2/bartra.rtf>, En libro: Ana Esther Ceceña (comp.), *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO, Buenos Aires, 2004 [consulta: 22 de julio de 2008]
 - Bartra, A. “Por una democracia con sustantivos”, [en línea] México, diario *La Jornada*, 23 de abril de 2005, disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2005/04/23/010a1pol.php>, [consulta: 22 de julio de 2008]

- Bartra, A. y Otero Gerardo, “Movimientos campesinos indígenas en México: la lucha por la tierra, la autonomía y la democracia” [en línea], Argentina, disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/sursur/moyo/18BarOt.pdf> [consulta: 20 de agosto de 2008] *En publicación: Recuperando la tierra. El resurgimiento de movimientos rurales en África, Asia y América Latina.* Sam Moyo y Paris Yeros [coord.]. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. 2008.
- Bartra, A. “Los nuevos nómadas”, [en línea], Argentina, revista CLACSO disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/mexico/xochimil/coloquio/Docs/Mesa3/Armando%20Bartra%202.pdf> [consulta 5 de agosto de 2008]
- Bartra, A. “La izquierda mexicana en la encrucijada: de la resistencia al fraude electoral a la Convención Nacional Democrática” [en línea], Argentina, disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal20/bartra.pdf> [consulta 22 de julio de 2008]
- Bartra, A. “Algunos retos del movimiento campesino” [en línea], México, CEDRSSA, disponible en: <http://www.cedrssa.gob.mx/?doc=346> [consultado el 20 de agosto de 2008]

Bibliografía complementaria

- Antunes, Ricardo, “La centralidad del trabajo”, disponible en:
- <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=11202505>, consultado el Diciembre 7, 2009, Págs. 83-96
- Antunes, Ricardo, “La clase-que-vive-del-trabajo. La forma de ser actual de la clase trabajadora” en *Los sentidos del trabajo*, Herramienta, Buenos Aires, 2005, Págs. 91-108
- Bartra, Armando, “Hacia una nueva colonización del sureste” en Alejandro Alvares, et. al. *Economía política del Plan Puebla-Panamá*, México, Ítaca, 2002

- Bartra, Armando, “Los ríos crecidos: rústicas revueltas del tercer milenio” en *Cuadernos Agrarios*, Nueva Época, Special Issue, ¡El campo no aguanta más!, 2003, pp. 13-26
- Bartra, Armando, *1968: el mayo de la revolución*, Ed. Itaca, México, 1999, 148pp.
- Pereyra, Carlos, *El sujeto de la historia*, Alianza, México, 1996, 3ª reimpresión, Págs. 9-91
- Carvallo, Ismael, “Evocaciones a Armando Bartra”, entrevista a Armando Bartra, disponible en: <http://www.plazadearmas.tv/pro/pa017.htm> [Consultada: 27 de Septiembre de 2010]
- Díaz-Polanco, H. y Sánchez Consuelo, México diverso. *El debate por la autonomía.*, Siglo XXI, México, 176 pp.
- Thompson, E. P., “Economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”, en *Costumbres en común*, Ed. Crítica, Barcelona, 2000, 213-293pp.
- Ellen Meiksins Wood, “La separación de lo “económico” y lo “político” en el capitalismo” y “Repensar la estructura y la superestructura” en *Democracia contra capitalismo*, México, Siglo XXI, 2000, Págs. 5-89
- Gilly, Adolfo, Córdova, Arnaldo, Bartra, Armando, *et. al.*, *Interpretaciones de la revolución mexicana*, UNAM y Nueva Imagen Ed. México, 1980, 150pp.
- Gilly, Adolfo, *La revolución interrumpida*, Era Ed. México, 2007, 374 pp.
- Gilly, Adolfo, *Historia a contrapelo: una constelación*, Era Ed., México, 2006, 147pp.
- Gramsci, Antonio, “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metódicos”, Pág. 491-493

- Massimo Modonesi, “Subalternidad, antagonismo y autonomía Notas para una aproximación teórica” en Claudio Albertani, Guiomar Rovira y Massimo Modonesi, *La autonomía posible. Emancipación y reinención de la política*, UACM, México, 2008
- Moreno, David, “Hablar de Sartre”, entrevista a Armando Bartra, en Armando Bartra, *Tomarse la libertad. La dialéctica en cuestión*, México, Ed. Ítaca, 2010, pp. 185-219
- Tarrow, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid, 1997. Págs. 21-53